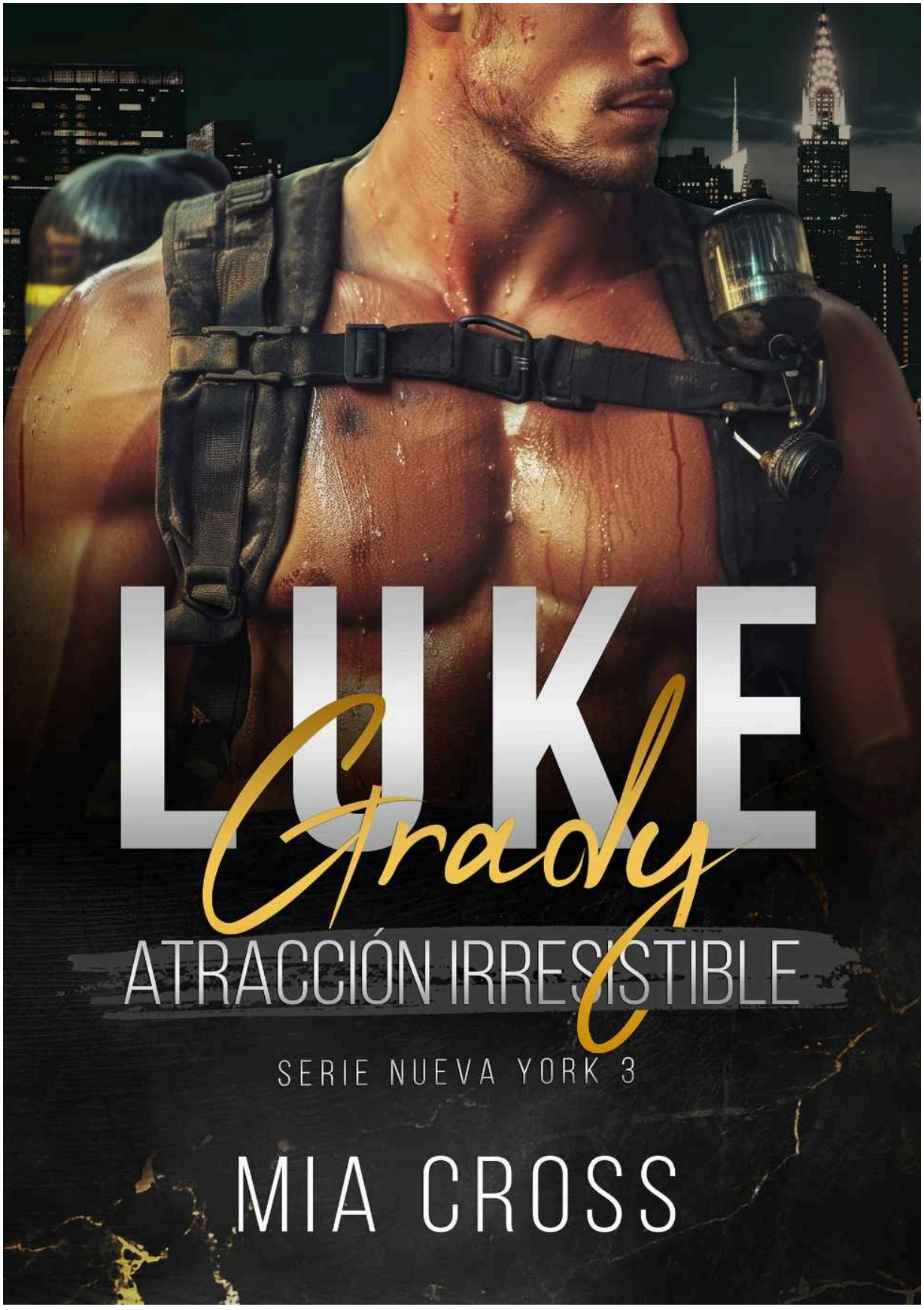
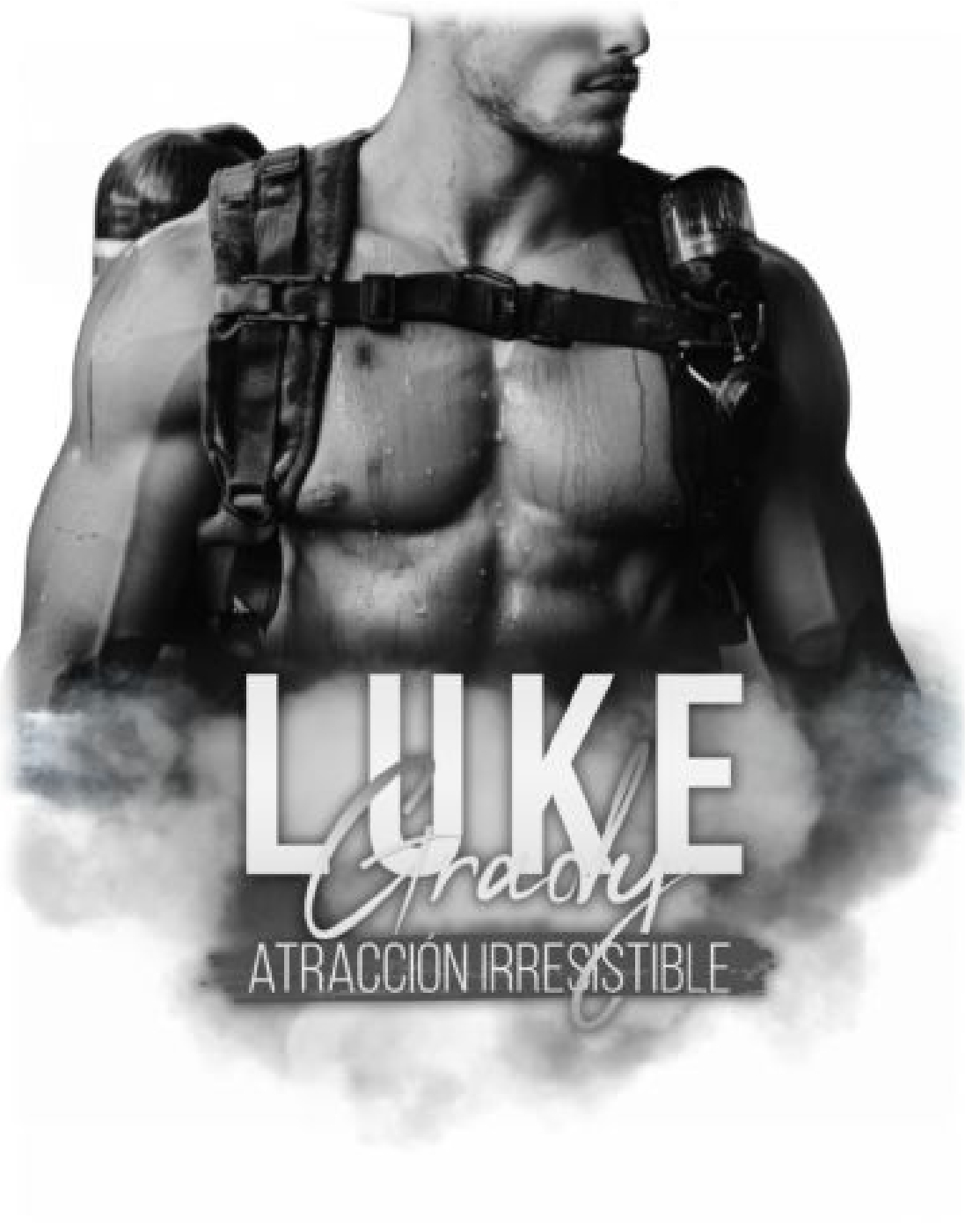

LUKE
Grady
ATRACCIÓN IRRESISTIBLE
SERIE NUEVA YORK 3
MIA CROSS


LUKE
Grady
ATRACCIÓN IRRESISTIBLE
SERIE NUEVA YORK 3
MIA CROSS


LUKE
Grady
ATRACCIÓN IRRESISTIBLE

Título: *Luke Grady. Atracción irresistible – Serie Nueva York - Libro 3*
Autora: *Mia Cross.*
Género: Romance erótico / Suspenso romántico.
Primera edición: Julio, *2025.*
Edición, Corrección y Maquetación: *Mia Cross.*
Diseño de Portada: *Calice Libros.*
ISBN: 9798288761010

Prohibida su venta y distribución sin autorización expresa.

Descubre lo que sigue: contenido exclusivo para lectores curiosos.



Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en casos de breves citas utilizadas en reseñas o críticas literarias.

Sinopsis

Luke:

Ella es hermosa, mentirosa… y mi peor error.

Ser bombero me ha enseñado a mantener la calma ante el peligro, pero nada me preparó para enfrentar el regreso de Julia Bennet. Ocho años después, irrumpe en mi vida como si nada hubiera pasado.

Pero yo no he olvidado. Y mucho menos he perdonado.

No importa cuánto la desee, no pienso caer otra vez.

Julia:

Él es peligro, tentación… y mi doloroso pasado.

Luke Grady ya no es el chico dulce que dejé atrás. Ahora es todo músculo, rudeza y cicatrices que yo misma provoqué.

No volví por él. Tengo razones más importantes para estar aquí, pero no contaba con que una sola mirada suya aún tuviese el poder de hacerme temblar.

Una verdad que cambiará todo. Una pasión imposible de ignorar. Un pasado que exige respuestas.

Sumérgete en esta historia de amor, redención y segundas oportunidades, donde el pasado y el deseo juegan sin reglas.

Índice

Sinopsis
Índice
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo.
Gracias a…
Mia Cross

Mantengamos en contacto

Bienvenida al universo de Mia Cross, un lugar donde el amor, el peligro y las sorpresas siempre están a la vuelta de la esquina.

Prólogo

La alarma ensordecedora corta de golpe mis pensamientos. La estación se pone en movimiento y la voz del capitán resuena por los altavoces.

—Accidente automovilístico en la intersección de Palmer y Ridgeway. Posible incendio.

El protocolo es automático: equipo, casco, subir, salir. La adrenalina se dispara en mis venas en cuanto el camión ruge y la sirena atraviesa la ciudad.

—¡Detalles! —pido mientras me ajusto los guantes.

—Al menos un ocupante atrapado en el vehículo principal. No tenemos información sobre el otro coche implicado —responde Sean desde el asiento delantero.

Un mal presentimiento me recorre la espalda. Lo ignoro.

No es raro en este trabajo y menos ahora. Cada llamada podría ser un desastre y cada accidente, una tragedia.

Si me detengo a pensarlo, me consumirá vivo.

Al llegar, la escena es un caos. El automóvil está destrozado contra una farola. Humo denso se eleva del motor, contaminando el aire. El capó parece papel arrugado.

La radio crepita con la confirmación de que hay personas atrapadas.

Mi equipo y yo nos movemos rápido.

Las botas crujen contra el asfalto cuando corro hacia el coche.

Me acerco corriendo al lado del conductor y… mi corazón se detiene.

No.

Mierda, no.

Julia.

Todo en mi interior se apaga y, al mismo tiempo, se activa.

Mi cuerpo entra en piloto automático. Golpeo la ventana con la linterna. Julia está consciente, aunque desorientada. La sangre en su

frente resalta como una maldita alarma de emergencia.

—¡Julia! —grito, y tiro de la puerta abollada—. ¡Voy a sacarte de aquí!

Sus ojos se enfocan en mí. Y el pánico que veo en ellos me destroza.

—Luke…

El miedo me muerde la garganta.

No pienso.

No dudo.

—¡Marcus! Necesito herramientas de extracción, ¡ya!

Mis músculos se tensan al tirar una vez más de la maldita puerta. No cede.

¡Mierda!

Voy a arrancarla si es necesario.

—¡Cuidado con el fuego en el motor! —advierte Sean.

El tiempo deja de existir.

Es mi futuro el que está atrapado. Mi vida.

Son míos.

No voy a perder nada más.

Voy a sacarla de ahí.

O moriré intentándolo.

Capítulo 1



Dos meses antes.

Todavía no entiendo por qué sigo viniendo a este lugar. Desde que se puso de moda, ya no es lo mismo.

«Es mejor», me corrijo de inmediato. El café siempre fue excelente, no obstante, ahora es casi perfecto y eso es mérito de Mona, la dueña.

—Ya te preparo lo tuyo —dice ella con un guiño. Ella me consiente porque soy un cliente leal.

—Gracias, Mona.

Busco mi rincón habitual mientras espero.

—Entrégale esto al teniente del FDNY —ordena a uno de sus empleados minutos después.

—Aún no soy teniente, mujer —le recuerdo, y ruedo los ojos.

Aunque los rumores en el trabajo son cada vez más fuertes, no quiero emocionarme antes de tiempo. Los bomberos venimos a menudo y no todos son tan reservados como yo, por eso el cuchicheo ha llegado hasta aquí.

—¿Qué es FDNY? —pregunta el chico mientras me entrega el vaso con mi café para llevar.

—Es nuevo en el país —me avisa Mona, para que comprenda el motivo de su desconocimiento.

—*Fire Department of the City of New York.* (Departamento de bomberos de la ciudad de Nueva York) —respondo, esbozando una

sonrisa comprensiva y señalo mi camiseta con las letras amarillas. Supongo que eso basta como explicación.

Me despido con un gesto y camino hacia la salida, pero algo me detiene en seco.

Una mujer, sentada sola, revuelve su bebida con la cucharilla.

Cabello rubio, largo y ondulado. Un perfil delicado. Me recuerda a alguien a quien no veo hace años. Me pica la curiosidad por saber quién se le parece tanto de espadas. Me acomodo para observarla mejor de perfil.

¡No puede ser!

Las imágenes de un pasado que creía enterrado se despliegan como una película en mi mente.

La rabia, la traición. El amor que maté a la fuerza.

Me esfuerzo en tragar saliva, aun así, la boca se me seca. Es como si mi cuerpo no pudiera decidir entre el enfado y la necesidad absurda de acercarme.

Debería darme la vuelta. Debería largarme de aquí. Sí, debería… En lugar de eso, mis pies avanzan.

¿Qué coño hace ella aquí? ¿No tiene vergüenza?

—Hola, *señor bombero* —ronronea una morena de piernas largas al pasar a mi lado.

—Hola, guapa —respondo más seco de lo que pretendía.

Le dedico un guiño para no parecer un imbécil nada más darme cuenta de lo brusco que he sido.

Todo mi ser está concentrado en la mujer que no tendría que estar aquí.

Cuando estoy a su lado, ella sigue sin verme. Su atención está en el café, en cualquier cosa menos en mí. Hasta que lo siente. Hasta que levanta la vista.

Ojos grandes, expresivos. Más claros y bonitos de lo que recordaba.

Su sorpresa es evidente, aunque lo que realmente me inquieta es el miedo en sus ojos.

¿Miedo?

No lo entiendo. O sí.

Porque si alguien tiene derecho a estar jodido en esta historia, soy yo.

Nuestras miradas se entrelazan en un silencio ensordecedor. No encuentro las palabras adecuadas para romperlo. Si hablo sin pensar, lo primero que saldrá de mi boca será una serie de reproches que prefiero callar.

Jules me escanea de arriba abajo, como si estuviera viendo a un extraño.

No soy el mismo, eso es seguro.

Mi cuerpo es una roca maciza, un muestrario de músculos. Siempre entrené por mi trabajo, sin embargo, desde hace ocho años me machaco con pesas y una rutina exigente. Era eso o dejarme consumir por el vacío que dejó su partida. Si no fuera por mi madre, que no me dejó caer, y por mis amigos Cole y Mike, ambos agentes del FBI que sabían entrenar duro, quizá no habría salido adelante. Con ellos me encerraba en el gimnasio para soltar la mierda a base de sudor. Ellos se iban y yo seguía. Entrenaba hasta que el dolor físico tapara el otro o hasta que solo quedara agotamiento y nada más. Con el tiempo, mis amigos dejaron de seguirme el ritmo. Y luego, Mike murió... Ahora no es relevante este detalle.

—Hola —dice por fin, con ese tono suave que creí enterrado en mi memoria. En cuanto oigo su voz, todo lo que había prometido olvidar se hace pedazos.

No quiero esto.

No quiero sentir esto.

—Tengo que…

Busco una excusa para escapar y como no la encuentro, decido darme la vuelta sin más.

—Espera, Luke —ruega, poniéndose de pie.

Mi mandíbula se endurece. No quiero oír su voz pronunciando mi nombre. No quiero que me frene. Igual lo hace. Y peor aún, yo me dejo frenar.

Mis ojos se posan en sus labios. Rosados, sin maquillaje. Los humedece con la lengua y siento un golpe en el estómago. Las pecas en su nariz me traen recuerdos de los besos que solía darle ahí.

«¡Joder, macho, te pones tonto!», me reprendo y endurezco la mirada. Cuadro la espalda. Aprieto los puños.

—¿Tienes un momento? —me consulta, y señala la silla vacía.

Quisiera decirle que no. Que no hay absolutamente nada que hablar. Pero mi propio cuerpo me traiciona.

Asiento.

Nos sentamos y el silencio se instala de nuevo entre nosotros, tenso y espeso.

—¿Cuándo llegaste? —pregunto, solo para acortar la tortura.

—Hace unas semanas.

Muerdo con rabia. ¿Semanas aquí y ni un maldito mensaje?

—¿Cómo estás? —quiere saber, o lo disimula.

—Bien —respondo seco. No tiene derecho a saber nada más.

Julia toma aire.

—Me enteré lo de Mike. No quise venir porque… bueno, supuse que no sería bien recibida —explica.

Su tono es sincero. Sé que Mike le importaba. Aun así, su mención es un golpe bajo. Sé que no es intencional.

—Fue duro para la familia. Para todos —digo, sin entrar en detalles.

—¿Cómo pasó?

No respondo.

No quiero contarle que Mike murió en una misión del FBI. Que Cole aún no ha superado la culpa. Que yo aún lidio con su ausencia y apoyo a Cole en todo o que puedo para que recupere su paz mental.

Jules entiende el mensaje y baja la vista. Se muerde el labio. Suspira. Y yo odio que todavía me guste el sonido de su respiración.

—Lo siento mucho, Luke, de verdad. Me gustaría ver a Cole, darle el pésame, abrazarlo.

«Por supuesto, a Cole sí», pienso, aun así, me guardo el comentario.

—Luke, ¿vienes o te reemplazamos? —me pregunta Marcus, uno de mis compañeros, apareciendo de golpe.

Olvidé por completo la partida de póker. Eso hacemos en el parque de bomberos para matar el tiempo muerto, además de

entrenar, después de preparar y mantener los equipos y camiones en condiciones.

—Soy Marcus Rivera —se presenta, al ver que yo no pienso hacerlo. Siempre sociable.

—Julia Bennett —dice ella, sonriendo un poco.

—Encantado —dice él antes de alejarse —. No te demores, Luc.

—Ya voy.

Me pongo de pie. Quisiera decirle que me ha alegrado verla, pero no sería cierto. Las mil preguntas que imaginé que le haría si volvía se me han olvidado. Todavía tengo los latidos acelerados y las manos me tiemblan de rabia.

—Tengo que irme.

Ella baja la cabeza. Cuando tomo el café que había dejado sobre la mesa, se apresura a decir:

—Me gustaría que hablásemos cuando lo consideres oportuno.

«Nunca», sentencia mi yo interior.

Asiento mientras acomodo la silla en la que estaba sentado.

—¿Me das tu número? —pregunta.

No, por supuesto que no.

No voy a abrirle la puerta para que entre de nuevo en mi vida.

No soy tan fuerte.

—Te llamo yo —miento.

Recojo mi café y salgo sin mirar atrás.

Pero, joder… me muero de ganas de hacerlo.

Capítulo 2



No puedo apartar la vista de su espalda mientras se aleja. Es como si una fuerza invisible me tuviera clavada en el asiento, viendo cómo Luke se va sin más. Mil emociones estallan en mi mente, tan ruidosas que siento que todo a mi alrededor se difumina. Hasta se me olvida el dolor que me causó su traición.

Inspiro profundo. No sirve de nada. Mi pecho sigue apretado por una mezcolanza absurda de nervios y nostalgia. Apenas he tocado mi café, pero siento la garganta tan cerrada por las palabras no dichas que dudo poder dar otro sorbo.

«Esto tenía que pasar», me digo.

No pensé que sería así de abrumador volver a verlo. Sus ojos, esos que solían llenarme de calma, ahora solo me miraban con desconcierto... o peor: indiferencia.

«Te llamo yo».

Ha sido tan frío e impersonal… Ha dolido más que si me hubiese ignorado por completo.

Ni siquiera tiene mi número de teléfono.

Sacudo la cabeza para despejarme, aunque el peso de los recuerdos no se mueve. ¿Qué esperaba? ¿Un abrazo cálido, una conversación tranquila? ¿Un «qué bueno verte, Jules»?

Tal vez.

También sabía que no sería así. Luke no es el tipo de hombre que olvida ni perdona fácilmente, y yo fui quien lo dejó atrás sin una

sola explicación. No importa el motivo. Tampoco que él nunca tuvo el valor de ser sincero conmigo.

Me haré cargo de mis errores, no de los suyos.

Cierro los ojos para convencerme, una vez más, de estar razonando con claridad. Aun así, su rostro de rasgos duros se me viene a la mente. Se ve incluso más atractivo ahora. Ese aire serio y confiado, como si todo en su vida tuviera un propósito claro, impone. Tanto, que mientras se acercaba a mí, yo me debatía entre marcharme a toda velocidad o meterme debajo de la mesa. Tuve que aferrarme a la silla para no salir corriendo.

Trago saliva para bajar la vergüenza y el sinsabor que se me han anudado en la garganta.

El tiempo y la distancia no lo arreglan todo.

Intento concentrarme en algo, cualquier cosa. Alargo la mano para tomar el vaso y mis dedos temblorosos lo empujan y el líquido se derrama sobre la mesa y parte de mi ropa.

—¡Serás torpe! —murmuro entre dientes y procuro limpiar el desastre con una servilleta inútil.

Genial. Ahora tengo la blusa húmeda. Mis nervios siempre me traicionan, debería estar acostumbrada.

—¿Necesitas ayuda? —Una voz femenina me sorprende y doy un respingo—. Perdona, no quería asustarte.

Al levantar la vista, veo una mano con uñas largas y brillantes acercándome un trapo.

—Gracias —digo con una sonrisa que no siento del todo.

—¿Nueva en el barrio? No te había visto antes —pregunta, imagino que solo por dar conversación.

—Algo así. Volví hace poco por... trabajo —respondo, sin entrar en detalles.

No quiero hablar de los días felices que quedaron enterrados aquí, ni de lo mucho que extraño algunas cosas… no todas. Hubo una época en la que creí que en Nueva York todo era posible, hasta que dejó de serlo.

—Bienvenida de vuelta entonces. Soy Mona.

—Encantada. Yo soy Julia... Jules, para los amigos.

Estrechamos las manos, su calidez contrasta con mi piel fría.

—Estaré en la barra si necesitas algo, Jules —dice, guiñándome un ojo antes de alejarse.

Me quedo mirando la mesa húmeda.

La conversación con Luke me ha afectado más de lo que quiero admitir. Tengo que olvidarme de estas emociones. Soy adulta. Tengo un propósito. No puedo permitir que un reencuentro incómodo interfiera en mis planes.

Levanto la vista y veo mi café, ya frío, recordándome que las cosas no siempre salen como una espera.

Me levanto con decisión, ajusto la correa de mi bolso y salgo.

Él va a escucharme. No sé cuándo. Todavía hay tiempo.

Si eso no sucede, buscaré otra manera. Pero algo tengo claro: esta vez no me voy a ir con las palabras atrapadas en la garganta ni con cuentas pendientes.

«Respira, Julia. Esto es solo el comienzo».

El barrio está cambiado y, si bien lo reconozco, un poco me marea. Aun así, mi orgullo me impide usar el GPS. Camino hacia la derecha. Confío en mi memoria para llegar a la dirección que tengo de la inmobiliaria que me recomendaron. Aunque, a decir verdad, todo se siente demasiado diferente. Me detengo en la esquina, miro hacia ambos lados y tomo la decisión. Giro a la derecha otra vez.

—Era a la izquierda —murmuro al ver el parque de bomberos.

Mis pasos se hacen más cortos, como si quisieran retroceder. Terca, sigo adelante. Pretendo convencerme de que tengo todo bajo control.

Hasta que lo pierdo al escuchar mi nombre.

—¡Jules! —repite, y el sonido me paraliza.

Es Sean O'Connor, un viejo amigo de Luke.

Y ya me está abrazando.

Resbalo con torpeza y me apoyo contra su pecho para no caer. Siento que todas las miradas están sobre mí. Al enderezarme, mis ojos se cruzan con los de Luke. Está parado unos metros más allá. Observándome. Y su expresión es indescifrable. Curiosidad, desagrado o, quizá, todavía no ha digerido la sorpresa de verme.

¡Que se joda!

—¿Has vuelto para quedarte? —pregunta Sean, ignorando mi incomodidad.

—Algo así. Aún tengo que tomar algunas decisiones. Ya sabes, no es fácil volver a echar raíces. Aquí la vida siguió y tendré que hacerme espacio. —Mis palabras fluyen sin control, como siempre que no sé cómo huir del momento.

—Estoy en busca de la inmobiliaria UrbanNest Properties. ¿Es por aquí? —pregunto, para cambiar el tema.

Antes de que Sean pueda responder, Luke se acerca con pasos decididos.

Me toma del brazo. Nos lleva lejos de los demás.

—¿Qué haces? —pregunto, desconcertada.

Su expresión es dura.

—¿A ella sí vas a verla? ¿Para qué? —pregunta, con el ceño fruncido y los ojos cargados de ira.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién es «ella»?

Luke suspira. Pasa las manos por su rostro. El movimiento expone las dimensiones extraordinarias de sus bíceps y mis ojos se desvían por un momento.

—UrbanNest es de Sophie —señala, con sus ojos clavados en los míos.

El aire parece salir de mis pulmones de golpe.

—¿Sophie? —murmuro.

Mi mente se queda en blanco.

Mi única opción para encontrar dónde vivir… ¿es ella?

Mi teléfono suena, interrumpiendo el lío monumental que tengo en la cabeza. Al ver el nombre en la pantalla, respondo sin dudar.

—Hola. Espérame un segundo.

Luke me observa con la mandíbula apretada. Y sin decir una palabra más… Se da la vuelta y se marcha.

«¡Que te den!», pienso, presa de mi rebeldía e impotencia.

Respiro hondo, apretando el móvil entre mis dedos.

Esto no va a hacerme desistir. Luke va a escucharme.

Capítulo 3



Entrar a la inmobiliaria de Sophie no es lo que más me gusta y menos sin una buena excusa. Sé que habrá consecuencias. Aun así, necesito saber si Julia ha pasado por aquí tras mi advertencia sobre quién es la dueña. Bueno, advertencia no fue exactamente. Más bien, un aviso. Y en cuanto vi su reacción, supe que estaba en lo cierto: Jules no tenía ni idea.

La posibilidad de que se hayan encontrado me ha tenido en vilo toda la mañana. Sin más paciencia, aquí estoy, dispuesto a averiguarlo. Evitaré mencionar su nombre para no provocar una guerra innecesaria.

Al abrir la puerta, Sophie levanta la vista de un montón de papeles y me recibe con una sonrisa entusiasta. Al instante, sus ojos adquieren *ese* brillo calculador, como si mi presencia fuese una especie de promesa.

Ya me he arrepentido de haber venido.

—¡Luc! Qué sorpresa verte por aquí —exclama con exageración.

Me obligo a poner una expresión despreocupada y simulo que mi visita no tiene ningún motivo en especial. Debería haber imaginado que ella tomaría esto como lo que no es. La verdad es que no estoy pensando con claridad desde hace horas.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió saludarte —murmuro, a falta de otra cosa que decir.

Ella me estudia en silencio desde su escritorio y su actitud se vuelve más pícara y hasta maliciosa. ¡Hay que joderse! Ladea la cabeza con diversión y me pone nervioso.

Otra vez, me arrepiento de haber venido.

—¿Solo por eso? ¿O hay algo más?

«Lo hay, aunque no es lo que piensas», dice mi voz interior.

—No, nada en particular —alego, esforzándome en sonar casual.

Echo una ojeada rápida al resto de la oficina, buscando algún pretexto para comenzar una conversación, pero no encuentro nada.

Sophie levanta una ceja y se cruza de brazos. Su postura es la de alguien que sabe más de lo que dice. A veces me pregunto si realmente la conozco. Lo que muestra y lo que es parecen dos cosas completamente distintas.

—Qué decepción. Pensé que podríamos... relajarnos un rato. —Su ronroneo deja claro a qué se refiere.

—No puedo ahora —respondo.

Sé que un «no» directo nunca funciona con ella. Siempre encuentra la forma de insistir.

A ver si consigo desviar la conversación. Me acerco a su escritorio, meto las manos en los bolsillos y chasqueo la lengua.

Esto no está saliendo como pretendía.

—No hay ninguna novedad… veo. Bueno… —dejo caer el comentario y espero que ella diga algo.

Debo parecer un gilipollas.

Me retracto: lo soy.

No sé qué decir, hacer o preguntar. Si Jules hubiese pasado por aquí, Sophie ya me habría puesto la queja entre gritos y amenazas. Me ha traído la ansiedad y yo solo me metí en la boca del lobo. Con lo bien que hemos estado estos últimos meses.

Suelta una risa suave y juguetona por mi intento de disimulo. Sé que toma mis palabras como le da la gana. Me dedica una de esas miradas que reserva para cuando cree tener el control y me guiña un ojo.

—La única novedad ha sido tu visita.

Sonrío por su respuesta, sin encontrar otra reacción posible. Suspiro, resignado y dispuesto a despedirme. Por hoy, he hecho suficiente papelón. Es evidente que Sophie no ha visto a Julia.

—Bueno… solo quería saludarte y asegurarme de que todo estuviese bien.

Sophie se levanta y camina conmigo hasta la puerta. Conservamos una proximidad que alguna vez fue reconfortante.

—¿Entonces qué? ¿Salimos mañana? —pregunta de manera enérgica, como si mi respuesta fuera un mero trámite.

Estoy a punto de responder con una excusa, además de recordarle nuestro trato de no más encuentros para follar, pero su expresión cambia de repente. Se ha quedado observando detrás de mí con los rasgos desfigurados por el disgusto. Y lo adivino al instante: Julia.

Me doy la vuelta para comprobarlo y, otra vez, mi corazón comienza a galopar furioso.

Me giro y la veo. Ahí está. Cruza la calle; su cabello ondea con el viento, con curiosidad por lo que la rodea, ajena a nuestras miradas. Contengo el impulso de llamarla y plantarme a su lado para... No sé para qué. En principio, recriminarle su presencia en el barrio.

—Así que era eso… —murmura Sophie, con veneno en la voz—. Ella es el motivo por el que has aparecido por aquí. ¿Crees que no te conozco, Luke? Ya me parecía que había segundas intenciones.

Presiono los labios, incómodo, y suplico en silencio que no comience con su teatro.

—Sophie, no es lo que crees —acoto; luego, me callo. No quiero discutir en público.

Se cruza de brazos y me lanza un vistazo fulminante.

—Ah, ¿no? —pregunta con ironía, para comenzar la lucha verbal que tanto parece disfrutar—. ¿Sabes qué, Luc? No se te da bien mentir.

No estoy tan seguro de eso. Aprendí a mentir por necesidad, aunque no es algo de lo que me sienta orgulloso ni vaya a confesarle a Sophie.

—Sophie… —comienzo y termino, porque me interrumpe.

—No necesitas explicarme nada. Y no esperes que esta vez sea tan comprensiva.

Comprensiva... Habría que discutir esa palabra. Aquella vez, la situación le quedó como anillo al dedo y yo caí en su juego, roto y vulnerable. Sophie no comprendió nada. Lo aprovechó.

—Vete —ordena, y entra de nuevo, pisando fuerte para que me quede claro que está furiosa.

Supongo que su rabia oculta tristeza. Quizá. Es que nunca sé si es real o solo otra de sus artimañas. Lo cierto es que me hace sentir culpable, aunque sé que no debería.

Los años de idas y venidas me han enseñado a desconfiar de sus tácticas. Pero a veces, el cansancio me hace bajar la guardia. Sophie sabe cómo manipularme, cómo cargarme con el peso de sus acciones.

Mi amigo Cole siempre me lo deja claro, aunque yo termino huyendo de la conversación. No me agrada escuchar verdades dolorosas que no puedo modificar.

Hoy por hoy, Sophie me irrita. Aun así, no consigo alejarme del todo. Hay un no sé qué en su compañía que, a pesar de ser destructivo, me ofrece un consuelo retorcido. Tal vez porque conoce mi historia. Estuvo ahí cuando todo se vino abajo y, a su manera, respeta mis límites y mis convicciones. Es la única que lo hace.

Con sus formas, sí. Pero lo hace.

Capítulo 4



No planeaba pasar por aquí. Estaba segura de que había dejado el pasado atrás... al menos, la parte que corresponde dejar atrás. Luke es una página cerrada, o debería serlo. No quiero ni debo pensar en él, en su vida privada, en a dónde va o con quién.

Volví convencida de que debo cambiar mi perspectiva. Mirarlo con los mismos ojos que lo hacía antes de irme de Nueva York no es una posibilidad que deba contemplar. Lo cierto es que no parece funcionar solo con pensarlo.

Camino sin rumbo definido, reconociendo el barrio, y acabo frente a la inmobiliaria prohibida. ¿Para qué? Ni yo misma lo sé. Tal vez por curiosidad, por buscar detalles que no deberían importarme. Y entonces lo veo.

Luke está allí, en la puerta, acompañado de Sophie. Hacen esa hermosa pareja que siempre fueron.

Me detengo en la acera, pretendiendo ajustar un botón invisible de mi abrigo. Los observo salir juntos, demasiado cerca el uno del otro, hablando con complicidad. Sophie le toca el brazo y ladea la cabeza con coquetería. Luke la observa con atención, con esa expresión perspicaz que me cautivó, esa que nunca aprendí a ignorar.

Una punzada de celos me sacude el estómago.

Trato de no pensar en todas las veces que deseé que esa mirada fuera para mí y no para ella. Me queda el consuelo de que alguna vez la disfruté y, en su momento, fue lo más bonito que me pasó.

—Baila para mí, Jules.

—Estoy desnuda.

—Por eso mismo. Y al acabar la música, te haré el amor otra vez. Gritarás mi nombre hasta quedarte sin voz.

Cierro los ojos con fuerza, para matar un recuerdo inoportuno.

—Julia, aléjate... deja de observarlos —me digo en un susurro.

No hay razón para estar aquí, ni para dejar que la curiosidad me venza. Pero no puedo moverme. Una parte de mí todavía se siente traicionada. Me vuelvo hacia el escaparate de una zapatería y finjo interés en los zapatos, pese a siguir observándolos en el reflejo del cristal.

Por un instante y sin poder evitarlo, el tiempo retrocede.

Recuerdos felices inundan mi mente, momentos que juré enterrar. Nuestras caminatas al atardecer, cuando Luke me tomaba de la mano como si eso fuese lo único que necesitaba para ser feliz. O la noche en la que escapamos a la playa, solo nosotros dos, y el sonido de las olas nos acompañó mientras nos quitábamos la ropa. Hicimos el amor hasta que el amanecer nos encontró entrelazados en la arena, con su cuerpo cubriéndome como un escudo contra el frío, contra el mundo.

«Eres todo lo que soñé, Jules», solía decirme, mirándome con esos ojos celestes tan serios, hipnóticos e irresistibles.

Y yo, entre risas, le acariciaba el rostro. Notaba la forma en que se tensaba ante el roce de mis dedos. Y al acercarme a su cuerpo, todo desaparecía. Solo estaba su boca, sus manos, las caricias... Me abandonaba a lo que me hacía sentir sin miedo, me dejaba envolver en una vorágine de sensaciones intensas. Su manera de adorar mi cuerpo fue una novedad para mi piel. Luke fue ternura, puro fuego que nos consumía el aire y, también, una promesa que nunca se cumplió.

Pensar que le creí.

Un murmullo me vuelve al presente y pestañeo varias veces para asimilarlo. Sophie ha levantado la voz y habla con energía, como

solía hacer. Luke no se aleja, la observa con interés, queriendo aportar alguna palabra en la conversación que ella parece liderar.

La punzada en mi estómago es tan real que casi me dobla.

—Al final, sí terminaron juntos. Tampoco tenía dudas de que así sería —susurro, casi sin darme cuenta.

Sacudo la cabeza, buscando despejar mis pensamientos. No debo traerlos al presente si quiero mantenerme cuerda. Aparto la vista, aun así, no puedo evitar imaginar a Luke y Sophie volviendo juntos a casa al final del día.

Entre nosotros también hubo promesas de futuro. Entonces no sabía que eran palabras frágiles, tan volátiles como el viento. Luke se empeñaba en hacerme sentir que podíamos desafiar cualquier obstáculo. Al parecer, fue Sophie quien logró ser todo eso que yo nunca fui para él.

Respiro profundo y decido que he tenido suficiente.

—Estoy aquí por otra cosa —me repito.

Reúno el valor para alejarme. Giro sobre mis talones y comienzo a caminar, diciéndome que esto no cambia nada. Luke y Sophie pueden disfrutar de la vida que deseen. Yo tengo cosas más importantes que atender.

Noah está en casa y seguro que espera que le hable sobre los apartamentos que... no visité, por cierto. Él me necesita ahora, en este momento, en el presente. Si alguien merece que le dedique mis pensamientos, es él, no Luke. Debo dejar de retraerme al pasado y enfocarme en construir un futuro que de verdad tenga sentido.

Antes de volver, decido darme un pequeño gusto. Las compras impulsivas son mi forma absurda de lidiar con el estrés. No es que me ayuden realmente, aunque por un rato logran distraerme.

Investigo con la mirada los negocios que me rodean y encuentro una pequeña librería.

—Deberías tener un hobby —me digo en voz baja y esbozo una sonrisa resignada.

Reviso las estanterías sin un objetivo claro hasta que mis dedos se detienen sobre un libro de género policial. Lo tomo sin pensarlo y al leer el nombre del autor, el estómago se me encoge.

Es el autor favorito de Luke.

Río sin humor y lo devuelvo al estante como si me quemara los dedos. Con un suspiro, opto por otro al azar. Tal vez aprender a tejer sea una opción menos peligrosa.

Pago el libro y me dirijo a la casa de mi madre, convencida de que, al menos por hoy, he tomado las riendas de mi vida.

Capítulo 5



Siempre he tenido buena mano con los niños. Tal vez por eso me piden para estos eventos. Me gusta ver cómo se les iluminan los ojos si cuento o hago cualquier cosa que les sorprende. Vale la pena cada minuto.

Dejo escapar una carcajada cuando la niña a mi lado suelta una frase sin filtro. ¡Vaya carácter el suyo!

—Te digo que sí. ¿A que tengo razón, señor bombero? —pregunta, y los ojos le brillan con seguridad.

—Tienes razón, pequeña —le confirmo—. Nos lleva de un minuto a un minuto y medio ponernos el uniforme y subir al camión.

—¿Eso es mucho? —pregunta otro niño desde el fondo del aula.

—Haced una cosa: cerrad los ojos e imaginaos que tenéis que vestiros rápido para venir al colegio. ¡Empezáis ahora!

Los niños se retuercen y agitan como si estuvieran en medio de una competición de velocidad. Cronometro el tiempo en mi reloj y, al minuto y medio, alzo la voz:

—¡Tiempo! No podéis poneros ni una prenda más.

—¡Si solo me he puesto los calcetines! —protesta el más charlatán del grupo, provocando carcajadas. Le revuelvo el pelo con una sonrisa.

—¡Qué pasada! —comenta un rubio con expresión de pequeño genio.

—Así de rápido tenemos que hacerlo para llegar a tiempo —añado, poniéndome de pie mientras los niños me rodean. Todos hablan al mismo tiempo.

—¿Me dejas tu casco? —pregunta el chico rubio, mirándome con curiosidad.

Me inclino para ponérselo y sonrío cuando lo ladea, sin poder sostener el peso.

—Te queda grande —le explico—. Si vas a la feria del colegio en un par de semanas, te conseguiré uno de tu tamaño.

—¡¿De verdad?! —exclama emocionado.

—Palabra de bombero —le digo, estrechándole la mano.

—Gracias, Luke —murmura la maestra a mi lado, y baja la voz, como si no quisiera interrumpir.

El niño ya se ha olvidado de mí, ha salido disparado a contarles a sus amigos lo que acabo de prometerle.

—La próxima vez pídeselo a tu marido. Hoy era mi día libre —bromeo con la mujer, que es la esposa de un compañero del parque de bomberos.

—No es ni la mitad de divertido que tú. Además, como tiene hijos, paciencia no le sobra —declara con una sonrisa.

—Debe ser eso, sí —digo poniendo los ojos en blanco. Tiene lógica, aunque suene a excusa.

—Los niños te adoran. Y alucinan con lo grande que eres —agrega, divertida.

Lo confirmo al verlos midiéndose conmigo, con la cabeza inclinada hacia arriba como si yo fuese un rascacielos. Apenas me llegan a la cadera, y no todos.

Al despedirnos, hay abrazos y promesas de volver.

Ya en el Jeep, estoy guardando el uniforme cuando siento el roce de una mano en la espalda.

—Hola, Luke —dice una voz familiar.

Me giro y me encuentro con la mirada cariñosa de la señora Bennet. Sonrío. Está igual que la última vez que la vi, hace más de un año.

—Señora Bennet, qué gusto verla —digo, y nos damos un abrazo.

—Igualmente, querido. Jules me dijo que os habéis visto.

Mi estómago se tensa. No tengo idea de cuánto sabe sobre Jules y yo, pero siempre me tuvo aprecio. Es una mujer simpática,

charlatana, y aunque normalmente eso no me molesta, ahora no estoy seguro de querer escuchar ningún comentario sobre su hija.

Mientras menos sepa de Julia, mejor para los dos.

—La veo elegante —le digo con simpatía, y se sonroja un poco.

—Sigues siendo un zalamero.

Observa su reloj y se pone visiblemente nerviosa. Su actitud me descoloca, me deja con una incomodidad difícil de explicar. Su sonrisa es amable, sin embargo sus ojos no están del todo tranquilos.

—¿Quiere que la lleve a su casa? —pregunto por cortesía, porque me tengo que ir.

—No, no hace falta. Tengo cosas que hacer. A ver si vienes a cenar. Supongo que Jules se quedará unos días más antes de buscar piso y… bueno, si te animas, ahí te dejo la invitación.

—Gracias, la tendré en cuenta —miento.

—Anda, ve, no te entretengo más —dice, dándome una palmadita en el brazo mientras abro la puerta del Jeep.

Subo al coche, arranco y nos despedimos con una sonrisa. Acelero y me percato de que ella sigue ahí, observando cómo me alejo, sin moverse.

Tomo la carretera y saco el móvil. Llamo a Cole. Las palabras de la señora Bennet han despertado una sensación en mí, una que no quiero analizar demasiado. Lo que sí sé es que, cuando empiezo a darle vueltas a mis pensamientos, necesito escuchar a alguien que me diga las cosas tal cual son, aunque no me guste.

—Luc—responde mi amigo.

—Estoy en camino. Vestíos —bromeo, solo para molestarlo.

Desde que tiene pareja, no es el mismo. Parece que era lo que necesitaba después de todo. La chica que ha conocido ha sabido navegar en sus aguas oscuras y revueltas para sacarlo a flote. Lo de Mike fue muy duro para él. Debo reconocer que, al principio, ella no me gustaba. Me equivoqué.

Capítulo 6



«¿Qué hace aquí? ¿Qué hace en casa de mi madre?». Mi corazón se detiene un instante antes de comenzar a latir con fuerza. No esperaba encontrarme con Luke cuando escuché el timbre. Pensé que sería Noah.

—Hola —dice. Su voz ronca tiene la misma intensidad que su presencia: sólida e imponente.

—¿Qué haces aquí? —La pregunta escapa de mis labios antes de que pueda detenerla. Me arrepiento de inmediato. Son los nervios.

—Vine a hablar con tu madre, quería saber cómo encontrarte —responde, directo, y clava su mirada en mí.

El calor me sube por el cuello. Trago saliva y consigo recomponerme de su abrupta respuesta. Lo importante es que me buscaba a mí.

—Bueno, aquí me tienes. Estoy viviendo, con ella, en tanto encuentro dónde quedarme —le explico. Me doy palmaditas en la espalda porque logro disimular como una reina la sorpresa de su visita.

—Claro. Jules... —empieza, y lo veo dudar si continuar o no—. No estoy seguro de que esto sea una buena...

—Pasa —lo interrumpo, abriéndole la puerta de par en par. Más para desviar la incomodidad que por amabilidad. Además, si pretendo una relación cordial con él, es lo mínimo que debo hacer.

Entra y su presencia parece llenar la cocina de mi madre, que siempre me pareció pequeña, pero nunca tanto como ahora, con

Luke aquí. Hace años, en este mismo lugar, no notábamos el tamaño del espacio porque solíamos estar demasiado cerca, abrazándonos, tocándonos o..., bueno, eso. Ahora, esa cercanía es solo un recuerdo incómodo que hace que cada rincón se sienta más angosto y asfixiante.

—¿Te preparo un café? —le ofrezco mientras recojo las ilustraciones esparcidas por la mesa y apilo los libros que estaba firmando para el evento.

Él observa mis movimientos en silencio, hasta que finalmente señala las cosas que tengo en las manos.

—¿Tu trabajo?

—Sí. Ahora escribo e ilustro mis propios libros infantiles. Ya no lo hago para otros. —Mi voz suena más firme de lo que esperaba, como si quisiera demostrarle, ¡qué sé yo!, ¿seguridad? Tal vez sea así y quiera dejar claro que he seguido con mi vida, al igual que él.

—¿Puedo verlo?

Sin esperar mi respuesta, toma uno de los libros. Lo hojea con una atención que me desconcierta. Sus ojos se detienen en cada detalle y al advertir que sonríe por lo que ve, siento orgullo.

—¿Dónde los consigo? —quiere saber, pero no levanta la vista de las páginas coloridas.

—Quédate con ese. Está firmado y, si quieres, puedo dedicártelo.

—Sería un honor.

Su voz ahora suena más suave, casi íntima, tanto, que hasta me estremezco. Mientras busco un bolígrafo para escribir la dedicatoria, siento su mirada fija en mí. Parece estar evaluándome, tratando de leer entre líneas lo que callo. También puede estar preguntándose qué hace aquí, y queriendo huir, ya que se le nota demasiado incómodo.

—El mes que viene haré una exposición aquí, en Nueva York —le cuento, y sigo buscando, mentalmente, temas seguros de los qué hablar.

—¿Es la primera vez que expones? —Su interés parece genuino. Creo que esta parte de mí despierta su curiosidad.

Asiento y, antes de darme cuenta, estoy contándole sobre mi vida en Los Ángeles. ¿Le será más fácil hablar de mi trabajo que

enfrentar la verdadera razón de su visita? Claro que yo lo agradezco, porque no tengo ningún tema de conversación con él, salvo el que… No. Hay cosas que no se dicen de golpe. Mucho menos, sin una larga explicación. Él escucha con interés y en silencio hasta que menciono el lugar donde viví.

—Los Ángeles —repite, con una expresión inescrutable.

—Sí, en Highland Park. Por recomendación de algunos amigos, me procuré un agente literario y comenzamos a trabajar juntos. Cuando los libros empezaron a tener éxito, tuvimos la idea de hacer *merchandising*, ya sabes: productos de todo tipo con los personajes ilustrados. Funcionó bien y se nos ocurrió lo de la exposición, que comenzó a recorrer Estados Unidos.

—Vaya, eres toda una celebridad —dice con un atisbo de sonrisa, la primera que me dedica desde que nos volvimos a ver—. Seguro que te piden autógrafos y fotos por la calle.

—Uso un seudónimo —le cuento, negando con la cabeza—. Nadie me conoce. En la próxima exhibición haré mi presentación oficial. Será especial, porque habrá ilustraciones exclusivas en las que quise plasmar por qué decidí convertirme en escritora. Ya sabes que siempre me ilusionó ser ilustradora.

Él asiente en silencio y se le escapa un suspiro, uno profundo y cargado, como si quisiera decir algo, pero decide no hacerlo. En su lugar, me tiende un papel.

—Toma.

Cojo el papel, desconcertada.

—No sé si te parecerá buena idea. Cole pensó que sí, y por eso estoy aquí —me explica.

La mención de su amigo me hace dibujar una sonrisa involuntaria. Me gustaría volver a verlo algún día.

—¿Qué es esto?

—La dirección de un piso que se pondrá en alquiler en una semana. Puedes quedarte allí sin contrato el tiempo que necesites —me explica, otra vez, con ese tono seco y enfadado que prefiero ignorar.

—¿Es de Cole?

—Es mío.

La forma en que lo dice, baja y tensa, me obliga a levantar la vista de golpe y abandonar el papel.

—Ah…

La mezcla de sorpresa y confusión me impide formular una frase coherente.

Me giro hacia la cafetera. Necesito un respiro.

La propuesta me desconcierta, debo reconocer. No esperaba esto de Luke, no después de lo que pasó entre nosotros. Es un gesto tan generoso y representativo de su forma de ser que no debería llamarme la atención, lo que me extraña es que ese gesto lo tenga conmigo.

—Sabía que no era buena idea —murmura, chasqueando la lengua con cierta amargura.

La culpa es mía, de mi torpeza. Solo le di la espalda y me puse a divagar.

Me vuelvo y acorto la distancia.

—No es eso. —Lo miro directo a los ojos—. Acepto. Y no tienes idea de lo agradecida que estoy.

Recorre mi rostro con la vista y observa cada detalle. Eleva una mano y roza mi cuello con la yema de los dedos, con una delicadeza que me eriza la piel. Su contacto es cálido; es una caricia que despierta lo que no debería despertar.

El aire se espesa.

Mi mente grita preguntas: ¿Por qué estás aquí realmente? ¿Qué buscas? ¿Aún guardas resentimiento o hay algo más escondido en tu oferta que parece desinteresada? ¿Sophie está de acuerdo con lo que acabas de ofrecerme?

No sé si quiero obtener las respuestas.

Su mano en mi piel y sus ojos clavados en los míos, como si luchara internamente con una verdad que no se atreve a soltar, me descoloca… y me parece peligroso.

Sin embargo, siempre confié en él.

—Jules… —su voz es apenas un bisbiseo.

Por un segundo, pienso que va a susurrarme una de esas ideas suyas con las que solía dejarme sin aliento y lograba que me temblaran las rodillas.

Casi puedo escuchar el eco del pasado:

—¿Qué es eso?
—Un vibrador.
—¿Y lo vas a usar conmigo?
—Sí, después de vendarte los ojos.

El recuerdo se cuela con tal nitidez que me deja sin aire. No sé si ha sido el calor en su mirada o la memoria de mi cuerpo, que desea sus atenciones, lo que me lleva al pasado. La intensidad de su cercanía, el roce de sus dedos en mi piel, todo es tan parecido a aquella vez…

Trago saliva y parpadeo, volviendo de golpe a la realidad.

Luke no ha dicho nada. No ha repetido aquellas palabras. Aunque su expresión… su expresión me dice que él también las recuerda.

Capítulo 7



Desde el instante en que llego, siento una tentación constante por su cuello. Siempre fue mi debilidad y, por lo visto, mis gustos no han cambiado.

Mi mano actúa antes de que pueda detenerla. Su piel sigue siendo perfecta y, en cuanto la rozo, su cuerpo tiembla. No es algo deliberado, sino instintivo. Como si lo que nos atrajo antes siguiera intacto, desafiando el paso del tiempo.

Respira hondo, contenida. No se aparta, tampoco cede. Me deja en ese maldito limbo donde cualquier hombre con un poco de orgullo se detendría. Yo no. Con ella, lo pierdo todo, orgullo incluido.

—Jules… —Su nombre se me escapa en un susurro que pretende ser disculpa, aunque suena más como una súplica.

Ella me convierte en un perdedor, en un hombre desesperado que solo puede pensar en hundirse entre sus piernas y volver a sentir todo lo que eso provocaba.

Reacciona al instante y mi mano protesta al sentir que se aleja.

¡Joder!

—Voy a servirte el café —dice en voz baja, dándome la espalda.

Observo cada uno de sus movimientos. Sus dedos tamborilean contra la encimera mientras espera que el café se caliente. Nerviosa. Está nerviosa. Y yo… yo soy un gilipollas sin voluntad ahora mismo.

Me acerco. Un paso, solo uno, hasta que mi pecho le roza por detrás. La proximidad me asfixia y, a la vez, me devuelve el aire.

Inhalo profundo, atrapando el perfume de su cabello. Es diferente al que solía usar y poco importa. Es ella.

Mis labios encuentran su nuca. Es un roce apenas perceptible, suficiente para hacerme cerrar los ojos y soltar la respiración por la nariz.

No basta.

Le doy otro beso. Y otro. Y otro más.

—Luc… —murmura.

No se mueve. No se aparta.

Mis manos se deslizan por sus hombros y la giro con suavidad. Necesito verla. Su piel, su tensión, su mirada… todo grita lo que su boca calla.

No me detengo.

Rozo su mejilla con la nariz, deslizo los labios por su piel. Mis dedos se enredan en su pelo y lo tiro hacia atrás, para exponer su cuello. La beso con hambre, con rabia, con una desesperación que me domina. Quiero borrar los años, el vacío, las noches sin ella.

—Necesitaba hacerlo —confieso entre susurros, más para mí que para ella.

Jules vacila, su cuerpo dice una cosa y su mente otra. Yo no puedo detenerme. No ahora.

Mi puño sigue enredado en su cabello. La beso de nuevo, gruñendo al advertir su boca cediendo, abriéndose a mí. La levanto por la cintura y la siento sobre la encimera, aferrándome a ella como si mi vida dependiera de ello. Su cuerpo se amolda al mío. No hay espacio, no hay distancia. No hay tiempo perdido.

Sus manos recorren mi pecho, despertando memorias de noches de piel caliente y gemidos entrecortados. Su susurro se mezcla con los besos.

—Luc…

—No —gruño contra su boca, devorándola con más desesperación. No quiero escucharla. No quiero que me detenga.

Deslizo las manos por sus costados, redescubriendo cada curva. Pero, entonces, las suyas ascienden hasta mi rostro y me obligan a alejarme.

El frío me hace reaccionar de inmediato. Se siente igual que un puñetazo en el estómago.

—Tenemos que hablar —dice, con la respiración entrecortada.

—No —repito, y niego con la cabeza—. No tenemos que hablar. No quiero hacerlo, Jules.

Mi voz se quiebra en la última palabra y sé que me estoy traicionando a mí mismo.

La miro por largos segundos. Comienzo a sentirme el tonto del siglo otra vez.

Mi pecho sube y baja con esfuerzo. Necesito controlar la frustración.

—¿Por qué te fuiste? ¡¿Por qué…?! —Las palabras me rasgan la garganta. No le doy la posibilidad de responder.

La beso otra vez. Con arrebato. Con miedo. Con todo lo que tengo. Pretendiendo borrar las palabras que temo escuchar. Lo único que deseo ahora mismo es devorar sus gemidos, sus suspiros y el aire que deja escapar entre cada arremetida de mi boca.

Es imperativo silenciar la verdad que no deseo escuchar.

Ella vuelve a alejarse.

Mierda.

Golpeo la encimera con el puño, procurando contener el caos que hay dentro de mí.

Y entonces lo veo…

Es un objeto pequeño, insignificante para cualquiera. No para mí.

Es un llavero con su inicial. El mismo que le di hace años. Lo tiene intacto.

Lo tomo sin permiso y lo levanto frente a su rostro.

—Eres más perversa de lo que pensaba —señalo, con los dientes apretados, tomándola de la mandíbula, obligándola a mirarme. Que sienta mi enfado. Mi dolor.

Antes de que pueda explicarse, una voz interrumpe el momento.

—Hija, ¿estás en casa?

Me aparto al instante, dando un paso atrás. Giro sobre mis talones, para ocultar la furia en mis ojos y el deseo que se evidencia en mis pantalones.

Esto que siento es una maldita bomba con el cronómetro corriendo en la cuenta regresiva.

—¡Luke, no sabía que estabas aquí! —exclama su madre, abrazándome con afecto.

Intento recomponerme. No quiero que nadie note el jodido caos de mi interior.

—¿Te preparo un café, mamá? Luke ha venido a ofrecerme un apartamento que tiene libre —dice Jules, demasiado rápido. Demasiado tensa—. No te he preguntado cuántos dormitorios tiene. No importa, lo alquilaré igual para no molestarte más, mamá.

—Hija… —Su madre suspira.

—Ya está hablado, mamá. Necesitas tu espacio.

La mujer vuelve a suspirar, igual cede.

—Tú sabrás. No te olvides de que en un rato llega Noah —comenta antes de desaparecer.

Noah

¿Quién demonios es Noah?

Miro a Jules. No necesito preguntar. Lo veo en sus ojos.

No estoy preparado para la verdad.

—Tengo que irme —aviso, y aunque pretendo largarme sin más, una parte de mí titubea.

Me giro y la miro una última vez.

—No debí besarte. Lo siento. Llámame por lo del apartamento. Ahí está mi número.

Salgo sin volver a mirarla.

Capítulo 8



Cierro los ojos y siento el galope desbocado de mi corazón. No esperaba esto. Nunca quise que una simple confidencia acabara convirtiéndose en una de las decisiones más importantes que haya tenido que tomar. Otra más.

—Ty, es una locura —repito, por tercera vez, sin cambiar el tono de voz. Porque no puedo creer lo que mi agente, Tyler Nash, acaba de decirme. Sus palabras giran en mi cabeza sin detenerse, sin darme tregua para analizarlas.

—Vuelve a estudiar el contrato, Jules, y dímelo otra vez. Tienen el cheque con el anticipo firmado y plena confianza en el proyecto —dice con la calma de siempre.

—Yo no, Ty. Yo no tengo confianza en él. ¡Ni siquiera es un proyecto, por el amor de Dios!

—Ahora sí lo es. Y uno muy grande, con un futuro prometedor —agrega, emocionado.

Niego con energía, aunque sé que no me ve. No importa, esta negativa es para mí. Me detengo y me apoyo en una pared cualquiera, en medio de una acera poco transitada, tratando de estabilizar mi respiración.

—No puedo aceptar. No estoy preparada —reconozco, nerviosa, llevándome una mano a la frente—. Maldigo el momento en que te permití hacerlo. No. Lo siento, no. Te agradezco el tiempo que te has tomado en representarlo, pero…

—Jules, cariño, cálmate. Respira y escúchame —recita con esa paciencia que aprendió a desarrollar desde que firmé mi primer contrato con él. Ty tiene un máster en calmar mis crisis.

—No sé si podré hacerlo. Entiéndeme. Conoces los motivos por los que esta locura es inviable —le explico, y comienzo a visualizar la magnitud del problema.

—La fecha de entrega te da margen. Lo pedí así pensando en ti, Jules. Están tan ilusionados que están dispuestos a darte lo que pidas.

Suspiro, sigo en mi modo de negación, aun así, la ilusión se filtra por las grietas de mi resistencia. Me aterra pensar que me dejaré convencer. No obstante, más debería asustarme el espejismo que mi mente inventa al pensar en esto como una realidad, algo que nunca soñé, sin embargo, tal vez, deseo verlo plasmado un día.

—¿Sigues ahí?

—Sí. ¿Cuántos días tengo para pensarlo? —pregunto al fin.

—¡Esa es mi chica! —exclama, aliviado.

—No te ilusiones, Ty. Me inclino más por un «no» que por un «sí». Hazme el favor y díselo.

—No haré eso, Jules. ¿Estás loca? Menos mal que me tienes a mí para velar por tus intereses, que si no… —Suelta una carcajada y me contagia.

Una sirena interrumpe la conversación. Me sobresalto al ver un camión de bomberos pasar junto a mí. Me llevo una mano al pecho. Dentro de la cabina está Luke. Lo sé, porque nuestras miradas se cruzan justo antes de que el vehículo doble la esquina.

—El bullicio de Nueva York —comenta Ty.

—Un detalle que no extrañaba —respondo, todavía sobresaltada —. Te llamo. Dame unos días… o semanas.

Corto la comunicación y resuelvo no darle más vueltas a la noticia. No voy a tomar una decisión ahora. Tengo asuntos más urgentes que resolver.

Sacudo la cabeza, tratando también de sacar a Luke de mis pensamientos.

Me giro para regresar a la casa de mi madre, resignada a no poder hablar con Luke sobre el apartamento. Me gustaría definir mis

próximos pasos y organizar la mudanza, si es que es necesaria.

Tres días. Tres días han pasado desde que Luc me besó y me llamó perversa. Desde que dejé que se marchara sin enfrentar la conversación que debimos tener. Tal vez me merezca su indiferencia. Si bien lo que él me hizo, tampoco me lo merecía.

Me llevo los dedos a los labios y sonrío sin darme cuenta.

—No debí besarte. Lo siento. Llámame por lo del apartamento. Ahí está mi número.

Esas fueron sus últimas palabras. Y yo sigo sin llamarlo, a pesar de necesitar hacerlo.

Mi cuerpo tiene memoria y lo odio por eso. Me hace desconfiar de mis propias intenciones.

El sonido de mis tacones resuena en la acera cuando doblo la esquina y, antes de poder reaccionar, me topo con Sophie.

Está parada frente a la vitrina de la cafetería de la tal Mona, con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Sus ojos se clavan en mí en cuanto nota mi presencia y si bien su expresión no cambia, el desprecio que veo en ellos es evidente.

No la culpo.

Respiro hondo y me acerco con cautela.

—Sophie —saludo con una ligera inclinación de cabeza.

—Julia —responde sin esfuerzo por disimular la frialdad en su voz.

No me ofrece más palabras, así que comienzo una conversación casual.

—¿Cómo estás?

Suelta una risa sarcástica y sacude la cabeza.

—¿En serio? —Su tono destila incredulidad—. Apareces de la nada para entrometerte en nuestras vidas otra vez y ¿pretendes hacer la pantomima del reencuentro amistoso?

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba. Me hacen consciente de que es un hecho, de que ella y Luke, el mismo hombre que me besó en la cocina de mi madre, siguen juntos.

—No quiero discutir contigo —digo con calma, aunque mis manos tiemblan dentro de los bolsillos de mi abrigo—. Solo quiero arreglar algunas cosas pendientes con Luke y seguir adelante. Nada más. No voy a interferir entre vosotros.

—Eso espero —espeta, y da un paso hacia mí—. Porque si intentas algo, lo que sea, no me quedaré de brazos cruzados. No te acerques a él o me conocerás de verdad.

No le doy la satisfacción de reaccionar. Me mantengo firme, la miro a los ojos y asiento con la cabeza.

—No necesitas amenazarme como un matón de pacotilla. No combina con tus preciosos tacones de marca ni con tu manicura.

—No te atrevas a hacerte la víctima, Julia —sentencia, con un dedo acusador.

Abro la boca para responder, pero la cierro al instante.

Ella ya ha ganado. Se ha quedado con él.

No hay nada más que decir.

La esquivo, respiro hondo y continúo mi camino. No tengo tiempo para esto. No cuando tengo tantos hilos sueltos.

Lo último que pretendo es que Sophie sea un problema más que solucionar.

Capítulo 9



Veo entrar a Cole, con su eterna sonrisa de cabrón, y me tiende un oso de peluche a modo de premio de consolación.

—Me toca ser tu niñero —bromea, recordándome la última vez que estuvimos en una situación similar, al revés. Entonces, yo le hacía compañía después de que recibiera un par de balazos en un operativo encubierto del FBI.

Se desploma en la silla junto a mi cama y me estudia con detenimiento.

—¿Cómo estás?

—Bien. Solo necesitaba un poco de oxígeno, nada más.

El incendio de ayer nos dio más trabajo del que imaginábamos y me expuse demasiado para recuperar el cachorro de la dueña de la casa. La niña lloraba desconsolada.

—El buen samaritano de siempre —comenta con sorna.

—¿Y qué se supone que debía hacer?

—No morir en el intento —replica con seriedad. Como si él no recibiera balas para salvar a otros.

Es lo que tiene nuestros trabajos. Sabes cuándo vas, pero no si volverás. Tal vez por eso nunca me he molestado en hacer planes a largo plazo. Nadie me espera en casa, nadie me ata a nada.

Entre las llamas, mi cabeza queda en blanco y el riesgo se vuelve un ruido de fondo. Mis padres han asumido hace tiempo que cualquier cosa puede pasarme. Convivimos con esto con normalidad. Al menos, mi padre ya se jubiló. Una bendición para mi madre, que ahora solo reza por mí.

Cada vez que voy a una boda de algún compañero o a un bautizo de sus hijos, me pregunto por qué la gente toma decisiones tan estúpidas bajo la influencia del amor.

—¿Y tu chica? —curioseo, desviando el tema antes de que Cole empiece con su sermón sobre cómo debería «vivir la vida».

Él no entiende que no soy pesimista, solo realista.

—Vendrá después a darte uno de sus discursos sobre por qué deberías cuidarte, enamorarte y toda esa mierda —comenta, burlón.

—Dile que ya me dieron el alta —gruño, y se ríe.

Mi móvil vibra en la mesa de noche. En la pantalla aparece «número desconocido».

—Hola.

—Ho… hola —balbucea una voz femenina. Suena temblorosa, insegura—. Soy Julia. Perdona que te moleste, es que… me diste tu número y…

—Dime lo que necesitas, Jules —la corto, sin rodeos. Todavía me dura el cabreo con ella.

Cole abre los ojos como si hubiera visto un fantasma y se inclina hacia mí para escuchar mejor. Lo empujo de un codazo y sigue haciendo muecas que no entiendo.

—Es por el apartamento. Me gustaría verlo y confirmarte el alquiler para organizar la mudanza —explica ella.

—Mañana por la tarde, ¿te va bien? —le pregunto, recordando que me voy temprano a casa.

—¿Hoy no puedes?

—Estoy en el hospital. Mañana me dan el alta —aclaro, para que no crea que estoy excusándome.

Del otro lado, escucho un jadeo y el ruido de un cristal rompiéndose.

—¿En qué hospital? ¿Qué ha pasado? No puedes… Ahora no… —susurra, con la voz ahogada, sin acabar ninguna frase. Entrecierro los ojos y busco en mi mente las palabras que faltan, sin lograrlo—. Luke, ¿estás bien?

No necesita explicaciones, tampoco quiero dárselas, pero…

—Sí. No es nada grave. Solo necesitaba oxígeno, nada del otro mundo.

—¿Nada del otro…? ¡¿Nada del otro mundo?! —exclama, y su respiración se entrecorta. Por su forma de hablar, creía que estaba a punto de reprenderme igual que a un niño que se ha metido en problemas—. ¿Necesitas algo?

No, de ella no necesito nada. Bastante me ha complicado ya con su regreso. Y yo, idiota de mí, ofreciéndole el piso… Cole tenía razón, soy un maldito buen samaritano.

—Estoy bien —repito.

Mis puños se cierran con tanta fuerza que el teléfono cruje en mi mano y los músculos de mis hombros se tensan con rapidez.

Jules permanece en silencio. Solo escucho su respiración y un balbuceo que no logro entender.

—Jules…

—Sí, perdona —murmura—. Me alegro de que estés bien, entonces. Nos vemos mañana en el apartamento. Mándame la hora por mensaje —dice todo de corrido, como si quisiera deshacerse de las frases antes de arrepentirse—. Y, Luke…, cuídate.

La última palabra la dice en un suspiro y, joder, sucede lo que no debería. Se me calienta el pecho y una sonrisa amenaza con dibujarse en mi boca.

—Nos vemos mañana —confirmo y cuelgo.

Cole me observa con una ceja elevada y una sonrisa socarrona.

—¿La cara de gilipollas es porque…?

—Se me contagió de la tuya —digo, y suelta una carcajada.

Un taconeo agresivo se acerca por el pasillo y la puerta se abre de golpe, interrumpiendo el momento «jodamos a Luke» que divertía a Cole.

—Acabo de enterarme. ¿Cómo estás? —pregunta Sophie, con una exagerada cara de compungida—. Casi me muero del susto cuando me lo han contado.

Cole suspira y se recuesta en la silla. Su expresión se endurece al instante.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin ganas. Esa manía de creer que la necesito, que es mi pareja…, vaya a saber qué mierda se le cruza por la cabeza a esta mujer.

—Pensé que estabas mal —responde.

Vaya. ¿Eso la desilusiona?

—Y querías jugar a la enfermera —espeta Cole con ironía.

Sophie le dedica una mirada fulminante, pero él no se inmuta.

—¿Me dejas a solas con Luke?, por favor —le pide y clava sus ojos en los míos—. Tenemos que hablar sobre… la desteñida esa —agrega. Por supuesto que enfatiza en las últimas palabras, para reforzar el drama inexistente.

¿Qué tiene que ver Julia y por qué deberíamos tener una conversación sobre ella?

—No creo que tengamos de hablar de Jules, Sophie —aclaro, sintiendo cómo la paciencia se me agota.

Sus labios se curvan en una sonrisa cínica.

—No seas ingenuo, cariño. Sabes que Julia...

Cole resopla para interrumpirla. No la soporta. Mejor dicho, no se soportan.

—¿Y tú qué? ¿Vas a aconsejarlo bien una vez en tu inútil vida? —ironiza ella, clavándole la vista y golpeando la punta del pie en el suelo.

Creo que ninguno de los dos sabemos a qué se refiere. Supongo que cualquier excusa le sirve para insultar a mi amigo. A veces, pienso que vive en una telenovela de esas turcas, donde todos lloran y no pasa nada bueno hasta el último capítulo en el que todo se soluciona. Mi madre las veía, seguro que sigue haciéndolo.

—Te aviso, Luke —continúa con su melodrama particular—. No pienso quedarme de brazos cruzados si ella vuelve a lastimarte.

El eco de su voz queda flotando en la habitación. Luego, se da la media vuelta y se marcha con la misma furia con la que llegó.

¡Manda cojones!

Cole deja escapar una risa seca y sacude la cabeza.

—Tío, tu historial de mujeres da miedo.

Cierro los ojos y me masajeo la sien con frustración.

—No me lo recuerdes.

No encuentro ninguna explicación a lo que acaba de pasar.

Lo único que se me ocurre es que por fin se hayan visto.

No es mi problema.

Capítulo 10



Después de saludarnos en el acceso al edificio y preguntarle cómo estaba, subimos en silencio a la planta del apartamento. Casi no he dormido por la preocupación, aunque verlo igual que siempre, me alegró más de lo que puedo admitir.

Entramos al piso sin hablar y me invita a recorrerlo con un gesto de la cabeza.

—No está mal —digo, y giro sobre mis talones mientras lo exploro con la mirada, después de inspeccionarlo completo—. Al menos, ya no invadiré la intimidad de mi madre.

Luke sonríe de lado, apoyándose contra el marco de la puerta con los brazos cruzados. Su postura es arrogante, distante. Forzada quizá. Si todavía lo conozco un poco, sé que se alegra de que me guste y se dará palmaditas en la espalda por haber ayudado a alguien. A mí, en este caso.

—Es amplio y cómodo. Viví en este lugar algunos años. Estarás bien —suelta sin demasiada emoción, a modo de dato irrelevante.

Suspiro, ignorando la calidez que su comentario me provoca, aunque lo haya hecho de manera tosca. Era su piso. Aquí vivió hasta que, seguramente, se mudó con Sophie. Me acerco hacia la ventana y la vista me ofrece una imagen del barrio más tranquila de lo que estaba acostumbrada en Los Ángeles. Me gusta. Puedo imaginarme construyendo un futuro nuevo. Quiero encontrar mi lugar otra vez.

—¿Qué? ¿Demasiado silencioso para ti? —pregunta Luke, aproximándose con paso lento.

—No, todo contrario. Lo prefiero así de tranquilo —respondo e inspiro profundo, sin dejar de observar a la poca gente que circula por las calles—. Es solo que… aún no me siento en casa en ningún lado.

La confesión escapa de mis labios antes de que pueda detenerla. Luke me observa con atención y su expresión circunspecta se suaviza. Parece que una parte de él ha cedido por fin. Hasta sus hombros están un poco más relajados.

—Tal vez porque nunca has tenido un hogar de verdad —murmura, con los ojos anclados en los míos.

¿Me está culpando de algo? ¿Por qué siento que sí? ¿Él hubiese sido mi hogar si me quedaba? ¡Por favor!

—Siempre has sido tú, Jules.

—Mmm, demasiadas mujeres te he conocido, Luc. ¿Qué me dices de Sophie?

—Esa experiencia es la que me enseñó a reconocer lo que acabo de afirmar. Te amo.

El aire que me rodea se espesa ante el inoportuno recuerdo, que siento igual que un ataque autoinfligido.

Parpadeo rápido y luego levanto la mirada. Un hilo invisible, un magnetismo involuntario nos atrapa. Es molesto y bonito a la vez. No debería suceder, aun así, no puedo evitarlo. Luke no aparta sus ojos de los míos, y mi piel reacciona a su presencia: se calienta, se eriza.

Él baja la vista hacia mi boca apenas un segundo. Lo suficiente para que mis labios se entreabran.

No me muevo.

Él sí lo hace. Se inclina lentamente hacia mí.

Y un golpe seco en la puerta lo sobresalta.

Parpadea y da un paso atrás. Su expresión cambia en un instante. Vuelve a poner esa cara de malo que no le pega nada. Y yo suelto el aire que estoy reteniendo.

—¿Esperas a alguien? —pregunta ya con el ceño fruncido.

—Sí —respondo y me acerco a la puerta. El corazón aún golpea contra su pecho, haciéndose notar.

—Ya estoy aquí —dice Eric, sonriendo con esa amabilidad que me hace sentir culpable.

Sostiene dos cajas en las manos. Al instante, reconozco los objetos: son pequeños recuerdos de la vida que dejé atrás.

—Pasa, deja esto por ahí —lo invito y, una vez que vacía las manos, lo abrazo con fuerza.

La calidez e intimidad que me ofrecen sus brazos son el bálsamo que necesito entre tanta incertidumbre. El beso en la frente que siempre me da vuelve a colocar el suelo bajo mis pies. Me da la seguridad que dejé en Los Ángeles, más precisamente, en su casa.

—A ver qué tal —murmura Eric, dándome una palmadita en la mejilla con la que me vuelve a la realidad, y comienza a deambular por el apartamento— Me gusta, cariño. Me gusta.

Él siempre había sido así: demasiado bueno, demasiado paciente. Nadie me ofreció tanto apoyo como Eric. Y yo… qué poco le he dado a cambio.

Luke aclara la garganta detrás de mí. Entonces me doy cuenta de que no los he presentado.

—Eric, él es …

—Luke Grady —me corta, extendiendo la mano—. Dueño del piso.

Eric asiente y dirige sus ojos a los míos, comprendiéndolo todo al instante.

—Es un gusto conocerte —agrega, y luego se vuelve hacia mí—. ¿Cómo te has sentido? ¿Estás bien aquí en Nueva York?

—Sí… sí, estamos bien. Siento que…

—No tienes que explicarme —me interrumpe con suavidad—. Solo quiero que sepas que, si en algún momento me necesitas, siempre podrás contar conmigo.

Trago saliva y contengo la angustia; luego, desvío la vista. No puedo mirarlo demasiado tiempo a los ojos, esos que solo destellan bondad y afecto, sin sentir que estoy abusando de él una vez más.

Que se haga tantos kilómetros solo para tenderme una mano con la mudanza, es innecesario.

Luke chasquea la lengua con impaciencia.

—Jules, ¿te muestro el depósito para trastos que hay abajo? —gruñe después.

Eric duda un segundo, pero no dice nada. Yo tampoco.

—Solo he venido a traer esto. No quiero incomodarte. El resto viene en el camión de mudanza. —Asiento ante las palabras de Eric y lo acompaño a la salida.

—Gracias. De verdad.

—Me voy a descansar un rato, te veo luego —dice. Me besa la mejilla antes de girarse y marcharse.

La puerta se cierra y el silencio en la habitación se vuelve opresivo. Luke pasa una mano por su mandíbula, exhala con frustración y chasquea la lengua.

—¿Tu novio? No importa, es tu vida. ¿Bajamos? —pregunta, ya de espaldas, dirigiéndose a la salida.

Se está escapando. No se lo voy a permitir.

—Luke…

—No tiene por qué importarme —refunfuña, abriendo la puerta con brusquedad.

Estar a su lado es demasiado intenso. Si no me provoca con la mirada, me recrimina cosas… o me besa, igual que hace unos días en casa de mi madre. ¡Me va a volver loca!

Lo que estuvo a punto de suceder antes de la interrupción no se ha esfumado. Sigue aquí, latiendo en el aire que nos rodea, enredándose con el enfado que tensa sus hombros.

Capítulo 11



Jules me corta el paso y cierra la puerta con un golpe seco. El golpe resuena en el espacio vacío y deja un eco que se mezcla con el latido frenético de mi corazón.

—Se acabó —sentencia, firme, sin titubear.

Frunzo el ceño. ¿Se acabó qué?

¿Qué cojones le pasa?

—¿Tú de qué vas? ¿Eres el malo del barrio ahora o qué? Este humor de perro rabioso no te pega. No merezco tu maltrato.

—No te maltrato, Jules. Tampoco me pidas que sea simpático contigo. No puedes venir a imponer el respeto que nunca diste. ¡Hay que ver la cara dura que tienes!

Abro la puerta, dispuesto a largarme de una vez. Ella se adelanta y vuelve a cerrarla.

—¡Vas a escucharme, quieras o no, Luke! —exclama, con el rostro encendido.

¡Joder con la rubia!

Aprieto la mandíbula y me doy la vuelta, apoyándome en el borde de la ventana.

—Habla —escupo—. Pero no gastes ni una gota de saliva en justificaciones absurdas. Solo la verdad.

Mi cabreo va de la mano con el miedo. Miedo a lo que pueda decir, y también con la certeza de lo que hice. De lo que le ofrecí. Del amor incondicional que le declaré.

Recuerdo el día en que su madre me dijo que se había marchado. Recuerdo la nota. Aquellas frías palabras que me dejaban

claro que no había nada más que esperar: «No me esperes. Disfruta la vida».

Nunca me había sentido tan solo como en ese momento. Me costó entender que nunca fue mía. Me rompí los nudillos golpeando un saco de boxeo, tratando de borrar el recuerdo de su piel contra la mía, de sus labios susurrando mi nombre. Aprendí de la peor manera que la gente también miente con el cuerpo desnudo, entre sábanas húmedas y mientras te dice que te ama.

Me tragué las lágrimas. Fingí que me daba igual. Me convencí de que Sophie podía ofrecerme algo parecido a una relación real, aunque fuera un espejismo de lo que quise tener con Julia.

Jules rompe el silencio.

—Quiero comenzar disculpándome por haberme ido hace…

—Ocho. Putos. Años. Julia. ¡Ocho años! —la interrumpo con un grito ronco y avanzo hacia ella, tan cerca que se asusta—. ¿De verdad crees que puedo aceptar tus disculpas? No. Lo siento. Ahórratelas.

—Por favor, déjame hablar —ruega, con la voz entrecortada.

Me alejo, dándole el espacio que necesita. Yo también necesito respirar.

—Habla.

—Aquel día que estuvimos en mi casa… Después de que…

—Folláramos como dos locos sin pensar en nada más —gruño con maldad. Lo que busco, tontamente, es incomodarla.

Ella traga saliva, aun así, no retrocede.

—Después de que hiciéramos el amor y te dijese que yo también te amaba en silencio y que por respeto a Sophie nunca te lo hice notar, además de por la culpa que sentía porque traicionaba una amistad.

—Nunca fuisteis amigas, joder. Y lo sabes. Erais simples conocidas del barrio. Y lo mío con ella eran unos pocos polvos entre dos personas que se lo ponían fácil, nada más. También lo sabías.

La desafío con la mirada mientras espero que lo reconozca.

—Puede ser, pero me sentía mal igual. Ese día, después de que te fueras, Sophie vino a verme. Me dijo que me mentías, que querías acostarte conmigo desde hacía tiempo y que solías prometerle amor

a todas, que jugabas a ser el novio hasta cansarte y… tu fama te precedía, Luc.

Parpadeo, aturdido. ¿Qué?

No puede ser cierto.

A ver, que de Sophie me creo cualquier cosa y Julia no es de hacerse ideas raras en la cabeza.

Sophie... ¿lo manipuló todo? ¿De verdad lo hizo?

Me paso las manos por la cara, aprieto los dientes y me trago la impotencia. Jules me observa en silencio, viendo cómo lucho con el desconcierto y la rabia.

—Al día siguiente, me sentí mal y no pude salir de casa. Y cuando finalmente logré hacerlo, fui a buscarte y te vi con ella —continúa, con la voz trémula—. Sophie te besaba... y tú…

La sangre me hierve.

—¡Joder! —exclamo, con el corazón golpeándome el pecho como si fuese un martillo—. Eso no es verdad. Desde que comenzamos a salir, nunca más… ¡Hija de puta! No puede ser.

Doy un paso hacia un lado, vuelvo sobre mis pasos, con las manos en la cabeza y una cantidad de recuerdos confundiéndome más si cabe.

—Sophie me vino con el cuento de que tú te habías largado a Europa. Fui a comprobarlo y tu madre me dio tu nota. Me tragué todo lo que dijo. Estaba furioso, Jules —explico de corrido. Hago silencio un instante, inspiro hondo y reconozco en voz alta—: Me besó y dejé que lo hiciera.

Cierra los ojos, parece que la confirmación le duele tanto como a mí recordar ese momento.

—Yo me había arrepentido. Quise ir a verte —murmura—. Y al veros juntos... En ese instante lo entendí todo. La creí. Así que me subí a ese maldito avión.

El silencio cae sobre nosotros, cargado, sofocante. Me cuesta respirar. No sé cómo apaciguar la tormenta que acaba de desatarse en mi interior.

Aprieto los puños, mi respiración es agitada. El enfado me ciega.

¡Ocho putos años!

La mentira de Sophie me robó ocho putos años de mi vida.

Giro sobre mis talones y camino hasta la puerta. Jules me agarra del brazo, intenta detenerme.

—Luke, espera…

Me la saco de encima con suavidad, pero con firmeza. Mis manos tiemblan, mi cabeza es un puto caos.

—Ahora no—gruño, sin mirarla.

Abro la puerta y salgo, dejándola atrás. Porque si me quedo un segundo más, no sé qué haré.

Ni qué sentiré.

Lo único que sé es que esto no ha terminado. Ni de lejos.

Capítulo 12



¡Dios mío! Nunca lo había visto en ese estado. No sé qué hacer.

Me sobresalto con exageración al oír unos golpecitos en la puerta.

—Hola, vengo… ¿Qué te pasa? Estás pálida —se alarma mi madre al verme.

—He hablado con Luke —le digo y me hago un lado para que entre.

—¿Reaccionó mal? —me pregunta, tomándome las manos para darme ánimos.

—Solo le conté una parte. Y creo que fue a buscar a Sophie. Le cayó muy mal saber lo que hizo. Dice que no me engañó, mamá, que ella mintió y… —Una lágrima se desliza por mi mejilla, seguida de muchas más, tantas que hasta se me ahoga la voz.

—Shhh. Tranquila, hija. Ya se arreglará. Nada permanece oculto para siempre y por eso debes contárselo todo.

Lloro sin consuelo. Lloro por la vida perdida, por el desamor que tuve que enfrentar, por la realidad que se impone y el futuro incierto que se avecina. Lloro por él, por mí, por Eric y por Noah. Y hasta por Sophie, aunque no lo merezca.

Ahora entiendo por qué ella me odia y exige mi silencio, además de que me mantenga lejos de Luke.

—No me ha dado tiempo. Se ha ido como alma que lleva el diablo. Me da miedo —le confieso a mi madre entre sollozos.

—Dale tiempo. Mañana lo llamas y seguís hablando. Tiene que enfrentarse a la verdad —dice, acariciándome el cabello.

—Una verdad muy dolorosa para ambos. Mi vida debía ser otra y ella me la robó con sus mentiras —señalo, y rompo a llorar otra vez —. ¡La odio con todo mi corazón! No nos correspondía sufrir de la manera que lo hicimos. Nos robó la paz, la seguridad, el cariño. Nos lo robó a los dos porque le dio la gana. Y en el proceso hirió al hombre que dice amar. ¡Es mala, caprichosa y envidiosa!

—Siempre lo fue y te lo advertí —murmura, visiblemente angustiada. Chasquea la lengua y tuerce el gesto—. Perdona, no es momento de echarte nada en cara.

Mi madre siempre me dijo que me cuidara de Sophie, que no era buena compañía. Me advirtió que observaba a Luke con ojos vengativos, y no le hice caso. Tampoco cuando me dijo que una mujer no debe coquetear tan descaradamente con el novio de una amiga. Pensé que lo hacía para llamar la atención, igual que hace cada vez que estaba rodeada de gente.

—Hija, debes recomponerte. Mira la hora que es. Debemos regresar a casa. Noah está por llegar y no quieres que te vea así.

—No. Porque me hará preguntas y no quiero mentirle. Ven, que te enseño el piso —digo, secándome las lágrimas—. Solo espero que Luke no se arrepienta de ofrecérmelo.

Por la noche, después de una suculenta cena a la que Eric también ha sido invitado, me siento mejor. Las ideas se han acomodado en mi mente y, por primera vez en mucho tiempo, me siento más liviana, con menos secretos que proteger.

—Cuéntame esa noticia que Tyler dice que tienes —pide Eric, y niego con la cabeza, sonriendo.

—Es un tramposo. Lo hace para presionarme y obtener una respuesta —me quejo mientras mi madre nos entrega las tazas de café—. ¿Recuerdas la biografía que escribí antes de irme a vivir contigo? Una noche en la que no estaba pensando, se la di para que la leyera… y lo hizo.

—¿¡Van a publicártela!? —pregunta, emocionado, y coge mi mano para besarla.

Asiento en silencio.

—No sé si quiero hacerlo. Es revelador e íntimo.

—Cambia los nombres y di que está basada en la realidad, que te has tomado algunas licencias para hacerla más interesante o qué sé yo. Ya te ayudarán con eso —asegura, sintiéndose clara y sinceramente feliz por mí.

Asiento de nuevo, sin embargo, no estoy tan segura como él, ni tan contenta.

—Te felicito, hija. Eres una escritora maravillosa —agrega mi madre con orgullo.

Eric sonríe con complicidad y un toque de picardía y sé que va a cambiar de tema para no ponerme ansiosa si seguimos con lo del libro.

—Suegra, a que no sabes… He conocido a Luke —dice.

—¿Cuándo? —indaga ella, curiosa, y con una sonrisa pícara, parecida a la de Eric.

—Hoy. En el apartamento. Me intimidó bastante, debo reconocer. Y es un gruñón de cuidado.

—No te dejes engañar por esa apariencia de malote. Es encantador, solo está disgustado —lo defiende mi madre, lanzándome una mirada acusadora—. Ahora los abandono, me voy a descansar.

Se despide de mi ex y nos deja solos.

Hace casi un mes que no estamos frente a frente. Hablamos por teléfono, claro, pero no de nuestras cosas. Sé que venir a ayudar con la mudanza es solo una excusa. Quiere intentar convencerme de volver a su lado, si bien sabe, porque se lo dije, que eso no va a pasar. Lo respeto y lo quiero demasiado para volver a engañarlo.

—¿Cómo estás? —le pregunto, a la vez que jugueteo con sus dedos.

Él eleva los hombros y sonríe.

—Aceptando las cosas. —Clava sus ojos en los míos y se pone muy serio—. ¿Estás segura de esto? No lo pregunto por mí, lo hago por ti. Mi casa tiene las puertas abiertas, aunque esta vez te recibiría

como amiga. Sé lo que hubo, lo consentí, lo disfruté y no pretendo forzarlo otra vez.

Me relajo, entendiendo que mis sospechas son infundadas y que Eric ya no aceptará de mí lo poco que puedo ofrecerle. Bravo por él.

—Ambos aprendimos del error —murmuro con un nudo en la garganta.

Al llegar a Los Ángeles estaba sola, confundida, vulnerable, herida… y enamorada de un imposible. Escribir mis emociones me cambió la vida. Así nació el libro que pretende ser mi biografía, el que descansó por años en un cajón.

Más tarde, nuevas emociones, nuevos miedos y amores diferentes me llevaron a dibujar y escribir para niños, y me apasioné. Se convirtió en mi rutina y me hacía feliz. Conocí a Tyler, aceptó representarme y, después de convertirse en mi amigo, me presentó a Eric.

Este hombre bondadoso y paciente se transformó en mi compañía, en mi afecto más sincero. Me dijo las palabras bonitas que necesitaba oír. Conquistó mi corazón lastimado y lo usé a modo de paño de lágrimas, además de como la figura masculina que necesitaba en ese momento.

Me engañé a mí misma.

Y cuando me di cuenta de que lo hacía, se lo dije. Porque eso significaba que le había mentido a él también. Nunca lo amé.

Con la verdad por delante y la posibilidad de mi próxima exhibición en la ciudad, le dije que volvía a casa. Arrastrando mis fantasmas, mis secretos, obligándome a que dejen de serlo para, por fin, vivir en paz

Capítulo 13



Cojo la mochila y salgo. Menos mal que he dormido bien después de la hora que pasé golpeando la bolsa de boxeo, porque con la rabia que tenía ayer, creí que no lo haría.

Es increíble cómo puede cambiarte la vida en un instante. Siempre creí que sería mi trabajo el que me expondría a situaciones límites, no la gente que me rodea y dice quererme.

¡Joder, macho, lo de elegir mujeres se me da como el culo! Voy a tener que darle la razón a Cole y a su novia metiche.

Me meto en el Jeep y arranco. La conversación de ayer sigue repitiéndose en mi cabeza, es un maldito eco imposible de silenciar:

El golpe de mi puño contra la puerta retumba en todo el pasillo. No me importa. No voy a dejar que me evite.

—¡Abre la maldita puerta, Sophie! —exijo por tercera vez, con la mandíbula tan tensa que podría partirme los dientes.

Del otro lado solo hay silencio.

Sé que está dentro. Sé que me escucha.

Cuando me dispongo a golpear otra vez, la puerta se entreabre y ella aparece, con esa expresión de falsa inocencia que usa para manipular a todo el mundo.

—¿Qué quieres, Luke? —pregunta con voz cansada, cruzándose de brazos.

No le contesto enseguida. La miro. La observo a conciencia, más allá del maquillaje y la pose indiferente. Veo la mentira en cada

centímetro de su postura y siento una ira fría que me sube por el pecho. Esta vez, ha cruzado todos los límites.

—Quiero la verdad —respondo con dureza.

Ella pestañea, fingiendo confusión. Reconozco que no debe esperarse que venga hoy, ocho putos años después, a reclamarle una realidad que creyó en el olvido. Me apuesto las pelotas a que pensó que nunca me enteraría.

—No sé de qué hablas —dice, imperturbable.

Su actitud pone a prueba mi paciencia.

Empujo la puerta y entro sin pedir permiso. Sophie retrocede, no lo suficiente. No hay distancia posible que la proteja de lo que siento.

—Deja de fingir —exijo, tomándola de los hombros y enfrentándola—. Julia me ha contado todo. Sé lo que hiciste. Sé la mentira que le metiste en la cabeza para que se fuera.

Su expresión se endurece. Un destello de pánico cruza sus ojos, pero lo esconde rápido detrás de una sonrisa cínica.

—Qué conveniente, Luke. —Ríe sin humor—. Quien se mantuvo a tu lado fui yo y ella huyó sin darte la posibilidad de que te defendieras. ¿Ese era su amor? Te salvé de esa mujer, cariño. ¿En serio crees que la mentirosa soy yo?

Ni por un segundo dudo de Julia. No voy a caer en la trampa de Sophie. No esta vez.

—¡Me lo quitaste todo, maldita sea! —exploto, señalándola con el dedo—. ¡Nos separaste con tu veneno! ¡Le robaste la verdad, la seguridad, la confianza! Sabías lo que ella significaba para mí… ¿Por qué, Sophie? ¿¡Por qué mierda lo hiciste!

Ella no baja la vista. No intenta justificarse ni huir. Hay orgullo en su expresión. Me hiela la sangre.

—Porque te quería para mí —susurra y eleva el mentón.

Su confesión no me sorprende. Su descaro, sí.

Me río. Es una carcajada amarga, cruel.

—¿Me querías para ti? —repito, incrédulo, acercándome hasta que nuestras respiraciones se mezclan—. No, eso no es querer. Me querías infeliz. ¡Me querías solo porque ella me tenía!

Su silencio lo dice todo.

Me paso las manos por el cabello. No quiero perder la cabeza. Aunque igual ya es tarde para eso. Hace ocho años que lo hice, cuando Jules se fue sin explicación alguna, por culpa de esta… egoísta mujer.

—¿Alguna vez te detuviste a pensar en lo que nos hiciste? —Mi voz es más baja ahora, aunque más peligrosa, porque no me importa cómo se siente o cuánto pueden dolerle mis palabras.

Sophie aparta la vista. Su barbilla tiembla. Y una vulnerabilidad, que no solo no le conozco, sino que no me creo, se hace presente en sus ojos.

—Lo siento… —murmura, como si eso sirviera de algo.

Intenta tocarme. Me aparto.

—No. No lo sientes —aseguro, alejándome con evidente desprecio —. Si lo sintieras, habrías dicho la verdad hace mucho tiempo.

Ella cierra los ojos, traga saliva y se encoge sobre sí misma, rodeándose con los brazos.

—No me odies, Luke…

Me río de nuevo. Esta vez con rencor.

—No te odio, Sophie. Ni siquiera mereces eso. Aunque te juro que nunca voy a perdonarte.

Sin una sola palabra más, salí de su apartamento, sin mirar atrás.

Lo que destruyó en estos años… ya no se arregla con un simple «lo siento» ni con el millón de excusas que pueda soltar por su boca malvada.

Vuelvo a la realidad y me doy cuenta de que he estado conduciendo sin rumbo fijo, perdido en la incredulidad de lo que viví ayer.

Inspiro hondo y trato de sacudirme la sensación de que el veneno me está devorando desde dentro.

Mi destino aparece ante mis ojos: la feria anual del instituto del barrio.

Me froto la cara con las manos y bajo del Jeep. Con suerte, los niños lograrán hacerme olvidar —aunque sea por un rato— que hay

gente capaz de arruinar una vida solo por egoísmo.

Capítulo 14



Las risas y el bullicio de la feria me distraen mientras camino entre los puestos. El aroma a algodón de azúcar y palomitas impregna el aire, de todas formas, no logran endulzar mi humor. No quiero estar aquí. Lo cierto es que todos insistieron en venir y negarme era una batalla que nunca ganaría. Si ellos deciden que distraerme es lo mejor, supongo que debo intentarlo.

—Cambia esa cara —dice mi madre, y Noah me observa, visiblemente preocupado. Me roba una sonrisa y hasta le doy un beso buscando alivio.

Desde que hablé con Luke ayer, no he dejado de darle vueltas a todo. A sus palabras; a su enfado; a la verdad que, aunque me costó decirla y por fin le confesé. Lo que no sé es qué va a hacer con ella. Tampoco si quiere hacer algo. Y la incertidumbre me produce más ansiedad. ¿Estoy preparada para lo que decida? No lo creo. De eso dependen demasiadas cosas y no tengo un plan B.

—¿Eric?

—Viene en un rato. Tenía trabajo, no sé. Debo pasar por la carpa de la librería para firmar unos libros más. Os busco al acabar —aviso y cambio de rumbo.

Voy tan distraída que no veo a Luke cuando se planta delante de mí. Su cercanía me produce un escalofrío que me recorre la piel antes de que mis labios reaccionen.

—Hola. ¡Casi me matas de un susto! —exclamo, llevándome una mano al pecho. Una sonrisa enorme se dibuja en su rostro, la clase

de sonrisa que extrañaba. Con lo bonito que sonríe...

—¿Tienes un minuto? —pregunta.

No me da tiempo a responder antes de tomar mi mano. Su palma es cálida, firme, un ancla en medio del caos. Me guía hacia un edificio y, una vez que estamos solos, me observa con intensidad.

—¿Qué es esto?

—La sala de reuniones del director —responde sin apartar la mirada—. ¿Estás con Eric?

Su pregunta me pilla desprevenida. Me tenso. Con todas las dudas que debe tener, no esperaba que fuera a empezar por ahí.

—No —respondo con un hilo de voz.

—¿Lo amas? —insiste, y su voz baja un tono. Comienzo a temblar y no de miedo.

—No. Lo quiero mucho. Es un buen amigo —musito, nerviosa ante su intensidad—. ¿Qué he pasado con Sophie?

—No me apetece hablar de ella. No me apetece hablar de nada. No puedo dejar de pensar en lo que pudimos ser. En lo poco que compartimos y en lo bonito que fue.

Todo eso me lo dice mientras da pasos cortos hacia mí, acorralándome contra la pared. Su aliento choca contra mi mejilla y mi piel se eriza en respuesta.

—Estaba de mal humor y en cuanto te he visto...

—Luke…

—Olvidémonos de todo por un rato, por favor —murmura sobre mis labios, y cierro los ojos al sentir el latigazo de deseo que me aprieta el pecho—. Cuando creí que me mirabas con amor, ¿lo hacías?

Asiento.

De inmediato, su boca se pega a la mía, acompañada de un gruñido impotente.

Cuando sus labios rozan los míos, un gemido sube por mi garganta. Mi cuerpo entero se estremece y un cosquilleo me obliga a cerrar las piernas.

Su beso es desesperado, como si quisiera recuperar el tiempo perdido.

Las enormes manos de Luke me elevan para anclarme en su cadera y ponerme a su altura. Su calor me envuelve. Mis manos rodean su cuello. Me toma el mentón y expone mi cuello para olerlo y morderlo. Su respiración está agitada, aunque percibo que su agarre vacila, que lucha consigo mismo.

—Odio pensar que otras manos te han tocado —murmura.

—¿No crees que puedo sentir lo mismo? —pregunto, perdida en la nebulosa de placer que me produce el roce de sus labios en mi escote.

—¿Lo sentías?

—¿Celos? Siempre tuve celos de las mujeres que te tocaban —declaro. Tiro de su cabello para que me mire.

Sonríe con soberbia y sus ojos revelan una duda fugaz antes de volver a besarme. Sin alejar sus ojos de los míos, me quita la camiseta.

—¡Joder! —susurra, pellizcándome los pezones.

Su mano, tibia y exigente, se desliza por mi cintura y baja para colarse entre mi ropa.

—No —susurro.

Su movimiento se detiene al instante. Me sigue acariciando, centrándose en mis pechos, atormentándolos, ahora, con los dientes. Sabe que puede llevarme al borde con toques precisos. Su lengua golpea la punta de mi pecho izquierdo, arriba y abajo. Rápido. Más rápido. Gimo, cierro los ojos y gimo otra vez.

Me retuerzo entre sus brazos, atrapada entre el deseo y la razón.

—Abre los ojos —exige.

Mi cuerpo entero se tensa al sentir que me baja por completo el sujetador, buscando más espacio.

—Esto no está bien —susurro, acariciándole el cabello.

—No lo está, no. Pero me da igual.

—¿Estás con Sophie? —le pregunto, sintiéndome culpable de dejarme llevar.

—Nunca estuve con ella más allá de lo que ya sabes. Y antes de que me preguntes, sí, hasta hace poco me acostaba cada tanto con ella.

Trago saliva. Aparto su cara de mi piel y me cubro los pechos, sintiéndome vulnerable de una manera que no esperaba.

—¿Sabes qué me dolió más que lo que hizo Sophie? Que no creyeras en mí —dice, apoyándose en la mesa y dándome espacio para acomodarme la ropa.

Luego, me atrae para que quede entre sus piernas y me acaricia la cara. Mis manos lo copian. He soñado tantas veces con esto...

—Tenía 23 años, Luke. Eras el chico inalcanzable, el macho alfa del barrio —le explico con una sonrisa tímida.

—Eso no te disculpa, porque te dije lo que sentía por ti —señala, y vuelve a besarme el cuello.

—Lo sé. Y lo siento. Sabes que esto no cambia nada, ¿verdad?

—Solo ha complicado más las cosas —susurra con una carcajada amarga.

—Tengo que irme —digo.

Me alejo. Él acepta la distancia con una exhalación larga. Su expresión es un enigma.

—Te espero a las siete en la cafetería donde nos vimos la primera vez. No me malinterpretes —le aclaro—. Tenemos que hablar.

Ojalá que no se le borre la sonrisa después de la cena. Todavía no las tengo todas conmigo.

Capítulo 15



El aire fresco apenas logra enfriar mi piel al salir del edificio. Me paso una mano por la nuca, todavía sintiendo la calidez de su cuerpo contra el mío, el roce de sus labios y el temblor en su respiración.

No debí besarla.

O tal vez sí. Tal vez fue lo único que tuvo sentido desde la jodida conversación que tuvimos.

Aprieto la mandíbula y me obligo a avanzar. La multitud se acerca y se aleja a mi alrededor mientras camino sin mirar a nadie, con la cabeza aún enredada en el recuerdo de Julia. Su piel erizándose bajo mis dedos. Su resistencia quebrándose. Esa forma de aferrarse a mí como si no supiera si quiere empujarme o quedarse.

Alzo la vista, respiro hondo y sacudo la cabeza.

No es momento para pensar en Julia.

Pero, joder, ¿cómo carajo se supone voy a olvidarla cuando su sabor sigue en mi boca?

Llego al puesto del FDNY y saludo a mis compañeros. Me pongo la gorra con las iniciales y dibujo una sonrisa al primero de los niños que se me acerca.

—Hola, campeón. —El chiquillo se esconde tras las faldas de su madre—. ¿Quieres ver el camión por dentro?

Se niega y la mujer se disculpa.

—Vuelve si tienes ganas —susurro en su oído, agachándome a su altura.

—¡Abuela, ahí están los bomberos! ¡Voy a buscar mi casco! —oigo cerca de mí.

—¡Espera! —grita alguien, supongo que la abuela.

Antes de darme la vuelta, ya siento el tirón en mi chaqueta.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? Dijiste que me darías un casco.

La voz, llena de esa seguridad infantil de quien no teme pedir lo que quiere, me saca una sonrisa. Bajo la mirada y lo reconozco al instante.

—Claro que me acuerdo de ti, campeón. Una promesa es una promesa. —Le revuelvo el pelo. Me giro hacia la mesa y tomo un pequeño casco de juguete—. Aquí tienes, ahora eres un bombero honorario.

El crío coge el casco con emoción y se lo pone de inmediato. Su risa burbujea en mi pecho y me sorprende la ternura que me provoca.

—¡Mira, abuela! ¡Soy un bombero! —grita, y gira sobre sus talones para enseñar su premio.

Al ver a quién se dirige, mi mundo se detiene.

Mis ojos chocan con los de la madre de Julia, que observa al niño con una sonrisa amorosa.

El calor que aún me recorría el cuerpo se enfría de golpe.

Su expresión cambia al instante. Su postura se tensa, como si de repente estuviera atrapada en una situación incómoda de la que deseara escapar.

¿Qué busca? ¿A su hija para que la salve de esto?

Yo también lo hago, pero no la encuentro.

Un malestar sordo se instala en mi pecho.

La sangre me hierve.

La señora Turner se acerca más al pequeño y le toma la mano.

—Vamos, cariño, hay que dejar que los bomberos sigan trabajando —dice con dulzura; de todas formas, su voz tiene un matiz tenso.

Frunzo el ceño, miro al niño y otra vez a ella.

—No soy quien te debe explicaciones —murmura, acariciándome el brazo.

—Me queda bien, ¿abuela? —pregunta el crío y se da la vuelta para observarme, con una sonrisa ancha dibujada en su carita—. Gracias.

Le guiño un ojo y sigo observándolo.

¿Qué mierda acaba de pasar?

¿Cómo es que Jules tiene un hijo y no ha sido capaz de decírmelo?

No es que estuviese obligada, aunque, joder… Jules es madre.

—Es compañero de mi hijo —me cuenta Sean—. Están recién llegados de Los Ángeles.

—Es el hijo de Jules —comento, sin poder creerlo todavía.

Las piezas encajan de golpe. Ahora entiendo el motivo de los nervios que tenía la mujer cuando me vio en la puerta del colegio.

El ruido de la feria se vuelve un zumbido lejano. La voz de mi amigo se desdibuja en el aire.

Julia es madre.

No sé qué esperaba de ella después de tanto tiempo, pero esto... esto no lo vi venir.

Y lo peor no es el descubrimiento en sí, es que nunca me lo mencionó.

Capítulo 16



Busco a mi madre entre el gentío que deambula y los niños que corretean de aquí para allá.

Mis ojos encuentran a Luke y, sin quererlo, se quedan en él. Su uniforme le da una presencia imponente. Los brazos cruzados, la sonrisa amable que le ofrece a un niño que le hace preguntas, la postura relajada…

No parece el mismo hombre que hace un rato me tuvo acorralada contra la pared. El que ha despertado en mí deseos peligrosos.

¿Por qué me besó? ¿Por qué se lo he permitido?

Luke es de esos que lo toman todo. Desde el primer contacto, en casa de mi madre, mi cuerpo ha reaccionado como si tuviera memoria propia. Me doblega, me seduce, me conquista solo con acercarse. No tuve en cuenta lo peligroso que era volver a enfrentarle sin mis escudos bien alzados. En mi defensa, estaba segura de que estaría con Sophie.

Ahora no puedo pensar en eso. No al ver a Noah correr hacia él.

Mi corazón se detiene.

Mi madre lo sigue de cerca, pero no logra frenarlo. Mi respiración se vuelve errática al observar que Luke se inclina para hablarle, le entrega el casco y le revuelve el cabello con un gesto lleno de ternura. Noah sonríe, emocionado y algo dentro de mí se quiebra.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí, paralizada. Los ojos de mi madre me hallan y ahí se quedan.

Y yo, cobarde, retrocedo.

Me giro y me mezclo entre la multitud antes de que pueda alcanzarme. Sé lo que va a decirme, sé que va a recriminarme. Y no puedo permitírselo delante de mi hijo.

—Deberías habérselo contado —susurro en voz alta, sintiendo un nudo en la garganta.

—¡Mira, mamá! —exclama Noah cuando llega a mí con su casco en la cabeza.

—Anda, ¡qué bien te queda! —le digo, esforzándome en sonreír. Mi madre me lanza una advertencia silenciosa.

—Hoy me disculparé por ocultárselo —murmuro, más para mí que para ella.

—Casi me da un infarto, hija —suspira.

La rodeo con un brazo para agradecerle el apoyo.

Nos alejamos, aun así, mi mente sigue atrapada en la escena. Noah lo adoró. Y Luke… Luke no sabe nada.

—Este sí me queda bien. No se me cae —comenta Noah.

Alzo la cara para ver a quién le habla.

—Te dije que este te iría perfecto —dice Luke con una sonrisa.

¿Cómo he llegado hasta aquí tan rápido?

Los libros que tenía en la mano se me resbalan y caen al suelo. Me agacho a recogerlos, las gafas de sol que tenía en la cabeza se deslizan y se hacen trizas contra el pavimento.

Malditos nervios.

Levanto la vista. Luke me está observando.

Sus ojos se clavan en los míos y el mundo entero se queda en silencio.

No hay feria. No hay ruido. No hay gente.

Solo está él. Y el peso de lo que acaba de descubrir.

—Lo siento —balbuceo.

No sé si por la torpeza, por haberle ocultado a Noah… por todo.

—¡Ahí está papá! —grita mi niño, y sale corriendo.

Mi pecho se contrae un poco más.

Luke se gira y su mirada se endurece al ver a Eric acercándose. La tensión en su cuerpo es notoria. Antes de que pueda procesarlo, Sophie aparece de la nada y se aferra a su brazo.

—Cariño, te estaba buscando —ronronea igual que una gata en celo.

Luke la estudia, primero con sorpresa y luego, con el ceño fruncido.

La situación me supera. No logro pronunciar palabra.

Miro a uno y a otro. Suspiro. Endurezco los hombros.

—Nosotros nos vamos —anuncia mi madre, al rescate y tomándome de la mano para alejarme.

Me dejo llevar, porque no sé cómo actuar ahora mismo.

Me giro para observar a Luke una vez más y lo que veo me hace sonreír.

A riesgo de parecer una bruja malvada, su rechazo y enfado me producen un placer que no pienso reprimir.

Nunca imaginé que estaría tan nerviosa. No es una cita, aunque la vivo como tal.

«¿Qué me pongo? ¿Me maquillo? ¿Este vestido es muy corto?».

Estoy dispuesta a disculparme y contarle todo. Si nos da la madrugada mientras conversamos, no me importa. Ambos nos debemos disculpas y ha llegado el momento de aclarar cada detalle.

No quiero analizar mis sentimientos por él, esos que parecen haber despertado con energía a golpe de gruñidos y besos de su parte. No es el momento. Lo primero es recuperar la confianza perdida entre los dos y luego… ya veremos.

—¡Ja! Ni tú te lo crees —murmuro contra mi taza de café.

Luke parece estar dispuesto a recuperar el tiempo perdido y la Jules que nunca lo olvidó está de acuerdo. La más sensata, la Jules madre, necesita una estabilidad que todavía no se vislumbra.

—¿Nueva York te ha dado una linda bienvenida? —pregunta Mona.

—Bueno… tengo que poner todo en una balanza y hacer cuentas —bromeo.

—No te apures con eso. Déjate sorprender —dice, guiñándome un ojo—. ¿Quieres pedir?

—Espero a alguien, gracias.

Mona se va y me deja a solas con mis nervios. Ellos me llevan a coger una servilleta de papel y romperla en mil pedacitos, mientras alterno suspiros ansiosos con miradas furtivas hacia la puerta.

Miro el reloj por quinta vez. Ya no tengo más excusas para defenderle. No es el tráfico, tampoco el trabajo. No creo que haya tenido una urgencia porque estoy a pocos metros del parque de bomberos y no ha sonado ninguna sirena.

Reviso el móvil. Nada.

—Mona, cóbrame, por favor —digo, extendiéndole mi tarjeta de crédito.

La mujer me observa con dulzura, compadeciéndose de mi plantón.

La ira sube lenta, aun así, sube. Se acomoda en mi pecho, presiona mis costillas. Me duele y me enfada que no haya tenido ni un maldito momento para decirme que no vendría.

Al salir, en lugar de ir directo al coche de mi madre, mis pies me llevan a la tienda de la esquina. No necesito nada, igual eso nunca ha sido un impedimento. Antes de darme cuenta, tengo en la mano un bolso de diseño, el tipo de compra absurda que me doy cuando necesito una distracción.

—¿Desea ver algo más? —pregunta la dependienta con una sonrisa ensayada.

Miro mi nueva adquisición con jactancia, la giro entre mis manos. El cuero es suave, impecable. La etiqueta tiene un precio ridículo.

—No, gracias —respondo, porque ya es suficiente el pago por un capricho indomable.

Salgo de la tienda con la bolsa en la mano y una satisfacción fugaz que… desaparece antes de cruzar la calle.

Suspiro, aprieto los labios. Ni siquiera me gusta mucho.

—Si tenías cosas que reprocharme, al menos, hubieses tenido los malditos… «pantalones» de enfrentarme, en vez de desaparecer como un cobarde —murmuro al entrar en el coche de mi madre. Doy un portazo, volviendo a tener a Luke en mi cabeza.

Arranco y me dirijo al piso. Noah está en el hotel con Eric y yo puedo regodearme en mi ira con una copa de vino y comida recalentada.

—Gilipollas. Eso eres, además de cobarde. Si quieres saber de mí, tendrás que aparecer, porque yo no pienso llamarte. ¡Gilipollas!

Doblo la esquina y encuentro un sitio libre para aparcar. Me subo al bordillo en el primer intento y gruño.

—¡Gilipollas! —grito, frustrada y acongojada.

Bajo del coche y entro en el edificio. Subo al apartamento y voy directa a la cocina.

—Que te den. No vengas a pedirme explicaciones. Te las daré… ¡cuando me salga de los ovarios! —grito. Y como todavía tengo rabia acumulada, repito—. ¡Gilipollas!

Capítulo 17



Sophie me maldijo en la feria antes de marcharse. Literalmente.

Primero, intentó sonreír, como si nada hubiera pasado entre nosotros. Como si descubrir su mentira más vil fuese solo un malentendido que olvidaríamos con unas copas. O si su presencia en mi vida todavía tuviera sentido.

Quizá, para ella sí. Para mí, no.

Sophie pasó a ser una persona vetada a mi alrededor.

Se lo dejé claro y vi que su cara se transformó.

—Eres un cabrón, Luke. ¿Qué te crees? ¿Que puedes hacerme desaparecer con un chasquido de dedos? —escupió, atrayendo algunas miradas.

—Tú sola te lo has buscado, Sophie. Y no, no me mires así. No ha sido mi culpa.

Apretó los dientes y cruzó los brazos.

—La *princesita* estará contenta, ¿cierto?

No le di el gusto de responder.

—Tengo que irme —dije con calma—. No me interesa discutir contigo.

Sophie apretó los dientes y hasta gruñó de impotencia.

—Te vas a arrepentir. Te lo juro —sentenció.

Antes de marcharse, se persignó. Sospecho que estaba lanzándome una maldición de verdad.

No creo en esas cosas.

No debería haberme importado. Aunque me dejó un mal sabor de boca. No por Sophie, sino porque todo está volviéndose

demasiado caótico. Me desagrada sentirme atrapado y dudar de mis propios sentimientos.

Incluyendo los que siento por Jules.

Sí, cambio de tema porque así de jodida está mi cabeza. Todo es Jules. Noah. Responsabilidades. Miedo. Puños cerrados y hombros tensos.

No fui a la cita.

No porque no quisiera verla, sino porque no podía.

Ahora existe Noah. Es un compromiso que me queda grande. Es su hijo, no el mío. No obstante, si seguimos con esta idea de aclararlo todo y avanzar…

Estando con ella, me olvido de todo.

Me he pasado años jurando que no buscaría compromisos que entorpecieran mi trabajo. Que, al enfrentar el fuego, solo debía preocuparme por mí. Que no habría nadie en casa a la espera de que volviera. Nadie dependiendo de mí.

Es más fácil así.

Y, entonces, apareció de nuevo en mi vida y sus labios hicieron mierda todas esas promesas. Fue rozar su lengua y volver a quererlo todo con ella.

Cuando la vi esta mañana, la idea de dejarme llevar se instaló en mi cabeza. Durante unas horas, la posibilidad de recuperar lo que nos arrebataron me pareció posible. Incluso me ilusionó pensar que podía ser una realidad. Hasta que el pequeño bombero vino en busca de su casco.

Todo se fue al carajo con su existencia.

Me encantan los niños. Y yo les gusto a ellos. No puedo ser tan hijo de puta y dejarme querer por alguien tan inocente ¿Alguien que no entiende de pérdidas, de muerte, de lo que significa que un bombero no regrese a casa?

No sería capaz.

—Eres un imbécil, ¿lo sabes? —Cole me estudia con desaprobación desde el otro lado de la mesa.

Hemos quedado en un bar después de decidir que no iría a la cafetería de Mona. Lo uso de ancla para no arrepentirme.

—Dime algo que no sepa —murmuro antes de darle un trago largo a mi cerveza.

Por supuesto, se lo he contado todo. Busco consejo, aunque sé que Cole será brutalmente honesto.

—Lo estás pensando demasiado —bufa, removiendo el hielo en su vaso.

—Cómo para no hacerlo. No es tan simple, ¿sabes?

—No quieres que lo sea —asegura.

Resoplo y me acomodo en el asiento. Quiero dar la impresión de estar seguro de mi decisión.

—Es madre, C. No es solo ella, hay un crío de por medio. Soy bombero, sabes lo que eso significa.

—¿Y?

¡Joder! ¿Es tonto o se hace?

—¿Y si me meto en su vida y pasa, no sé, cualquier cosa?

Cole me lanza una mirada de suficiencia.

—¿Y si te dejas de excusas?

Sostengo los ojos en los de él, pero solo se ríe.

No lo intimido ni un poco.

—Mírate, estás acojonado. Buscas cualquier pretexto para alejarte, porque tus promesas son un coñazo que te están impidiendo vivir. Estás proyectando. Ni siquiera sabes si ella quiere estar contigo —dice.

Baja su vaso y me estudia con una expresión más seria. Me paso la mano por la cara, porque no soy capaz de reconocer que tiene razón.

Aprovecho el silencio para revisar el teléfono y averiguar si Jules me ha enviado algún mensaje. Mandándome a la mierda, por ejemplo.

Nada.

Sé que si no la llamo, la distancia entre nosotros se volverá horrible y con las semanas será más grande, hasta que no haya vuelta atrás.

¿Es eso lo que quiero?

Inspiro hondo y vuelvo la vista al móvil.

Podría ser yo quien diera el primer paso; escribirle y disculparme.

No lo hago.

¡No puedo hacerlo, joder!

Me acabo la cerveza de un solo trago y bajo también el nudo que tengo en la puta garganta.

Cole me observa, negando con la cabeza, hasta que me ve volver a tocar la pantalla del teléfono.

—Dime la verdad, ¿quieres estar con ella?

La imagen de Jules sonriendo cruza mi mente. La idea de perderla otra vez me revuelve el estómago y me produce una sensación de vacío que hace mucho no experimento.

—Supongo —murmuro con sinceridad. Ahora mismo no lo tengo tan claro.

—¿Confías en ella?

Ahí está el problema.

—No lo sé.

Cole se inclina sobre la mesa y, sin decir nada más, me observa, con la ceja levantada y esa sonrisa de suficiencia que, si pudiera, le arrancaría de un puñetazo.

El muy capullo ha dado en la tecla. Y esta vez no voy a escapar ante sus comentarios, como hago siempre, por pereza o cobardía.

Me paso una mano por el pelo, resignado a soltarlo.

—No puedo revivir aquello otra vez, tío.

No tengo que decir nada más. Él sabe mejor que nadie lo que sufrí con la partida de Jules.

—Dale la oportunidad de explicarse, Luc.

No respondo. Debo pensar todo esto con la cabeza fría.

La puerta del bar se abre y la novia de Cole entra, camina directo hacia nosotros.

Un beso en los labios para él y una ceja arqueada para mí.

—¿Qué has hecho ahora?

Cole ríe, anticipando su regaño. Yo pongo los ojos en blanco.

—No ha ido a la cita —comenta.

Kate resopla. Igual que yo.

—Seguro que tenías una buena razón —dice.

Me sorprende. A mi amigo también.

Y, antes de que pueda aprovecharme de su inesperado apoyo, ella remata:

—Sigue siendo una tontería.

Cole suelta una carcajada. Yo no.

La madre que la parió. Ahora sí que no me salvo de su sermón.

—Si te gusta, si de verdad te gusta esa chica, deja de pensar en lo que podría salir mal. Porque siempre hay algo que puede salir mal. Pero… hay cosas que pueden salir bien. —La miro en silencio. Sé que aún no ha terminado su monólogo, que parece más un trabalenguas—. Haz lo que quieras, Luke. Pero si la dejas ir, asegúrate de que sea porque no la quieres, no porque tienes miedo.

Ojalá fuera tan fácil como ella cree.

Me pongo de pie de un salto. Mi amigo alza la ceja. Kate jadea del susto.

—¿A dónde vas?

Ya estoy de camino a la salida.

Las ideas siguen revolucionadas en mi cabeza, aunque un poco más claras.

—Déjalo, tiene que pensar —dice Cole.

Cruzó el umbral sin mirar atrás.

Tal vez, ya es hora de dejar de correr.

Capítulo 18



No sé nada de Luke desde hace dos días. Dos días en los que el teléfono ha sido un objeto inútil en mis manos, en los que cada mensaje no recibido ha dejado una marca en mi orgullo. Jamás se disculpó por no acudir a la cita, ni tampoco se preocupó por darme un motivo para entender por qué no fue. Dos puñeteros días en los que he repasado una y otra vez lo que pasó en la feria, desde su forma de observarme y besarme hasta el último encuentro en el que me sentí perdida, justo al ver a todos los personajes de esta historia juntos, apurando mis tiempos.

Definitivamente, no soy buena en esto de sincerarme. Soy lenta y me vuelvo un poco torpe si el miedo y las dudas hacen de las suyas en mi mente.

Entro al café de Mona y enseguida lo veo. Eric está en la barra, removiendo el café con aire despreocupado, pero en cuanto me ve, sonríe.

—Llegas tarde —dice, dándome un abrazo rápido antes de mirarme con atención—. Tienes cara de no haber dormido bien.

—Gracias. Necesitaba oír que me veo como el culo —bromeo.

Nos acercamos a una mesa vacía, después de decirle a Mona lo que quiero tomar. Eric me estudia y sus ojos se ponen curiosos.

—Es por Luke, ¿no? —pregunta.

Suspiro y me dejo caer en el asiento frente a él.

—No sé qué pasó. ¿Qué fue lo que hice? No me ha enviado ni un mensaje, no vino a la cafetería, nada.

Eric apoya los codos en la mesa y entrelaza los dedos.

—Debe haberse sentido engañado. ¿Qué esperabas?

Lo miro, confundida.

—Que habláramos, al menos. Que no desapareciera. Que…

—Escúchame —me interrumpe—. Todavía le interesas, es obvio, y no te es indiferente. No me mientas, no a mí.

—Eric…

—No pasa nada, ya sabes que lo entiendo. No pretendo echarte en cara nada. Debes mostrarle todas las cartas de una vez, Jules. Deja de dar vueltas.

Mi garganta se cierra. Sé exactamente a dónde quiere llegar. Y también sé que tiene razón. Esa era mi intención el otro día, mostrarle todas las cartas y darle la oportunidad de decidir si quiere mantenerse cerca o lejos.

—A ver, Jules, ya conoce a Noah. Ha pasado tiempo con él y hasta parece que se caen bien. Y sigue sin saber que es su hijo. ¿Cuánto más vas a esperar? ¿Quieres que lo descubra antes de que tú se lo digas?

Trago con dificultad. Niego con la cabeza. Eso sería un desastre. Debo ser yo quien le cuente que tiene un hijo de siete años que desea conocerlo más que nada en el mundo.

—No quería soltarle una cosa así de golpe. Quería esperar el momento correcto. Hacer que confíe en mí, recuperar el trato, redescubrirnos como los adultos que somos y contarle mi historia, para que pueda entender que nunca pretendí hacerle daño ni ocultarle nada.

Eric niega con la cabeza, frustrado.

—No hay momento correcto. Nunca lo habrá. Y mientras más lo retrases, más daño harás. Noah desea y necesita a su padre, cariño. Y yo no puedo seguir ocupando un lugar que no me corresponde, por más que me quiera y me diga papá. Todos sabemos que lo hace porque esa palabra tiene una connotación especial para él. Disfruta al decirla. Permítele que lo haga con la persona correcta.

El peso de sus palabras me aplasta. Bajo la vista, miro mis manos entrelazadas sobre la mesa y retengo las lágrimas que no quiero dejar fluir.

El camarero deja la taza con mi café sobre la mesa y, sin interrumpirnos, se va.

Eric suspira y cubre mi mano con la suya.

—No te lo digo para hacerte sentir mal. Pero, Jules, si realmente quieres una oportunidad con él, tienes que decirle la verdad. No temas por la relación que puedan construir, lo resolverán tarde o temprano. Quítate este bendito lastre de los hombros.

Cierro los ojos un momento y asiento.

—Lo haré. Lo buscaré y se lo diré en cuanto acabe la exposición de mañana.

—Bien. Porque te juro que si no lo haces, lo haré yo —me asegura, llevándose la taza a la boca.

Río sin ganas y le lanzo una servilleta.

En silencio, acabamos nuestras consumiciones y sonreímos al entrelazar nuestras miradas. Hoy se vuelve a Los Ángeles. Me ha ayudado con la mudanza. El piso ha quedado precioso con mis muebles y adornos. Noah está feliz de tener sus juguetes y libros en la nueva habitación que hemos pintado de azul.

—Te voy a extrañar —le digo.

—Sobrevivirás —bromea, y aprieta mi mano—. Llama a Ty y firma ese contrato, Jules. Conviértete de una vez por toda en lo que eres: una escritora del carajo.

Se me escapa una carcajada nerviosa al recordar que todavía no he analizado las consecuencias de hacer pública la biografía que tengo escrita. En ella se me hizo fácil exponer los miedos, la angustia, la soledad durante el embarazo. Fue un poco más duro recordar todo lo que viví durante la depresión postparto con la que tuve que lidiar durante largos meses, casi un año. La culpa, la reconciliación con mi maternidad y, fundamentalmente, con mi bebé… Todavía me produce ansiedad acordarme de aquello.

—Se te hará tarde —digo, removiendo los pensamientos negativos.

Nos levantamos, listos para salir. Me giro para tomar el bolso que he dejado en el respaldo de la silla y se me cae al encontrarme con la mirada ladina de Sophie.

Mi corazón se detiene.

Me observa con una sonrisa perezosa, una que no miente: lo ha oído todo.

Juguetea con la cuchara en su café, regocijándose. Al ponerme de pie, con el bolso ya sobre el hombro, dispuesta a alejarme sin dirigirle la palabra, inclina la cabeza, con diversión maliciosa.

—Vaya, vaya… —Su voz es pura burla—. Qué conversación tan interesante.

Mi garganta se cierra.

—Nos vamos —murmura Eric, colocándose a mi lado, protector y lanzándole un vistazo cargado de desprecio a Sophie.

Pero ella no ha terminado. Se relame igual que una gata que acaba de cazar a su presa y sus ojos brillan con burla.

—Así que… —Su sonrisa se ensancha con teatralidad—. ¿Quién es el padre? Oh, es Luke. Eres una perra malnacida.

El aire se espesa a mi alrededor. El mundo entero se comprime en sus palabras. Mis dedos se crispan sobre la correa del bolso. Mi respiración se vuelve errática. No puedo moverme. No puedo pensar. Solo puedo verla saboreando cada segundo de mi desgracia.

Sus labios se curvan con una satisfacción venenosa.

—Qué sorpresa tan interesante… —susurra—. Voy a disfrutar tanto contándoselo.

Dios, no. No así. No de esta forma.

No ahora.

Capítulo 19



Vuelvo a rechazar la llamada de Sophie. Desde ayer está insistiendo. Me detengo un momento, bloqueo el número y sonrío con ironía.

—Vete a tomar por culo —murmuro a la pantalla.

Se acabó Sophie en mi vida. Hasta tuve que ocultarme en el vestuario del parque ayer y obligar a Marcus a que mintiera por mí cuando fue a buscarme allí. A ver si entiende de una vez que no quiero saber nada más de ella.

Entro en la galería donde Jules está haciendo su exposición de libros y cuadros, y me maravillo con lo que veo. Todo a mi alrededor me carga de buena energía: colores vibrantes, música, niños, risas, juegos y hasta maquillaje de fantasía, de esos que convierten las caritas de los peques en animalitos.

Esto es una puta pasada.

Observo algunas de las ilustraciones y descubro que están dispuestas como si fueran una línea de tiempo. Llego a una en la que distingo a Jules con su vientre abultado. Le sigue otra con una cuna y animalitos del bosque acompañados de un hada pequeña que cuida de un bebé de ojos enormes. Me arranca una sonrisa y siento un calor raro en el pecho. Una sensación jodidamente extraña que, por supuesto, no le contaré a Cole, para que no me joda con eso hasta que seamos viejos.

Busco con la vista a Jules y, al encontrarla, me acerco.

Me mira, tuerce el gesto, firma el libro que tiene en las manos, sonríe a la niña con la que habla y, entonces sí, me saluda.

—¿Podemos hablar? —le pregunto después.

—No, Luke. No es el momen…

—Tómate un rato. Ve —dice una mujer que no conozco y coloca un cartel en la mesa, anunciando que volverá pronto.

Me señala una salita y entramos, cierra puerta tras nosotros. No me ha dirigido la palabra y la entiendo.

—Tengo poco tiempo —indica.

—No voy a tardar mucho. Solo quiero disculparme por haberte plantado —le explico, sin acercarme a la mesa donde apoyó la cadera. Yo sigo en la entrada—. Ojalá me des otra oportunidad. Dime dónde y cuándo, y ahí estaré.

—¿Por qué no me avisaste? —cuestiona, y le debo una respuesta sincera—. ¿Ni un minuto libre has tenido en estos últimos tres días?

—Tenía miedo de arrepentirme si te avisaba el mismo día y después me di cuenta de que no estaba listo para mantener una conversación contigo. Son muchas cosas a la vez, Jules —comento, y ahora sí me acerco—. Tengo la cabeza a punto de explotar con todo esto. Me haces dudar de todo lo que creí correcto.

Me freno justo delante de ella, para no invadir su espacio personal y no caer en la tentación de besarla otra vez.

—Ahora soy quien tiene que pensar si te perdona —expone, y por la mueca rara que dibujan sus labios, adivino que se está mordiendo la sonrisa que me quiere ocultar.

—Piensa rápido, que me pongo ansioso —bromeo y me acerco más.

Le doy un beso en la mejilla y otro en la nariz, justo donde se le acumulan las pecas.

—Te dejo trabajar. Tienes todo un espectáculo montado ahí fuera. Siéntete orgullosa; créetelo, te lo mereces.

Salgo de ahí para no devorarle la boca como me gustaría y decido curiosear para conocer más sobre su trabajo.

Acelero el paso al ver a Sophie. Podría distinguir su figura a doscientos metros, aun de espaldas, tal cual lo hago ahora.

Su presencia no augura nada bueno.

—Ya que tu mami está ocupada, podemos sorprenderla cuando acabe y contarle que ya conoces a tu papi. Si esperas aquí, lo verás —le dice a alguien.

Llego a su lado y me doy cuenta de que está hablando con Noah.

Mi instinto me dice que trama algo peligroso y no se lo voy a permitir.

—Escucha… —comienza a decir y me lanza una mirada desafiante, con esa maldita sonrisa de quien sabe que lo que va a salir por su boca causará problemas.

La tomo del brazo para alejarla del crío. Es tan mala que puede estar llenándole la cabeza en contra de su madre.

Es una psicópata, ahora lo veo todo tan claro. ¿Cómo pude estar tan ciego con ella?

—¿¡Qué carajo haces con el niño!? —la cuestiono entre dientes, para no asustar a la gente que nos rodean.

—Solo le decía que su papi está por venir —me explica con voz dulce. Falsamente dulce.

—Vete de aquí. Demasiado daño has hecho ya. Desaparece de nuestra vida, Sophie.

—Déjame contarte esto… —murmura, adoptando un tono cómplice.

—No quiero saber nada de ti. No tengo ganas de oír tu voz. ¿Lo entiendes? —gruño en su oído mientras la dirijo a la salida, una de emergencias que tengo a dos pasos—. Vete y deja de joderme la vida.

Cierro la puerta sin darle tiempo agregar nada y vuelvo con el pequeño Noah.

—Hola, campeón, ¿te acuerdas de mí?

Asiente en silencio y estudia al hombre que pasa a mi lado.

—¿Estás bien?

Niega sin decir una palabra y se limpia una lágrima con el dorso de la mano. Me agacho para quedar a su altura y veo que no es solo una. Está al borde del llanto. Me quedo ahí, callado unos segundos, observándolo bien. Hay algo en su cara, en sus gestos… Algo familiar. Me suena conocido, mas no logro encajar las piezas.

No parece incómodo conmigo, aunque tampoco habla.

—¿Quieres contármelo? —le pregunto, revolviéndole el cabello.

—Espero a mi papá. Esa mujer me dijo que estaba por acá.

Frunzo el ceño y recorro el lugar con la vista. Busco a Eric y no lo veo por ninguna parte. La angustia en la voz del niño me golpea de lleno en el pecho.

No puedo dejarlo solo. Tampoco quiero.

—Vamos a preguntarle a tu mamá. Ella debe saber dónde está.

—Sabe, pero no me lo quiere decir.

Ahora sí me he perdido.

¿Por qué demonios le ocultaría esa información?

No entiendo nada.

No importa. Jules sabrá cómo arreglar esto.

—Vamos a insistir. Tal vez yo logre que me lo cuente. Soy bombero, ¿recuerdas?

Consigo que sonría y me rodee el cuello al alzarlo para llevarlo en brazos.

Es liviano, más de lo que imaginaba. Su cuerpo desprende un calor reconfortante que traspasa mi camiseta. Lo acomodo mejor y, sin darme cuenta, aminoro el paso. No hay prisa.

Bromeo con él mientras avanzo y, de pronto, la mirada de Jules choca con la mía.

Su expresión se transforma en cuestión de segundos.

Corre hacia nosotros con un gesto aterrado.

No lo pienso. Por puro instinto, protejo al niño, pegándolo más a mí, del costado más lejano a ella. Cuando llega, me lo arrebata de los brazos.

—¿Qué demonios haces con mi hijo? —espeta, con furia y pánico en la voz.

Su reacción es desproporcionada.

¿Qué cojones me estoy perdiendo?

Capítulo 20



Al ver a Noah, mi corazón comienza a galopar como un caballo desbocado. Corro hacia él, lo estrecho con fuerza y entierro la cara en su cabello, besándolo una y otra vez. Su cuerpecito tiembla contra el mío y el nudo en la garganta se me hace insoportable. Nunca en mi vida me había asustado tanto.

—¿Dónde estabas? —pregunto, con un tono más brusco de lo que quería. Carraspeo y respiro hondo antes de intentarlo de nuevo, esta vez con dulzura—. Me has asustado, hijo. No debes alejarte sin avisar.

—Buscaba a papá —responde con un sollozo antes de rodearme el cuello con sus bracitos.

Cierro los ojos y me muerdo el labio con fuerza. La angustia me quema el pecho.

—Imaginé que estarías preocupada —interviene Luke, su voz es baja, cautelosa—. Por eso no lo dejé solo esperándolo. No lo vi entre la gente.

Al principio, sus palabras no tienen sentido. Mi mente solo registra el hecho de que Luke trajo a mi hijo de vuelta sano y salvo. La culpa me sacude las entrañas.

Lo miro y, por primera vez en mucho tiempo, me doy cuenta del corazón enorme que tiene este hombre. Y yo… yo estoy lastimándolo por pura cobardía.

—Perdón por gritarte —susurro.

—No pasa nada —contesta.

En su mirada veo… algo que me hace sentir desnuda.

—¿Es verdad lo que dijo tu amiga? —pregunta Noah de pronto. Su tono me congela la sangre, porque suena acusador.

Luke parpadea, sus hombros se tensan. Su reacción me alerta.

—¿Qué amiga? —La voz apenas me sale.

—Sophie —contesta él, y mi cuerpo entero se tensa.

Luke me observa. Su mandíbula se marca con fuerza, su postura cambia y se vuelve rígida.

—No sé qué le dijo —añade—. Llegué a lo justo y la eché, no te preocupes.

—Me dijo que no quieres que conozca a papá —insiste Noah, interrumpiendo nuestro diálogo.

El aire parece desaparecer de mis pulmones.

Luke pestañea. Una. Dos. Tres veces. Su respiración se vuelve más pesada, aun así, no dice nada.

—Eso no es así —trato de calmar a mi hijo, aunque mi voz sale apagada—. Sabes que sí quiero que lo conozcas, pero necesito tiempo para resolver…

—Cosas de adultos —interrumpe él con fastidio—. Jo… cuánto tardas.

Se retuerce en mis brazos, queriendo que lo baje, y lo hago sin discutir.

Él sabe que vinimos a Nueva York por su padre. Le conté la verdad: que vivía lejos y que no era adecuado darle la noticia por teléfono. Que, al principio, mientras era un bebé, no pude viajar porque los médicos me lo prohibieron y cuando finalmente pude hacerlo, el miedo a la reacción que pudiese tener me lo impidió. A partir desde ese momento, comenzó a hablar cada vez más seguido sobre sus ganas de conocerlo.

—Te prometo que nada más acabe la exhibición, hablamos con él —le aseguro, arrodillándome a su lado.

Noah resopla y cruza los brazos.

—Me voy con la abuela —anuncia, dándome la espalda antes de alejarse con pasos pequeños y decididos.

El silencio que queda entre Luke y yo es insoportable.

Él sigue mirándome. Inmóvil. Sin decir nada.

Pero su cabeza… su cabeza está procesando. Lo veo en sus ojos, en la forma en que su ceño se frunce, en la tensión de sus músculos, en la manera en que su pecho sube y baja.

—Julia… —su voz es apenas un murmullo rasposo—, ¿qué hiciste?

No necesito que hable más para saberlo. Él ata los cabos.

Y ya tiene la respuesta.

La debe confirmar en mi cara. En mi miedo. En mi silencio. En mis disculpas silenciadas.

Su respiración es pesada. La furia le cubre los ojos.

Me rompe en pedazos ver lo que veo.

Desilusión.

Un músculo en su mandíbula se tensa con fuerza.

—Noah… —dice en voz baja, probando el nombre en su boca. Como si, de pronto, encajara todas las piezas.

No lo dice en tono de pregunta. Lo dice con certeza.

Da un paso atrás.

Sus nudillos se blanquean cuando sus manos se cierran en puños.

—No… no puede ser.

Se lleva las manos al cabello, a su nuca. No sé si lo hace por buscar algo a lo que aferrarse o qué.

Da otro paso atrás.

—Dime que no es cierto. —Apenas se oye su voz.

Abro la boca para hablar y me la cierra con un solo gesto de su mano. Niega una vez, incrédulo, y suelta una risa seca. Una sin pizca de humor.

—Otra vez —murmura.

Da un paso atrás. Luego otro.

Al ver que se da la vuelta y se aleja, mi corazón se rompe en mil pedazos.

Capítulo 21



Doy un paso atrás porque no soy capaz de mantenerme cerca de ella. Me encantaría estar equivocado. Dios, cuánto daría por estar equivocado. Aunque su mirada me lo confirma. Es verdad. Me lo ha ocultado todo este tiempo.

—Luke… Espera —ruega, interponiéndose en mi camino.

—Otra vez —repito con la incredulidad y la rabia que me queman el pecho—. ¡¿Otra maldita vez, Julia?!

Mi cuerpo está tenso. Mis puños se cierran con tanta fuerza que las uñas me lastiman la palma. Me arde la garganta. Me arde el alma.

Julia abre la boca. Yo niego con la cabeza. No quiero oírla. No puedo.

—Tuve motivos importantes al principio, Luke. Te juro que no pretendía…

—No puedo hablar contigo ahora. —La interrumpo antes de que su voz me enrede en alguna excusa que termine por partirme en dos.

Antes de irme, dirijo la vista hacia Noah. Juega con otros niños, sin tener idea del huracán que acaba de desatarse a su alrededor.

Mi hijo. Dios.

Nunca imaginé que la persona que consideré el amor de mi vida podría quebrarme así. Le hubiese perdonado todo. Todo. Pero esto… esto es demasiado.

—¡Joder! —gruño al salir a la calle, y pateo la rueda del coche con tanta fuerza que el dolor se extiende por mi pierna.

Subo al Jeep y golpeo el volante una, dos, tres veces. Necesito descargarme.

—¡¿Qué jodida broma de mierda es esta?! —grito, con la respiración descontrolada.

Un golpe en la ventanilla me sobresalta.

Levanto la mirada y me encuentro con los ojos empañados de la madre de Julia. Mierda. Bajo la ventanilla y ella se asoma, secándose las lágrimas.

—Lo siento, Luke.

Aprieto la mandíbula. No es su culpa.

—No es el momento —expongo.

No quiero faltarle el respeto, sin embargo, tampoco puedo fingir que estoy bien.

—Lo sé, hijo. —Su voz tiembla—. Solo te pido que la escuches. Date tiempo, piensa… y en cuanto puedas, habla con la niña, por favor.

No respondo. Solo la miro. Si abro la boca, no sé qué diré.

Al advertir que se aleja, acelero. Necesito escapar. De ella, de Julia, de todo.

Las cubiertas derrapan en el asfalto cuando giro a la derecha y freno de golpe ante una luz roja que casi me paso de largo.

Apoyo la cabeza contra el respaldo y exhalo con frustración. ¿Qué mierda voy a hacer ahora?

Y pensar que mi mayor miedo era comprometerme en una relación.

Una carcajada seca se me escapa.

—Esto sí es un puto compromiso.

No vuelvo a casa. Si me encierro entre cuatro paredes ahora mismo, me volveré loco.

Doblo hacia el centro y estaciono frente al gimnasio que frecuento. No traigo ropa ni equipo. Me importa una mierda.

Empujo la puerta de cristal con más fuerza de la necesaria y paso directo al área de pesas. Los sonidos de la música alta y las barras chocando entre sí llenan el ambiente.

—¿Luke? —pregunta Adam, uno de los entrenadores, al verme llegar hecho una furia—. ¿Estás bien, hermano?

—Solo dame unos guantes.

No espera más explicaciones. Me los alcanza y yo me los pongo de un tirón antes de dirigirme al saco de boxeo.

La primera vez que mi puño impacta contra la lona, un dolor agudo sube por mi muñeca. No me importa. No me detengo. Golpeo otra vez. Y otra.

Más golpes. Más dolor.

Mi respiración se acelera. Mis músculos arden. Y la rabia sigue ahí.

¿Cómo ha podido hacerme esto?

Cada puñetazo es una pregunta sin respuesta.

¿Cómo mierda sigo queriéndola, incluso ahora?

Aprieto los dientes y arremeto con más fuerza. Imágenes de Noah, de Julia, de todo lo que no vi antes, me pegan más fuerte de lo que yo golpeo el saco.

—¡Maldita sea! —grito, dándole un último puñetazo.

Apoyo la frente contra el saco, jadeando.

—Eso ha sido... Guau —Adam aparece a mi lado con una botella de agua—. ¿Seguro que no quieres hablar?

No. No quiero hablar. Ni pensar. Solo deseo volver a golpear algo hasta que deje de doler.

Pero sé que no funcionará.

Nada va a hacer que deje de doler.

Me aparto del saco y me quito los guantes. Tengo las manos temblorosas y no sé si es por el esfuerzo o por la frustración que siento en el pecho.

—Estoy bien, gracias —sentencio, sin un ápice de simpatía.

—A veces, decirlo en voz alta ayuda.

Lo miro y niego con la cabeza.

—Esta vez, lo dudo. —Dibujo una mueca que debería ser una sonrisa y le agradezco de verdad.

Le doy una palmada en el hombro a modo de despedida y salgo del gimnasio, empapado en sudor. El ejercicio no me ha ayudado una mierda. Sigo con el mismo caos en la cabeza y la misma rabia en el cuerpo.

En cuanto subo al Jeep y enciendo el motor, el teléfono vibra en el asiento del copiloto. Julia. Aprieto los dientes y lo ignoro. No tengo nada que decirle. Sigo sin querer escuchar su voz.

Vuelve a sonar y lo giro boca abajo sin siquiera mirar la pantalla. Si la atiendo, no sé cómo voy a reaccionar.

Piso el acelerador y tomo la ruta hacia mi apartamento. Necesito ducharme, despejarme, pensar sin que ella esté en mi puta cabeza.

Es inútil.

Joder.

Está ahí. Siempre está ahí.

Aunque desearía que no fuese así**.**

Capítulo 22



Me cubro la cara con ambas manos y vuelvo a romper en llanto.

Acabo de dejar otro mensaje en el buzón de voz de Luke. Otro que seguro ignorará.

Hace dos horas que volvimos de la exhibición y, desde entonces, lo único que he hecho ha sido intentar comunicarme con él. Sin éxito, por supuesto.

—Salgo un momento —aviso a mi madre.

Me observa entre la cautela y el enfado. Ella me lo advirtió. Igual que Eric.

—Hija…

—Necesito verlo —la interrumpo y tomo las llaves de su coche.

Llego a la casa de Luke, toco el timbre y espero. Nada. Me doy por vencida allí y me dirijo al parque de bomberos. «No ha venido», me dicen. Pregunto por el gimnasio al que acude. Hacia allí voy… y tampoco está.

Con el pulso temblando, marco su número otra vez.

—Luke… —susurro.

La llamada se va, inevitablemente, al buzón.

El pecho se me encoge. Las manos me sudan. La culpa me está volviendo loca.

Regreso a casa de mi madre, porque no quiero estar sola. Noah tampoco quiere estar conmigo y ha preferido quedarse con ella.

Me encierro en el dormitorio de mi infancia y me encojo en la cama, abrazándome a mí misma. ¿Qué esperaba? ¿Que lo aceptara

sin más? ¿Que me perdonara de inmediato? No, no iba a ser tan simple. Y lo sabía. La lealtad de Luke merece más que esto.

¡Soy una estúpida!

Tomo el móvil. Marco otra vez. Esta vez, contesta.

—Julia. —Su voz suena agotada, y firme.

Me incorporo en la cama, sintiendo un pequeño alivio y, al mismo tiempo, terror.

—Luke, por favor, tenemos que hablar.

Él suspira pesadamente al otro lado de la línea.

—No, ahora no.

—Pero…

—Te llamaré cuando pueda —corta en seco.

Mi corazón se encoge.

—¿Cuándo?

Silencio.

Luego, con frialdad, responde:

—No lo sé.

Y la llamada termina.

Siento que me falta el aire. No me ha gritado. No me ha insultado. Sin embargo, su indiferencia lastima más que cualquier cosa.

Siento una presión en el pecho que me ahoga. ¡Quiero hacer algo! Gritarle, ir a buscarlo, forzarlo a escucharme. No puedo. No así.

Con un gruñido, lanzo el teléfono contra la pared.

¡Maldita sea, Luke!

Abrazo la almohada y libero las lágrimas.

Noah entra sin hacer ruido. Cuando levanto la vista, advierte mis ojos hinchados. Intento disimular, limpiar mis mejillas con rapidez. Es tarde.

—Mami, ¿por qué lloras? —Su vocecita dulce y preocupada me cierra la garganta. Trago saliva, respiro hondo y sonrío con tristeza.

—Porque a veces los adultos nos equivocamos, cariño.

Frunce el ceño y se acurruca a mi lado.

—¿Has hecho algo malo?

La pregunta me produce un dolor punzante.

«Sí. Lo hice. Y ahora todo está fuera de mi control».

—No fue mi intención… no obstante, sí, cometí un error muy grande —le cuento, acariciándole la mejilla.

Él ladea la cabeza, pensativo.

—¿Te van a castigar?

Se me escapa una risa entre lágrimas. Su lógica infantil es impecable.

—No lo sé, amor. Creo que sí.

Se queda en silencio un momento.

—¿Tiene que ver con mi papá? —pregunta con cautela.

El aire se me atasca, casi no puedo respirar. Inspiro profundo para ampliar los pulmones y aliviar la zozobra.

Me obligo a ser sincera aunque duela. Se lo merece.

Noah me sostiene la mirada. No puedo mentirle más.

—Sí —confieso en un susurro.

Con la manita chiquita y tibia me acaricia la mejilla húmeda.

—¿Por eso el bombero Luke está enfadado contigo?

Cierro los ojos con fuerza y asiento. Noah es listo. Nunca se le escapa nada. Su intuición rara vez falla.

Ha llegado el momento.

—Él… él es tu papá, Noah —le digo.

Lo miro con el alma en vilo.

Su carita se mantiene seria. Sé que su mente busca procesar la información. ¡Es tan parecido a Luke!

—¿El bombero? —pregunta con un hilito de voz. Asiento de nuevo.

Sus ojitos se agrandan. Parece sorprendido, aunque no confundido.

—Entonces… tu amiga tenía razón. Él estaba allí, esperándome. Me ayudó —dice, analizando los hechos a su manera, y no seré yo quien le quite la ilusión.

Mi estómago se revuelve de ira. Pensar que la muy perra de Sophie fue capaz de acercarse a mi hijo para hablarle de eso me da náuseas.

Noah no tiene la culpa.

—Puede ser. Quizá no fue casualidad. Tal vez… de alguna forma, él siempre estuvo destinado a cuidarte.

Sus ojitos azules brillan de emoción. Se le dibuja una sonrisa pequeña, cargada de esperanza.

—¿Y ahora qué va a pasar?

El nudo que no podía tragar, ahora se me instala en la garganta y duele, duele mucho. Ojalá supiera lo que pasará de ahora en más. Me mata de angustia no tener una respuesta para mi niño.

—Ahora tenemos que esperar, cariño. Luke está disgustado conmigo y necesita tiempo para entender que tiene un hijo precioso de siete años.

—¿Él quiere ser mi papá?

Las lágrimas vuelven a escaparse. Quisiera decirle que sí, con seguridad. Pero no puedo y no voy a mentirle nunca más.

—No lo sé, mi amor. Yo creo que sí. Solo que ahora está asustado y necesita asimilar la noticia.

Noah baja la mirada, se mordisquea el labio y, de pronto, se me lanza a los brazos.

—No lo alejes, mami —susurra contra mi cuello—. Por favor. Le vamos a pedir perdón muchas veces.

Mis lágrimas caen sobre su cabecita. Mi hijo llora por verdades que yo no tuve el valor de decir a tiempo.

—Te lo prometo.

Una mano cálida se posa en mi espalda. Mamá. No necesito observarla para saber que nos ha escuchado en silencio.

—Déjalo respirar, Julia —me dice con suavidad—. Ahora él tiene la sartén por el mango. No puedes hacer nada más que esperar… y ensayar una buena disculpa para el día que esté listo para escucharla.

Luke tiene que entender que no solo se trata de nosotros dos. Noah también lo necesita.

Mi pequeño se aparta un poco y me observa con intensidad.

—Si le dices que yo quiero verlo, ¿vendrá más rápido?

Me quedo helada. No tengo la respuesta. Y sé que la pregunta me perseguirá toda la noche.

Capítulo 23



Hace más de una semana que no nos vemos y aunque me muero por besarla, por prometerle que todo estará bien, me contengo. Porque no lo siento así.

No sé si alguna vez volveremos a estar bien.

El aroma a café nos envuelve. Mona deja dos tazas sobre la mesa y se retira con una sonrisa discreta. Julia me observa en silencio, tensa. Apoyo los brazos en la mesa y observo mi taza antes de elevarla a mis labios y dar un primer sorbo.

El problema es que mi cuerpo no lo entiende. Apenas me llega su perfume, mi interior se crispa. Es ridículo. Es furia y deseo mezclados en una combinación jodidamente frustrante. Aprieto los dientes cuando mis ojos, traicioneros, se detienen un segundo más en su boca, en la piel expuesta de su cuello.

Me obligo a mirar a otro lado.

—Quiero que le digas a Noah quién soy —digo, sin rodeos.

Julia parpadea, sorprendida por la crudeza de mi voz. Sí, tal vez suene demasiado brusco, pero no quiero que confunda esto con algo más.

—Ya lo hice —murmura—. La misma noche que…

Se calla. Menos mal. Si sigue por ahí, no sé cómo voy a reaccionar. Mejor no tocar ese tema. No ahora.

Me paso una mano por la nuca, tratando de ordenar el torbellino de sentimientos que me provoca su cercanía y el caos que tengo en la cabeza.

—Quiero verlo. A Noah. Los dos solos —digo con seguridad.

Tomar esta decisión me ha costado más de lo que quiero admitir.

Julia frunce el ceño.

—¿Estás seguro?

Resoplo y me cruzo de brazos.

No, no lo estoy. Ni siquiera sé cómo se supone que se hace esto de ser padre. Lo que sí tengo claro es una cosa: ya no quiero seguir viéndolo desde la distancia, como un cobarde.

—Sí. Voy a estar en su vida. Y quiero que sepa la verdad. Yo no voy a mentirle.

Julia baja la vista y aprieta los labios.

—Está bien —expresa, su voz es apenas un hilo—. Noah sabe todo lo que tiene que saber. Nunca le he mentido.

Asiento. Me cuesta tragarme el reproche que tengo en la punta de lengua.

Yo también merecía saberlo antes.

Hace días que solo pienso en esto. Me salté una guardia, pasé noches en vela y soporté interminables charlas con Cole y su novia sin poder concentrarme en nada que no fuera Noah.

Durante años me convencí de que lo último que un niño necesitaba era un padre como yo. Alguien que vive en constante peligro, que un día, sin más puede no volver a casa después de una jornada de trabajo. Alguien que se enfrenta demasiadas veces con el riego.

Y ahora… ahora tengo que tragarme esas ideas. Porque no se trata solo de responsabilidad. O de hacer lo correcto. Se trata de que quiero esto.

Quiero conocerlo. Compartir tiempo con él.

Quiero ser SU padre.

Lo he observado estos días, desde lejos. Reconocí su forma de caminar: la misma seguridad testaruda que yo tenía a su edad. Vi sus gestos, su manera de fruncir el ceño cuando algo no le cuadra. Escuché su risa entre otras mil y supe, sin dudarlo, cuál era la suya.

Noah es mi hijo.

Y yo voy a ser el padre que debí ser desde el principio.

Una semana después.

El portón del colegio se abre y los niños salen en oleadas, con mochilas a la espalda y risas despreocupadas. Lo veo de inmediato. Es fácil reconocerlo. Tiene mi misma expresión concentrada, como si tratara de desarmar algo en piezas dentro de su cabeza. Bueno, tal vez imagino que se parece a mí, ahora que sé que es mi hijo.

Noah se despide de un amigo y ajusta las correas de su mochila antes de encaminarse hacia la salida.

Respiro hondo y doy un paso al frente.

—Noah.

Se detiene y alza la vista. En cuanto me reconoce, sus ojos se agrandan y una sonrisa se le dibuja en el rostro. Un golpe seco en el pecho me recuerda que aún no sé cómo manejar esto.

—Luke —dice con entusiasmo y corre a abrazarme.

Me duele. No el nombre en sí, sino la distancia que implica. Soy un extraño que de repente es todo lo que le faltaba y, sin embargo, sigo sin ser lo suficiente.

Los años pasados son una realidad. Me lo perdí todo.

—¿Cómo estás, campeón? ¿Vamos a pasear? —pregunto, manteniendo la voz serena.

Noah asiente de inmediato.

—¿A dónde? Tengo que avisar a mi mamá —me anuncia, mirando a su maestra.

—No te preocupes por eso, ya le he avisado —comento y saludo a la señorita que ya sabe sobre mí—. ¿A dónde quieres ir?

Noah empieza a hablar con emoción sobre un parque con toboganes enormes y una pista de patinaje. Lo escucho mientras caminamos hasta el auto. Con cada palabra suya, un pedacito dentro de mí se acomoda en un sitio desconocido.

Siento su manita pequeña entre mis dedos y se me dibuja una sonrisa tonta. Bajo la vista hacia esa unión y mi sonrisa se ensancha.

Esto es real.

Lo subo a la parte trasera del Jeep, a la sillita que me recomendaron para niños de su edad, y le pongo el cinturón de

seguridad entre conversaciones dominadas por él. Es muy conversador, a diferencia de mí.

Acelero rumbo al parque, nos detenemos en un semáforo y lo miro por el espejo retrovisor. Está tarareando una canción que dice que debo conocer y moviendo los pies con impaciencia. Es pequeño. Siete años no son nada. Siete años son toda su vida. Y yo estuve ausente.

—Luke… —Su vocecita me trae de vuelta.

—Dime.

—¿Puedo decirles a mis amigos que tengo un papá bombero?

Me atraganto con mi propia respiración. No me dice «papá», pero tiene muy presente que lo soy y otra vez, mirándolo, se me calienta el pecho.

—Puedes decir lo que quieras, Noah.

Suelta un leve suspiro de alivio y vuelve a balancear los pies.

Pasamos la tarde juntos. Compramos helado, intentamos patinar —o mejor dicho, yo intento y él se ríe de mis desastres— y al caer el sol, lo dejo de nuevo en casa de Julia.

Ella nos espera en la puerta. Sus ojos se fijan en los míos y sé que quiere decirme algo, acercarse, quizás pedirme una conversación que aún no estoy listo para tener.

Le basta un vistazo para entender que me negaré una vez más.

Me concentro en Noah y le revuelvo el cabello con suavidad.

—Nos vemos pronto.

—¿Mañana?

«Sí, por favor».

Me agacho y le tomo las manitas.

—Lo intentaré. Es que trabajo todo el día. Quizá pase un rato a saludarte, ¿te parece?

Noah sonríe, asiente y corre hacia la madre. Ella le acaricia la espalda cuando lo tiene al lado, si bien sus ojos siguen en mí.

Por un instante, le sostengo la mirada. Hay tanto por decir que el aire parece espesarse entre nosotros.

No cedo.

No aún.

Finalmente, inclino la cabeza en un gesto breve, un reconocimiento silencioso de todo lo que queda pendiente, antes de girarme y marcharme sin prisa, con la certeza de que esta vez, yo tengo el control.

Y no estoy listo para perdonarla. Quizá lo esté algún día.

Hoy no.

Capítulo 24



Dos semanas después.

El parque está repleto de niños corriendo entre los juegos y padres charlando en los bancos. Camino despacio, con la vista perdida entre las pequeñas figuras que retozan, hasta que lo veo.

Noah está en la estructura de los toboganes, riendo, y a su lado, Luke lo sigue con los ojos, atento a cada uno de sus movimientos. Se ha apoyado en la baranda con los brazos cruzados sobre el pecho y una media sonrisa en el rostro. Es una imagen que nunca pensé ver, aunque, de algún modo, imaginé.

Siento un nudo en la garganta y mis manos se aprietan en la correa del bolso sin que me dé cuenta. El corazón se me acelera y tengo que soltar el aire despacio antes de obligarme a caminar hacia ellos.

Luke siempre ha sido alguien imposible de atrapar, alguien que no se detenía por nada ni por nadie y ahora está ahí, completamente entregado a un pequeño de siete años que lo llama «Luke» y lo adora sin dudarlo.

Me detengo un momento para observarlos. Quiero grabarme esta escena en la memoria. No es la primera vez que lo veo en su rol de padre, si bien esta, en particular, me parece muy tierna. Y lo peor es que me gusta más de lo que me atrevo a reconocer.

Toda la rudeza de su cuerpo musculoso se pierde en su mirada dulce y divertida.

—Eres una cosita tan...

—Me hablas como si fuese un peluche, Luc.

—Es que eres tan abrazable como uno. Pero con un culo, Jules, que… ¡Madre mía!

—Eres un guarro con ojitos de cachorro abandonado.

Respiro hondo y camino hacia ellos, elijo dejar atrás los recuerdos que necesito erradicar de mi sistema cuanto antes.

—Hola —digo al estar cerca, a unos pasos.

Luke levanta la vista y su expresión se endurece por un instante antes de relajarse. No sé qué esperaba; al menos, hoy, no me ignora.

—¡Mamá! —llama Noah, mientras baja de un salto y corre hacia mí.

Lo abrazo, sintiendo la calidez de su cuerpo antes de soltarlo.

—¿Os habéis divertido? —pregunto.

—Sí, Luke es muy bueno para perseguirme, no tanto para trepar.

El nombrado se ríe y le revuelve el cabello.

—Tu mamá puede confirmarte que nunca fui de los que trepaban cosas.

La referencia es sutil, de todas maneras, me produce un ligero escozor en la garganta. Es un recuerdo lejano, de cuando éramos adolescentes y Luke me cuidaba desde abajo mientras yo subía a los árboles con la facilidad de un gato.

Sacudo la cabeza, quitándome la nostalgia de encima. Nunca imaginé que acunara recuerdos como aquel. No éramos más que amigos por entonces.

—He venido a buscarte antes de lo previsto. Parece que estabas disfrutando mucho —le digo a Noah.

—Sí y quiero contarle a Luke sobre mi cumpleaños. ¡Au! Era una sorpresa... —murmura, entristecido y mordiéndose el labio.

Me hace reír.

—¿Tu cumpleaños? —pregunta Luke, girándose hacia mí con las cejas en alto.

Parece sorprendido.

Nunca hablamos sobre la fecha de nacimiento de nuestro hijo.

Noah asiente con entusiasmo.

—Sí, mamá dijo que podemos hacer una fiesta este año. Y quiero que sea de bomberos.

El aire entre nosotros se siente espeso de repente.

Luke parpadea estupefacto y yo me remuevo incómoda. No esperaba esta conversación aquí y ahora. Tal vez, sea una oportunidad.

No sé qué tan cómodo se siente dirigiéndome la palabra amistosamente, se ha pasado casi un mes sin hacerlo.

—Sí, estaba organizándolo. Aunque aún no lo tengo todo planeado —comento.

—¿Puedo ayudar? —pregunta, y lo hace con una voz más suave de lo que esperaba.

La sola mención de querer involucrarse me toma desprevenida. Hasta dudo en la respuesta.

¿Lo dice en serio o solo por compromiso?

Por culpa de estas dudas infundadas cometí errores imperdonables.

Cada uno sabe lo que hace. Si quiere ayudar, puede hacerlo.

—Claro —respondo, tras un segundo de vacilación.

—¡Sí! —exclama Noah—. Quiero que vengas, Luke.

Se agacha a su altura y le pone una mano en el hombro. Lo mira como soñé. Por fin, mi niño tiene el papá que siempre deseó.

—No me perdería tu cumpleaños por nada —le dice, y su hijo lo abraza emocionado.

Mi corazón se detiene un instante y mis manos pican con la urgencia de sumarme al abrazo.

Noah va de regreso a los juegos, dándonos espacio sin darse cuenta, al grito de «¡Mirad lo rápido que corro!».

Me giro hacia Luke y me coloco a su lado, evitando quedar enfrentada a él. Así me será más fácil resistir las palabras o el tono con las que las pronunciará.

Últimamente, no es agradable conmigo.

—No esperaba que quisieras ayudar —digo, intentando sonar serena. Mi voz me traiciona con una ligera vacilación.

Él se gira y mantiene sus ojos fijos en mí. El peso de su mirada hace que mi piel se erice. Me cruzo de brazos, en un intento torpe por ocultar mi incomodidad, pero el gesto solo delata mis nervios porque se me cae el bolso.

—Es mi hijo, Julia. Quiero ser parte de su vida en todo lo que pueda.

Seco, distante.

Asiento, con un nudo en la garganta.

—Entonces… podemos hablar de la organización. Si tienes ideas, me ayudarías más de lo que imaginas.

Luke se pasa una mano por la nuca, incómodo, y me observa de frente por primera vez sin la dureza habitual.

—Podríamos hacerlo en la estación. Si lo que quiere es una fiesta de bomberos, qué mejor que un parque de los de verdad. Hay un ala libre y no molestaríamos al grupo de guardia ni a las actividades diarias. Dame unos días y averiguo si se puede.

Mi corazón salta y, sin darme cuenta, sonrío.

—Es… una gran idea.

Luke ladea la cabeza y su mirada se ablanda más.

—Aún puedo sorprenderte —murmura, con un destello desconocido en su voz.

Abro la boca para responder y no encuentro palabras.

Luke me estudia de un modo que hace que me hormiguee hasta la punta del pie. Trago saliva e intento apartar la vista, sintiendo el calor que me sube a las mejillas.

No lo logro.

Nos quedamos así, suspendidos en un silencio que no quiero analizar.

Por un instante, somos solo Luke y Julia. Sin rencores, sin errores…, sin el pasado siendo una carga sobre nosotros.

Entonces, Noah rompe el momento con su grito entusiasta.

—¡Mamá! ¡Luke! ¿Me lleváis a tomar helado?

Parpadeo y doy un paso atrás de inmediato. Necesito poner un poco de distancia.

—Yo invito —dice Luke, con una sonrisa.

Me muerdo el interior de la mejilla para evitar sonreír también. Porque esto se siente bien. Demasiado bien.

Y eso me asusta.

Noah corre delante de nosotros, sin preocuparse por nada más, mientras yo intento ignorar el latido acelerado de mi corazón.

Pero aún no lo sabe todo. Y cuando lo sepa… no sé qué pasará.

Capítulo 25



El sonido constante de la estación se entremezcla con las voces de los muchachos en la sala común. Sean y Marcus están conmigo, riéndose mientras les cuento sobre la fiesta de Noah. El orgullo me vibra en el pecho con una fuerza que no esperaba. Nunca imaginé tener algo así en mi vida: una razón tan pura, tan visceral, que me hace querer ser mejor cada día.

Madre mía, cómo me ha cambiado este enano.

—¿Así que el pequeñajo quiere una fiesta de bomberos? —pregunta Sean con una sonrisa—. Tommy va a estar encantado. En casa, todo el tiempo habla de Noah.

Me río, sintiendo ese calor entre las costillas que solo mi pequeño provoca. El mismo que convirtió a Cole en una molestia continua. Sí, al final, se lo conté. Y, joder, ¡qué error!

—Sí, quiere cascos, mangueras, una alarma de emergencia… el pack completo vamos —respondo, sacudiendo la cabeza—. Por supuesto, la estrella de la fiesta soy yo con el uniforme completo.

—Hay que joderse —dice Marcus, y suelta una carcajada—. El chico sabe lo que quiere.

Nos reímos, pese a que esto no es un chiste. Es la primera vez que puedo aceptar un poco de estabilidad sin sentir que me ahogo. Me acojona como el infierno, aun así, le da un sentido diferente a mis días. Noah me ancla, me da un propósito más allá de cualquier incendio o rescate.

Y Julia… Julia es otro tipo de incendio.

Desde que volvió, todo en mí ha estado en constante combustión. Es similar a un fuego dormido que ha encontrado el oxígeno que la hace arder con fuerza.

La deseo.

Joder, cuánto la deseo.

Y no solo es eso. Es mucho más: la forma en que me mira si cree que no la veo. La manera en que su voz se suaviza al hablar de Noah. La terquedad con la que se enfrenta a todo lo que siente. Sus torpezas cuando se pone nerviosa… Sé que no va a ser fácil, que hay cicatrices entre nosotros que aún duelen. Si bien la idea de tenerlos a ambos, de volver a casa después de un turno y saber que están ahí, esperándome…

Jamás pensé en nada parecido. Y no sé si me lo merezco, pero lo quiero.

La alarma ensordecedora corta de golpe mis pensamientos. La sala estalla en movimiento y la voz del capitán resuena por los altavoces.

—Accidente automovilístico en la intersección de Palmer y Ridgeway. Posible incendio.

El protocolo es automático: equipo, casco, subir, salir. La adrenalina se dispara en mis venas en cuanto el camión ruge y la sirena atraviesa la ciudad.

—¡Detalles! —pregunto mientras ajusto mis guantes.

—Al menos un ocupante en el vehículo principal. No tenemos información sobre el otro coche implicado —responde Sean desde el asiento delantero.

Un mal presentimiento me recorre la espalda. Lo ignoro. No es raro en este trabajo y menos desde que tengo un hijo. Cada llamada podría ser un desastre y cada accidente, una tragedia.

Tendré que aprender a bloquear esto o acabaré devorado.

Al llegar, la escena es un caos. El auto principal está destrozado contra una farola. Humo denso se eleva del motor y el capó parece papel arrugado.

La radio crepita con la confirmación de que hay personas atrapadas. Mi equipo y yo nos movemos rápido.

Mis botas crujen contra el asfalto cuando corro hacia el coche.

Me acerco corriendo al lado del conductor y… mi corazón se detiene.

No.

Mierda, no.

Julia.

Noah.

Todo en mi interior se apaga y al mismo tiempo, se activa.

Mi cuerpo entra en piloto automático. Golpeo la ventana con la linterna. Julia está consciente, aunque desorientada. La sangre en su frente resalta como una maldita alarma de emergencia. Noah está en el asiento trasero, inmóvil.

—¡Julia! —grito, y tiro de la puerta abollada—. ¡Voy a sacaros de aquí!

Sus ojos se enfocan en mí. Y el pánico que veo en ellos me destroza.

—Luke… Noah… no se mueve…

El miedo me muerde la garganta.

No pienso.

No dudo.

—¡Marcus! Necesito herramientas de extracción, ¡ya!

Mis músculos se tensan al tirar una vez más de la maldita puerta. No cede. ¡Mierda! Voy a arrancarla si es necesario.

—¡Cuidado con el fuego en el motor! —advierte Sean.

El tiempo deja de existir.

Es mi familia la que está atrapada. Son míos. Y no voy a perderlos.

Voy a sacarlos de ahí. O moriré intentándolo.

Capítulo 26



El dolor me arranca de la oscuridad. Primero, un latido punzante en la pierna. Luego, una presión sofocante en el pecho. Respiro entrecortado y trato de entender qué está pasando. Mi mente es un caos de imágenes borrosas y sonidos distorsionados.

Parpadeo. El aire huele a metal caliente, a caucho quemado, a algo denso y químico que no logro identificar. Quiero moverme y mi cuerpo no responde. Estoy aprisionada. Intento deslizar la pierna y un pinchazo feroz me recorre hasta la cadera, arrancándome un gemido. Noto una viscosa humedad cayendo desde mi sien. La toco con los dedos. Sangre.

Cierro los ojos con fuerza y me vienen a la memoria varias imágenes sueltas, parecen fragmentos de una película rota.

Noah y yo en el coche. Su risa mientras hablaba de su cumpleaños. Las luces en el retrovisor. Un destello cegador. El impacto brutal. El giro sin control. El crujido del metal. El grito de mi hijo.

¡Noah!

Abro los ojos de golpe y trato de girar la cabeza. Un sollozo ahogado se escapa de mi garganta mientras mi cuerpo se niega a obedecer. No puedo verlo. Ni escucharlo. La angustia se clava en mi pecho como un puño de hierro.

Soy incapaz de ver más allá del parabrisas rajado, aunque escucho voces y sirenas.

Sirenas.

Alguien viene a socorrernos, por fin.

—¡Noah! —intento llamarlo, pero mi voz apenas sale. Mis dedos tiemblan al moverse sobre el asiento destrozado. Quiero desabrochar el cinturón que me retiene y no puedo. La angustia me debilita.

El sonido de una puerta abriéndose me hace estremecer. Una ráfaga de aire frío se cuela entre el humo, despejando un poco mi mente.

Pisadas rápidas. Urgentes.

Una voz profunda.

—¡Julia!

Luke.

—Dios… Jules —su susurro es áspero y está envuelto en una emoción desesperada—. Aguanta, ¿vale?

Mis labios se separan, no obstante, mi garganta se niega a pronunciar ningún sonido. Su silueta se recorta contra el resplandor de las luces de la ambulancia. Sus ojos salvajes recorren el interior del coche hasta que se clavan en los míos. Algo en su expresión se quiebra. Su mandíbula se tensa. Sus manos están firmes.

Con los guantes puestos, me toca la pierna atrapada.

Al entender que no puede sacarme de inmediato, suelta un juramento y se aparta un segundo.

—Voy a sacarte de aquí. No te duermas —murmura, y empuja con suavidad un mechón de cabello fuera de mi rostro—. ¡Traed una camilla!

Oigo ruido de pasos apresurados, órdenes gritadas. Todo se difumina a través del humo, aunque distingo a Luke inclinándose sobre el asiento trasero, sacando a Noah del coche. Lo sostiene con un cuidado reverente, como si su vida dependiera de ello.

—Respira —le dice a alguien, su tono es seguro. Lo que lo traiciona es su mirada.

Un sollozo me sacude el pecho. Veo cómo se aleja con mi niño en brazos y los paramédicos se apresuran a recibirlos. Me aferro a ese último vistazo de Noah.

¿Él está bien?

Por favor. Por favor, por favor. Que lo esté

Cierro los ojos un instante. Cuando los abro, Luke está de vuelta, inclinándose hacia mí.

—Te sacaremos de aquí, Jules. Lo prometo.

Su mano, ahora desnuda, se apoya en mi mejilla. Me aferro a esa sensación, a la seguridad que siempre me ha dado. A él.

Mi visión se vuelve borrosa. El sonido de mi propia respiración se confunde con el latido furioso en mis sienes. Siento que me estoy desvaneciendo y la realidad se escapara entre mis dedos.

Antes de rendirme al agotamiento, las palabras escapan de mis labios en un murmullo quebrado:

—Te amo. Luke… siempre has sido tú.

Un destello de pánico cruza por sus ojos. Su boca se abre, pero no sé si llega a responder.

La oscuridad me reclama antes de saberlo.

Capítulo 27



El hospital huele a todo lo que huelen los hospitales. El tiempo parece hacerse eterno. Me recuerda a las noches de guardia en el parque de bomberos, cuando nos toca esperar, sin saber si el próximo llamado será una tontería o un desastre. No. Esto es peor. Aquí no tengo control de nada y ya sé que no es una tontería.

Me paso la mano por la nuca, tenso, incapaz de quedarme quieto. Noah está en pediatría, dormido, con la madre de Jules sentada a su lado. Está bien.

«Él está bien», me repito esas palabras en silencio, pretendiendo que hagan efecto, aun así, la inquietud me carcome las entrañas. Porque ella permanece ahí dentro. Porque no sé en qué estado saldrá de esa sala de emergencias.

Dicen que está estable, que está fuera de peligro.

No me lo creo. No hasta que la vea con mis propios ojos.

Por eso no estoy con Noah, porque no quiero que perciba mis nervios.

—Si sigues moviéndote así, vas a desgastar el puto suelo.

Levanto la cabeza y veo a Cole apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. No lo he escuchado llegar. Tampoco me sorprende que esté aquí. Es el único cabrón que sabe exactamente cómo me siento sin que tenga que decir una palabra.

—¿Y qué coño quieres que haga? —gruño, pasándome una mano por la cara—. No puedo quedarme quieto.

Cole resopla y sacude la cabeza.

—No sé, tal vez podrías dejar de actuar igual que un jodido lunático y asumir de una vez que la has cagado hasta el fondo.

Lo fulmino con la mirada y él ni se inmuta.

—¿A qué viene eso?

—A que llevas años huyendo de lo mismo que ahora te está devorando vivo. —Señala en dirección a la puerta de emergencias—. Esa mujer te ha hecho perder la sesera. Y ese crío… Joder, Luke, ¿cuánto más vas a engañarte?

Aparto la vista y me cruzo de brazos, pero sus palabras ya han calado hondo. ¿Por qué tiene que hablar de lo que no quiero justo en este puto momento en que camino por las paredes por culpa de los nervios que tengo? Parece que espera a meterme el dedo en la herida cuando más fuera de mí estoy.

Y yo caigo en su juego.

Siempre.

Exhalo con fuerza y fijo los ojos en el impoluto suelo. Al final, lo suelto:

—Ella me dijo que me amaba, C —confieso, y siento que la tensión me aprieta el pecho—. Justo antes de desmayarse.

Cole asiente, como si eso solo confirmara lo que ya sabe.

—Pues ahí lo tienes. ¿Qué más necesitas, tío?

Niego con la cabeza, deseando ordenar las ideas. No es tan simple. Nada con Jules lo es.

—Siempre pensé que esto no era lo mío —murmuro, casi más para mí mismo que para él—. Que no sabría ser parte de algo así.

Suspira y me da una palmada en el hombro.

—Bueno, amigo, ya va siendo hora de que te pongas los pantalones y lo aceptes: ya formas parte de «esto». Y no hay marcha atrás.

Lo miro mientras comienzo a ceder ante la magnitud de cada una de sus palabras. Sé que tiene razón.

Jules y Noah ya son parte de mi vida.

Joder.

¡Cómo acojona!

En ese momento, la puerta se abre y ahí está ella.

Se me corta la respiración.

Está pálida, con una venda en la frente y una muleta bajo el brazo. Aun así, sigue siendo Jules.

Mi Jules.

Su mirada me encuentra al instante y todo dentro de mí se acomoda.

Ella es mi mayor error… y mi única maldita excepción.

Camino en su dirección sin pensar, con un nudo en la garganta. Quiero tocarla, asegurarme de que está aquí, conmigo, viva.

—Joder, Jules… —murmuro. No me sale otra cosa.

Sonríe, débil aunque sincera. Me roza la cara con los dedos y cierro los ojos un segundo. Disfruto ese mínimo contacto como un desquiciado.

—Te amo —susurro, sin filtros ni dudas—. Y esta vez no vamos a arruinarlo.

En lugar de relajarse, su expresión se tensa.

—No tomes una decisión apresurada, Luke —su voz es suave, pero firme—. Aún tengo cosas que decirte… y te aseguro que no te van a gustar.

El frío me recorre la espalda.

Mierda.

Capítulo 28



Cole me ve y sonríe. Se acerca con pasos largos mientras se alisa el cabello alocado que le cae en los ojos.

—Sigues siendo guapo —le digo entre risas.

Él me atrapa en un abrazo fuerte, cálido, de esos que te hacen sentir en casa.

—Y tú una dramática. Mira el numerito que has montado para volver a verme —bromea.

Me río, si bien por dentro estoy más tensa que una vara de hierro. Sé que Luke todavía está rumiando lo que acabo de decirle. No aceptaré ninguna relación, de ningún tipo, hasta que no hablemos sobre todo lo que queda por aclarar.

En estas semanas, he tomado decisiones que pueden afectarle. Son mías, personales, y, en parte, lo involucran. No voy a eludir su presencia en nuestras vidas, ni ignorar las consecuencias de mis actos si de él se trata. Por mí. Por él. Por nuestro hijo.

—¿Qué es eso de que estás enamorado? ¿Tú? Cuéntame otra mentira — le lanzo a Cole con una sonrisa, manteniendo el irónico parloteo que nos caracteriza.

Nos compenetramos bien en las pullas, es nuestro idioma.

—Ya ves, han pasado cosas mientras no estabas.

—Ya veo, ya. —Me giro para enfrentar a Luke—. Vamos a ver a Noah.

—Salúdame primero, que yo me voy a trabajar —insiste Cole, abrazándome de nuevo—. Cuídate, ¿sí? —añade en mi oído—. Y

cuídalo.

Sus ojos dicen más que sus palabras.

Le sonrío con un último apretón.

—Siempre me cuido.

Él resopla mientras rueda los ojos.

—Claro, se nota.

Luke sigue en silencio, observándome con la mandíbula tensa. Analiza. Procesa.

Eso puede esperar. Ahora mismo, Noah es lo único importante.

Doy un paso hacia él y, sin dudarlo, tomo su mano. Sus dedos se entrelazan con los míos sin resistencia. Tiro de él con suavidad.

—Vamos a ver a nuestro hijo.

No sé si es la primera vez que lo digo así, en voz alta, sin rodeos. Nuestro hijo. Y aunque Luke no reacciona de inmediato, no aparta la mano.

Caminamos juntos hasta pediatría y cuando entramos en la habitación, el corazón me da un vuelco.

Noah está despierto, con los ojos pesados por el cansancio.

Su carita se ilumina al verme y el alivio que siento es casi doloroso.

—¡Mami! —exclama, incorporándose con torpeza.

El monitor pita con el movimiento brusco y mi madre, sentada en una esquina, le pasa una mano por la espalda con gesto paciente.

—Tranquilo, cielo —le dice con ternura—. No hagas movimientos bruscos.

Noah me mira como si no pudiera evitarlo o necesitara asegurarse de que estoy realmente aquí. Me acerco a su cama cojeando y él se me echa encima con un abrazo desesperado.

—Shhh… mi amor, estoy bien.

Le acaricio el cabello con suavidad e inhalo su olor infantil, sintiendo su cuerpecito temblar contra el mío. Su pequeño corazón late rápido, demasiado rápido.

—No me gusta cómo te ves, mami…

La culpa me aprieta el pecho. Odio preocupar a mi niño.

—Estoy un poco lastimada, pero nada grave. Mañana voy a estar mejor, lo prometo.

—¿Y tú, campeón? —Luke se sienta en la cama y le revuelve el pelo—. ¿Cómo te sientes?

Noah parpadea, inseguro.

—Me duele un poco la cabeza.

—Es normal, mi amor —le aseguro, abrazándolo con más fuerza.

Nos quedamos así un rato, con Luke sentado al otro lado, con su mano grande cubriendo la pequeña de Noah. Ahora somos tres. Estamos juntos.

La verdad ya salió a la luz.

Y se siente bien. Demasiado bien.

La doctora entra un poco después y nos informa que, por precaución, quieren mantener a Noah en observación toda la noche.

—Voy a quedarme —digo enseguida.

—Yo también —añade Luke.

Mi madre asiente, aliviada.

—Entonces os dejo con él. Llamadme si necesitáis cualquier cosa.

Le agradezco en silencio mientras se despide de Noah con un beso y sale de la habitación, después de darle una palmadita cariñosa en la espalda a Luke.

Cuando la puerta se cierra, los tres permanecemos en una especie de burbuja que no sé cuánto tiempo puede durar. Temo hablar por no romperla, así de frágil se siente.

Cada tanto, mis ojos se cruzan con los de Luke y sonreímos.

—Vaya susto —murmura, sin dejar de observar a Noah, quien se queda dormido poco a poco, con la cabecita apoyada en mi brazo.

Luke y yo nos miramos por encima de su cuerpo, sabiendo que tenemos cosas que hablar.

Me aclaro la garganta y decido ir directo al grano.

—Tengo que contarte algo.

Él se tensa al instante, mas no se aleja. Sujeta la manita de Noah entre las suyas, acariciándola distraídamente con los dedos.

—Dime —dice después de suspirar.

Tomo aire… y coraje.

—He firmado un contrato con una editorial. Van a publicar mi biografía. La escribí cuando Noah tenía poco más de un año.

Luke parpadea, su ceño se frunce de inmediato y se pone de pie. Se aleja un poco, deteniéndose frente a la ventana.

Me acerco a él, sintiendo mi propio pulso acelerarse.

—¿Tu biografía? —me cuestiona.

—Sí. Mi historia. Desde que me enteré de que estaba embarazada hasta que tomé la decisión de volver. Pero… —me humedezco los labios mientras busco las palabras adecuadas— estoy dispuesta a transformarla en una ficción basada en hechos reales. Lo haría por ti, Luc.

Su expresión se endurece. Niega con la cabeza. Observa por la ventana. Inspira profundo. En su mente debe estar luchando con la idea.

—Jules…

—Quiero hacerlo —lo interrumpo, y me anticipo su negativa—. No solo por mí, sino porque hay cosas que la gente necesita escuchar. Que tú deberías escuchar.

—No quiero que uses nuestra historia para hacer dinero.

Sus palabras son duras, secas. Resentidas.

—No se trata de dinero, Luke —le digo con firmeza—. Es más que eso. Quiero poner en evidencia un problema del que casi no se habla.

Por fin dirige su vista hacia mí y su expresión cambia. Ahora es más dulce. Es la que me gusta descubrir cuando me observa.

—¿Qué problema?

—Sufrí depresión postparto —le explico.

Él se queda completamente inmóvil. Puedo ver cómo intenta entenderlo, cómo mi confesión lo descoloca.

—¿Qué…?

—No lo supe al principio —admito—. Me sentía perdida, abrumada. Cada vez que veía a Noah me aterraba no ser suficiente para él. Me costó aceptarlo, eventualmente, lo hice. Busqué ayuda. Lo superé. Fue muy duro al estar lejos y sola.

Luke exhala lentamente, pasándose una mano por la nuca.

—Jules, no tenía ni idea… Es tanto lo que no sé de ti, de él. Me siento perdido. Ajeno a vuestras vidas. Y no me gusta.

—Quiero contártelo todo —susurro—. Pero siento que esta parte de la historia no es solo mía. Hay muchas mujeres que se sienten así y no lo dicen, porque creen que las hace malas madres. Te involucra, sí, lo siento, aun así, necesito hacer esto.

Él baja la mirada hacia Noah, que duerme tranquilo.

El silencio entre nosotros no es incómodo, si bien está cargado de emociones que ninguno sabe cómo manejar.

—Dame tiempo —murmura al final—. Para procesarlo.

Asiento, agradeciendo que, al menos, esté abierto a intentarlo.

—Quiero que leas el borrador. Y podemos discutirlo después.

Hace un leve movimiento con la cabeza.

—Él es un pedacito de nuestra historia —susurra.

Nos quedamos en silencio, con Noah dormido a pocos metros, y por primera vez en mucho tiempo, siento que estamos en el mismo lugar.

Que, tal vez, estamos listos para seguir, para avanzar.

Capítulo 29



Las palabras del informe aún resuenan en mi cabeza mientras conduzco hacia el hospital. Me queman en la lengua, se me incrustan en la piel.

«No fue un accidente».

Así lo dijo un amigo policía.

Sophie fue quien provocó el accidente de Jules y no por casualidad.

Esa es la conclusión que sacaron en la investigación. Cámaras, testigos, la misma escena… No hay dudas.

Sabía que Sophie tenía problemas, que nunca aceptó que lo nuestro había terminado y que la presencia de Julia la enloquecía. Pero jamás imaginé que pudiera llegar tan lejos.

Creí que ya no podía hacer más daño.

Me equivoqué.

Cuando entro en la habitación de Noah, Julia está sentada en la cama. Una manta le cubre las piernas y escribe en un cuaderno que apoya en el regazo. El cabello le cae desordenado sobre un hombro y la camiseta se le desliza sutilmente, dejándome ver la curva de su clavícula.

Levanta la vista y, al notar mi expresión, frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta, intrigada.

Cierro la puerta tras de mí y exhalo despacio. No confío en mi voz todavía. Me acerco a Noah y beso su frente. Dormita tranquilo. Luego, me siento en la silla, frente a Julia, y le entrego el informe.

Ella lo toma con gesto interrogante. Sus ojos se mueven sobre el papel y voy percibiendo cómo crece la tensión. Veo el momento exacto en que comprende lo que está leyendo.

Su respiración se acelera y la mano vuela hasta su boca, ahogando un jadeo.

—Sophie… —susurra, como si no pudiera creerlo.

—Sí. —Aprieto la mandíbula. La palabra me raspa la garganta—. La policía encontró pruebas. Sabemos que estuvo allí y que manipuló tu coche.

Cierra los ojos un instante, pasa una mano por su rostro y al volver a abrirlos, su mirada es firme.

—Voy a denunciarla.

Lo esperaba; aun así, escucharla me provoca un nudo en el estómago. Pese a no amarla, Sophie ha sido parte de mi vida durante muchos años. Jamás imaginé que fuese capaz de hacer algo tan ruin.

Mi lealtad ya no está con Sophie, está con la mujer que tengo frente a mí. La madre de mi hijo. Mi prioridad son las personas a las que casi mata por una obsesión enfermiza.

—Iremos juntos —respondo con decisión—. Pero antes, quiero verla. ¿Me acompañas?

Julia asiente y se pone de pie. Me levanto para ayudarla y, aunque al principio intenta rechazar mi ayuda, termina apoyándose en mí para bajar de la cama.

Su cuerpo está tan cerca del mío que siento su calor traspasar a través de la ropa. El roce de su cadera contra mi costado me calienta la sangre.

Nos estudiamos.

El aire pesa entre nosotros.

Mis dedos siguen en su brazo y su respiración se entrecorta un segundo cuando los deslizo sobre su piel.

Le cuento, sin palabras, lo mucho que me gustaría besarla.

Ella me responde, sin hablar, que no es el momento ni el lugar. Me acaricia la mejilla y yo hago trampa: giro el rostro y le beso la palma.

Julia suspira. No se aparta.

—Despertemos a Noah. Es hora de llevarlo a casa —dice con un hilo de voz, después de morderse el labio y mirarme la boca.

Encontramos a Sophie en su apartamento. Está como si nada hubiese pasado.

Cuando abre la puerta y nos ve, su expresión pasa de la sorpresa al nerviosismo en cuestión de segundos.

—Luke… Julia —tiembla ligeramente al pronunciar nuestros nombres. Lo disfruto en silencio—. No esperaba veros.

Entramos sin invitación. Sophie retrocede y al advertir que cierro la puerta tras de mí, parece encogerse. Jules se mantiene a mi lado, tensa, al borde de explotar.

—Sabemos lo que hiciste —dice sin rodeos. Su tono es duro, cortante—. Y quiero que me digas por qué.

Deja escapar una risa breve y temblorosa. Supongo que quiere intimidarnos, mentirnos, jugar a no entender de qué la estamos acusando.

—No sé de qué estás hablando —dice.

Bingo.

Gruño bajo y doy un paso hacia ella. Mi postura es suficiente para dejar claro que no voy a tolerar más mentiras.

—La policía ha encontrado pruebas —declaro con contundencia—. Sabemos que fuiste tú.

Parpadea varias veces y, por un instante, parece considerar si seguir negándolo. Luego, como si algo dentro de ella se quebrara, deja escapar un sollozo.

Se aleja y se sienta en una de las sillas del comedor.

—Yo… yo no sabía que el niño estaba en el coche —se justifica en susurros—. Solo quería asustarte. Quería que te fueras otra vez, Julia. Sin ti en Nueva York, podríamos…

—¿Podríamos qué? —la interrumpo, sintiendo una furia helada recorrerme la espalda—. ¿Después de proponerte matar a la madre de mi hijo creías que podríamos qué?

Mi voz sube y cada palabra es soltada con firmeza.

Ella las recibe como golpes que la alejan cada vez más. Literalmente.

—No hay nada, Sophie. No lo hubo. Y no lo habrá —agrego.

Solloza más fuerte, cubriéndose la cara con las manos.

Julia se queda callada durante unos segundos antes de hablar.

—Podría hacer que vayas a prisión por esto —dice con apatía—, aun así, no lo haré… si desapareces de nuestras vidas. Si te acercas a Noah, a Luke o a mí otra vez, no dudaré en denunciarte. ¿Te ha quedado claro?

La miro, desconcertado. Y al intentar hablar, Julia me detiene con un gesto.

Sophie asiente con la cabeza sin levantar la vista. Un silencio tenso se extiende entre nosotros, hasta que decidimos que ya no hay nada más que decir. Salimos de allí sin mirar atrás.

La llevo a la casa de su madre y, una vez en el acceso, me apoyó en la pared. Respiro largo y profundo, dejando ir la rabia que aún arde en mi interior.

—¿Estás bien? —pregunto.

—No lo sé —responde con una sonrisa cansada—. Gracias por estar conmigo en esto.

Me acerco y le aparto un mechón de cabello del rostro.

No debería hacerlo.

Pero lo hago.

Mis dedos bajan por su mejilla y se detienen en la línea de su mandíbula. Julia suspira y el sonido me atraviesa las ganas. Repaso sus pecas. Quiero besarla justo ahí.

El aire entre nosotros se carga de electricidad.

Me inclino. Ella no se aparta.

Apoyo mis labios en su frente y se quedan allí un instante de más.

Su piel huele a vainilla y a un toque diferente, solo suyo, algo que me enloquece.

Julia cierra los ojos. Sus pestañas rozan mi piel.

—Siempre estaré aquí —murmuro contra su sien.

Ella exhala despacio y cuando vuelve a abrir los ojos, la chispa que descubro ahí me prende fuego.

No sé si estoy listo para recuperar lo que perdí.

Aunque las ganas de subir y hacerle el amor me provocan una erección inconveniente.

Y a juzgar por la forma en que me observa…

Julia lo nota.

Capítulo 30



Huelo el aroma del café recién hecho combinado con el olor a Luke. Su esencia es indefinible. La siento envolviéndome cada vez que está cerca.

Han pasado dos días desde nuestra última conversación. Dos días en los que vino solo para ver a Noah, asegurarse de que estuviera bien y traerle un disfraz de bombero a su medida. No hablamos. No mencionamos nada de lo ocurrido ni del borrador que le di. Y si bien he intentado no presionarlo, la incertidumbre pesa más con cada minuto que pasa sin una respuesta.

Ahora está aquí.

Por primera vez desde que la verdad salió a la luz, estamos solos. Sin excusas, sin distracciones. Desnudos de secretos.

Luke está sentado en el sofá, con el manuscrito entre las manos y un folio con mis notas y los cambios que propongo a través de Ty. Lo hojea con calma. Ahora mismo, su expresión es impenetrable. No sé qué piensa, no sé qué siente. De casualidad puedo sostenerle la mirada sin que mi corazón se acelere.

He sido fuerte estos años. Me convencí de que podía con todo. Sin embargo, en este momento, frente a él, con mi historia expuesta en tinta, me siento indefensa. Y el miedo a que me juzgue me hace temblar.

—Me crees si te digo que Sophie te mintió, ¿verdad? —Su voz rompe el silencio.

Asiento despacio. No hay dudas en mi mente al respecto.

—Sí.

Aprieta la mandíbula y noto la tensión en su postura. Sophie jugó con nosotros y ganó. Nos separó. Nos destrozó. Aunque lo que más me carcome no es lo que hizo ella, sino todo lo que permití que pasara entre nosotros por no sentirme segura a su lado.

—Tenías miedo de contarme lo del embarazo —murmura. No es una pregunta, es una certeza. Ya lo sabe, pero necesita oírlo de mi boca, supongo.

Bajo la vista y atrapo entre los dedos un hilo suelto de mi suéter.

—Lo siento —susurro.

Luke deja el manuscrito a un lado y suspira.

—¿Miedo de mí? —Su tono es firme.

—No. —Sacudo la cabeza con rapidez, levantando al fin la mirada—. Tenía miedo de que te sintieras atrapado. No quería que aceptaras a Noah por obligación, que pensaras que…

«Que quería aferrarme a ti con un hijo».

No termino la frase. No hace falta.

Luke se inclina hacia adelante y me toma las manos. Su piel es cálida, fuerte. Su contacto me relaja.

—Te sentiste sola.

No le respondo, porque no es necesario. También lo sabe. Lo siento en cómo aprieta mis dedos, en la forma en la que me observa.

Esto no se trata solo de lo que sufrí.

Me obligo a soltarle y me levanto para acercarme a mi escritorio. Cojo un cuaderno de tapas gastadas y se lo entrego.

—Lo bueno es que encontré algo que me ayudó

Luke lo abre y sus ojos recorren las ilustraciones, los bocetos, las páginas llenas de colores y palabras. Sus dedos rozan el papel con lentitud, absorbiéndolo todo.

—Dibujar y escribir fue lo que me salvó —admito—. Al principio, solo hacía ilustraciones, parecidas a las que ya conocías. Luego empecé a escribir historias sencillas, llenas de colores. Y me hacía bien. Hasta que sentí la necesidad de escribir sobre mí, lo que sentía, lo que vivía.

Levanta la vista y señala el borrador.

—Y acabaste escribiendo esto.

—Sí. Tiempo después.

Se inclina hacia atrás, cruzando los brazos a la altura del pecho. El gesto es simple, pero me provoca un nudo en el estómago.

—El día que surgió la oportunidad de exponer en Nueva York, supe que no podía seguir ocultándolo. Me aterraba que lo descubrieras de golpe.

Luke ladea la cabeza, observándome con intensidad.

—¿No querías que lo supiera?

Muerdo mi labio inferior y niego despacio mientras acaricio uno de mis dibujos preferidos.

—No sabía qué quería. Tenía miedo de que me odiaras, de que me quitaras a Noah… Y de enfrentarme a lo que todavía sentía por ti.

Sus ojos centellean por un instante antes de cerrarlos por un largo segundo. Exhala, absorbiendo mis palabras, dejándolas asentarse en su interior. Cuando vuelve a mirarme, hay algo distinto en su expresión. Algo más profundo.

—¿Todavía me querías?

Su voz es baja, grave. La siento igual que una provocación velada.

Trago saliva. No respondo. Él lo entiende.

Luke levanta una mano y acaricia mi mejilla con el pulgar, despacio, como si estuviera descubriéndome de nuevo. Dibuja la forma de mi cuello con una suavidad exasperante. Bajo los párpados un instante, permitiéndome sentir. Me dejo llevar, sin la barrera de los miedos. Al abrirlos, él sigue aquí, demasiado cerca.

Mis labios se separan sin darme cuenta. Él sigue el movimiento y sus ojos celestes se oscurecen.

—Te odio por haberme quitado todo ese tiempo —murmura contra mi boca.

Su aliento caliente lame mi piel y un escalofrío me recorre entera.

Mi respiración se entrecorta.

—Yo también me odio por eso —susurro.

No sé quién cierra la distancia primero.

Solo sé que, en un instante, su boca está pegada a la mía.

Es un beso desesperado, hambriento. No busca consuelo ni perdón. Es una explosión de todo lo que hemos callado. De todo lo que hemos perdido. De lo que queremos recuperar. Y de todo lo que estamos dispuestos a olvidar.

Se abre paso entre mis labios con la lengua y un gemido escapa de mi garganta.

Luke me atrapa por la cintura y me acerca más, hasta que su calor se funde con el mío. Sus manos me recorren con firmeza, como si tuviera miedo de que desapareciera si deja de tocarme.

Me roba el aire. Me deja sin pensamiento.

Quiero más.

Mis dedos se enredan en su cabello y él gruñe bajo, pegándome aún más a su cuerpo. Su erección me roza el vientre y la necesidad me enciende por dentro.

La cabeza me dice que pare.

Pero mi cuerpo se rinde.

Y cuando sus labios descienden por mi cuello y su lengua saborea mi piel, me hago cargo de lo que siempre supe:

No hay marcha atrás.

Este hombre siempre será mi perdición.

Capítulo 31



La tengo entre mis manos. Su cuerpo caliente y suave tiembla bajo mis dedos, su aliento entrecortado se mezcla con el mío. No quiero contenerme. No quiero pensar. Solo quiero sentirla, devorarla, recuperar cada maldito segundo que nos robaron.

Gime en mis labios al percibir mi caricia, lenta, recorriendo su espalda. Sus uñas se hunden en mi piel. Me enloquece la forma en que responde cuando la toco y se arquea contra mí con desesperación.

Sin reservas. Sin miedo.

No hay barreras. No hay dudas.

Solo nosotros.

Me pongo de pie y la ayudo a levantarse. No le suelto la mano. No la quiero en la cama. Aún no. Antes, deseo verla perder el control.

La empujo suavemente hasta la primera pared que se me interpone. La giro con firmeza y la presiono contra la superficie fría. Su jadeo me provoca más ganas. Inclino su rostro hacia atrás y la beso más profundo, más duro. Me muero por ella. Por su boca, por sus curvas, por la forma en la que su cuerpo encaja con el mío.

Tiro de su cabello e inclino su cuello para hundir mi rostro ahí. Inspiro su aroma y la saboreo con un gruñido, deslizando los labios hasta su clavícula.

—Me encanta cómo hueles —susurro, rozando su piel.

Mi mano resbala entre sus piernas. Su respiración se corta mientras mis dedos rozan el borde de su ropa interior. No tengo

prisa en quitársela. Quiero oírla pedir lo que le gusta. Que suplique, que se restriegue en mis dedos. Que se humedezca de ganas por mí.

—Luke… —gime, temblorosa.

Su ruego es mi perdición.

La levanto en un solo movimiento y sus piernas se cierran con fuerza alrededor de mi cintura. Su calor me quema. Su piel se pega a la mía y su respiración errática me vuelve un maldito animal.

—Desnúdame —ordena al fin.

—Ya mismo, nena.

Le arranco la blusa de un tirón y la dejo caer al suelo. Paso la lengua por la curva de su pecho antes de envolver un pezón con mis labios.

Su gemido es puro placer.

Nos movemos torpes y desesperados hasta la habitación. En el camino, succiono y muerdo su piel, deleitándome con cada estremecimiento.

Se aferra a mi cabello y suelta un gemido cuando jugueteo con mi lengua en el punto exacto que le gusta.

La dejo caer en la cama y me deshago del cinturón, de los pantalones. Ella me observa con los labios entreabiertos, las piernas apenas separadas, lista para mí. Me arde la sangre.

—La camiseta también —pide, tentándome.

Joder.

—Levanta los brazos —le exijo.

—No.

—Sí. No me vas a tocar. Estás castigada.

Su jadeo me confirma que está igual de jodida que yo. Me pongo un condón rápido y la aplasto contra el colchón, atrapando sus muñecas con una mano. No hay más esperas. No hay más dudas. Solo ella y yo, la pasión y el deseo acumulado durante años estallan en este instante.

La tomo como si nunca se hubiera ido. Como si siempre hubiera sido mía. Entro en ella con un gruñido ronco y cierro los ojos para sentirlo todo. No quiero perderme un solo detalle.

—Desde hoy nadie más que yo te va a follar —murmuro en sus labios.

—Nadie… —resopla, entregada.

Cada embestida es un reclamo. Un castigo. Un jodido rito de pertenencia. Su cuerpo está perdido en el placer. No puedo parar. No quiero.

Le libero las manos porque necesito sostenerla con fuerza. Ella se aprieta los pechos, se los pellizca para mí. El maldito pecado hecho carne.

—Tócate —ordeno, y pongo sus piernas a la altura de mis hombros para darle espacio a sus dedos.

Obedece. Siempre se dejó llevar conmigo.

Golpeo una vez, otra. Gime. Maldigo. Jadeo. Nos perdemos en el ritmo frenético, en el placer que nos consume.

Más fuerte. Más hondo. Más intenso.

Se retuerce debajo de mí, su cuerpo se tensa y grita mi nombre. Y yo me dejo ir con un gruñido feroz, aferrándome a sus caderas, al calor de su piel, a ella.

Caigo rendido sobre su pecho y me envuelve en sus brazos.

No me suelta.

No quiero soltarla.

En este momento, en esta habitación, en este segundo donde todo desaparece salvo ella, sé que no hay vuelta atrás.

Es mía.

Y yo soy suyo.

Epílogo.

El salón del parque de bomberos está lleno de globos, guirnaldas y un montón de niños corriendo alrededor de las mesas decoradas con la temática de, por supuesto, bomberos. Para mí, la estrella del día es mi hijo. Mi hijo.

Todavía me cuesta acostumbrarme a pensarlo así. Lo es.

Verlo ahora, con su pequeña camiseta de bombero y un casco de juguete, mirándome como si yo fuera su héroe, me vuelve a calentar el pecho. Ya no me da vergüenza reconocer que me ablanda. A pesar de las burlas de mi amigo.

—¡Luke, más alto! —me grita desde los hombros de Cole, ansioso por romper la piñata.

Cole, con su eterna sonrisa de cabrón, me lanza una mirada burlona.

—Dale, *papá*. Haz tu trabajo.

Le gruño, pero levanto un poco más la cuerda con la piñata, haciéndola girar para que el pequeño tenga que esforzarse. La sala estalla en risas cuando falla el primer intento. Mi madre, que llegó hace apenas un par de días con mi padre desde Florida, se lleva una mano al pecho con cara de incredulidad.

—¿De verdad tenemos un nieto? —repite por… he perdido la cuenta de las veces que lo ha dicho.

—Al parecer, sí —responde mi padre con una sonrisa orgullosa mientras Jules les sirve limonada.

Mi suegra está sentada en una de las mesas, observando todo con esa expresión mitad evaluación, mitad aprobación que siempre tiene conmigo. No me lo dice, aun así, sé que se siente más tranquila desde que estoy con Jules y con el nene. Hemos tenido nuestras largas conversaciones.

El siguiente golpe de Noah da en el blanco y los caramelos caen al suelo. Los niños gritan y se lanzan a por ellos.

Yo solo tengo ojos para el pequeño que ahora me observa con una sonrisa de puro triunfo.

—¿Has visto eso, papá? ¡Lo hice!

El mundo se detiene un segundo. Mi garganta se cierra, mi pecho se aprieta y no sé cómo mierda contener la emoción que me atraviesa.

Papá.

Me ha dicho papá.

Jules se congela junto a su madre. Cole levanta una ceja. Mi madre se lleva una mano a la boca.

El crío sigue sonriendo, como si fuera lo más normal del mundo. Y yo siempre hubiese sido eso para él.

Es Cole quien me vuelve a la realidad con una palmada en la espalda.

—Quita la cara de gilipollas. Ahora enséñale a decirme tío —pide con picardía, aunque sus ojos brillan con una chispa que lo delata y me doy cuenta de que este momento también significa mucho para él.

Cojo aire, reprendo al tonto del culo este por decir esa palabrota delante Noah y levanto a mi hijo en brazos.

—Lo has hecho increíble, campeón.

Su risa es lo mejor que he escuchado en mi vida.

La fiesta se alarga más de lo planeado. Ya casi todos se han ido, excepto Cole y su novia, la madre de Jules y mis padres. El pequeño duerme apoyado en mi pecho, con la carita aplastada contra mi uniforme. Mi jefe aparece de la nada y se aproxima con cara de traer noticias importantes. Su gesto es serio.

Me pongo de pie, alarmado.

—Quita esa cara, no es una emergencia. Y sé que es una fiesta infantil, no obstante y como te veo bien acompañado… —dice, extendiendo su mano hacia mi padre, su excompañero, por cierto—. Sé que les gustará oír lo que tengo para decirte.

El murmullo cesa y el hombre pasa a ser lo más importante en la sala.

—Es extraoficial: te han dado el ascenso —anuncia.

Mi madre exclama un «¡Virgen Santa!».

Mi padre me golpea el hombro y Cole lo copia.

—Vaya —murmuro yo. Y es que no me lo esperaba. Los cotilleos son solo eso, pero… eran verdad, entonces. Voy a tener que contarle a Mona.

—Felicidades, mi amor —susurra Jules y besa mis labios.

—Yo os dejo. Ah, y asómbrate mañana cuando te lo diga —bromea mi jefe y todos reímos.

—Vaya —vuelvo a decir, porque todavía no me lo creo.

Jules se acerca más a mí con una sonrisa tierna y pasa los dedos por el cabello de nuestro hijo.

—Deberíamos llevarlo a casa.

—Deberíamos —afirmo. Pero no me muevo. No todavía.

Ella lo nota, por supuesto. Me conoce demasiado bien. Sus ojos chispean con diversión antes de murmurar:

—Tenemos que festejarlo.

Inclino apenas la cabeza y bajo la voz para que solo ella me escuche.

—Ya lo creo. Además, me ha encantado verte hoy en modo mamá mandona, organizando a los pequeños demonios. Igualmente, voy a tener que recordarte quién manda en la cama, para que no te acostumbres a eso de dar órdenes.

Jules se ríe bajito y se muerde el labio.

—Ah, ¿sí?

—Sí —mi voz se atenúa y se carga de una promesa oscura—. Porque eres mía.

Su respiración se agita un poco. Su madre carraspea a propósito desde la mesa. Antes de que pueda decir algo, se pone de pie y se acerca a nosotros. Me mira a los ojos con esa evaluación silenciosa de siempre y, tras unos segundos, asiente con la cabeza.

—Cuídala, Luke —dice.

Asiento con solemnidad. Lo haré. Con mi vida, si es necesario.

Jules observa el intercambio con una sonrisa satisfecha y se despide de su madre antes de dirigirse a la salida conmigo.

Una vez en el coche, acomodo al peque en su sillita y le abrocho el cinturón. Jules se acerca, me atrapa la cara con sus manos y me besa con hambre, poniéndose de puntillas y pegando su cuerpo al mío.

Este contacto es íntimo y se ha vuelto natural… y una propuesta caliente en toda regla.

— Necesito que me lo recuerdes seguido, eso de que soy tuya… por si acaso. Será mejor que nos apuremos —murmura, mordiendo mi labio.

Sonrío y le doy una palmada en el culo.

Sí. No hay mejor forma de terminar este día.

Fin

No olvides responder la pregunta,
la encuentras al final de los agradecimientos.

Déjame tu opinión o comentario:
¿Te gustó? Escanea o toca y cuéntamelo.



Gracias a...

Pensé que publicar un tercer libro sería como tomar el tercer café del día: una ya debería estar acostumbrada al sabor y al efecto que provoca, pero sigue siendo igual de intenso y necesario que el primero. Y, sobre todo, sigue sin hacerse solo. Si a eso le sumamos la presión (autoimpuesta, por supuesto) de querer hacerlo aún mejor que los anteriores… Bueno, ya me dirás si lo he conseguido.

Este apartado va de agradecer, así que, vamos a ello.

Gracias a quienes estuvieron desde el principio y a quienes se han ido sumando a este viaje de palabras, suspiros, miradas intensas y silencios que gritan más que un monólogo interior mal gestionado.

A mi gente, la que no necesita ser nombrada para saber que es imprescindible. Gracias por sostenerme incluso cuando me encierro a escribir como si el fin del mundo estuviera programado justo después del *deadline.* Vuestra presencia es esa energía tranquila que no se ve, pero sostiene.

A mis compañeras de ruta, de risa fácil y crítica certera. Sois brújula, red y empujón. No exagero si digo que muchas escenas existen gracias a una frase vuestra, un meme absurdo o una confesión a deshora.

A LAS CRITICONAS, por supuesto. Vuestra precisión quirúrgica, vuestras carcajadas y vuestra impiedad amorosa han vuelto a dejar huella. Este libro también lleva vuestra tinta. Conservaré los párrafos y líneas borradas solo para recordar vuestros comentarios afilados. Me enseñan mucho. Siempre. Y me encanta aprender.

A quienes, desde lo técnico y lo creativo, aportaron su talento para que esta historia se viera tan bien como se siente por dentro. Melody Bloom y Calice Libros, sabéis que esto no brillaría igual sin vuestro toque.

Y a ti, lectora. Sí, tú. Que has llegado hasta aquí por tercera vez. No sé si eres consciente de lo especial que es eso. Gracias por

volver. Por quedarte. Por hacer que esta historia tenga sentido más allá de mi cabeza. Que estos personajes hayan encontrado un lugar en tu mundo es, sinceramente, lo mejor del camino.

Ojalá este libro te acompañe, te enamore o te haga cerrar los ojos un instante y suspirar. Y si, además, te deja con ganas de leer mis próximas locuras, entonces, misión cumplida.

P.D.: El café sigue siendo una solución válida para casi todo. Y si no funciona, siempre quedarán los besos con sabor a… desastre emocional. Que no salvan, pero entretienen.

P.D.2: Puede que esta tercera novela tenga menos intriga, suspense o acción. Mi bombero venía más golpeado por dentro y esta vez, el fuego estuvo en otra parte. Él necesitaba reencontrarse con su amor del pasado para volver a brillar entre las llamas.

Hazme saber qué te ha parecido esta tercera (y última) entrega de la Serie Nueva York.

Para las próximas novelas, qué me dices, ¿viajamos a Los Ángeles o prefieres que nos perdamos por Texas?

(Escríbeme en las redes o en tu comentario de Amazon)

Con todo mi cariño y un toque de misterio,
Mía Cross

Mia Cross

Soy Mía Cross, apasionada de la lectura, la música, el cine y, cómo no, el café. Como escritora, mi misión es clara: atraparte desde la primera página y no soltarte hasta que llegues al último suspiro, justo cuando leas la palabra «FIN».

Me encanta crear historias que combinan romance apasionado con un toque de suspense, esas que te hacen soñar, emocionarte y, de vez en cuando, morderte las uñas. Mi amor por contar historias nació leyendo bajo las sábanas y desde entonces he trabajado mi estilo para ofrecer tramas que aceleren tu corazón y mantengan tu mente llena de preguntas.

Para mí, escribir no es un trabajo solitario, sino una forma de conectar contigo. Cada novela es una invitación a perderte en mundos donde el amor y el peligro se entrelazan para crear momentos inolvidables.

¿Te animas a acompañarme? Te prometo un viaje que no querrás que termine.



Mantengamos en contacto

Mis redes sociales:
Conecta conmigo: novedades, eventos y sorpresas.



Déjame tu opinión o comentario:
¿Te gustó? Escanea o toca y cuéntamelo.

Si quieres más: No te pierdas nada de mi contenido exclusivo, adelantos y mucho más. Participa activamente, escanea y suscríbete. Escribamos juntas lo que viene.

